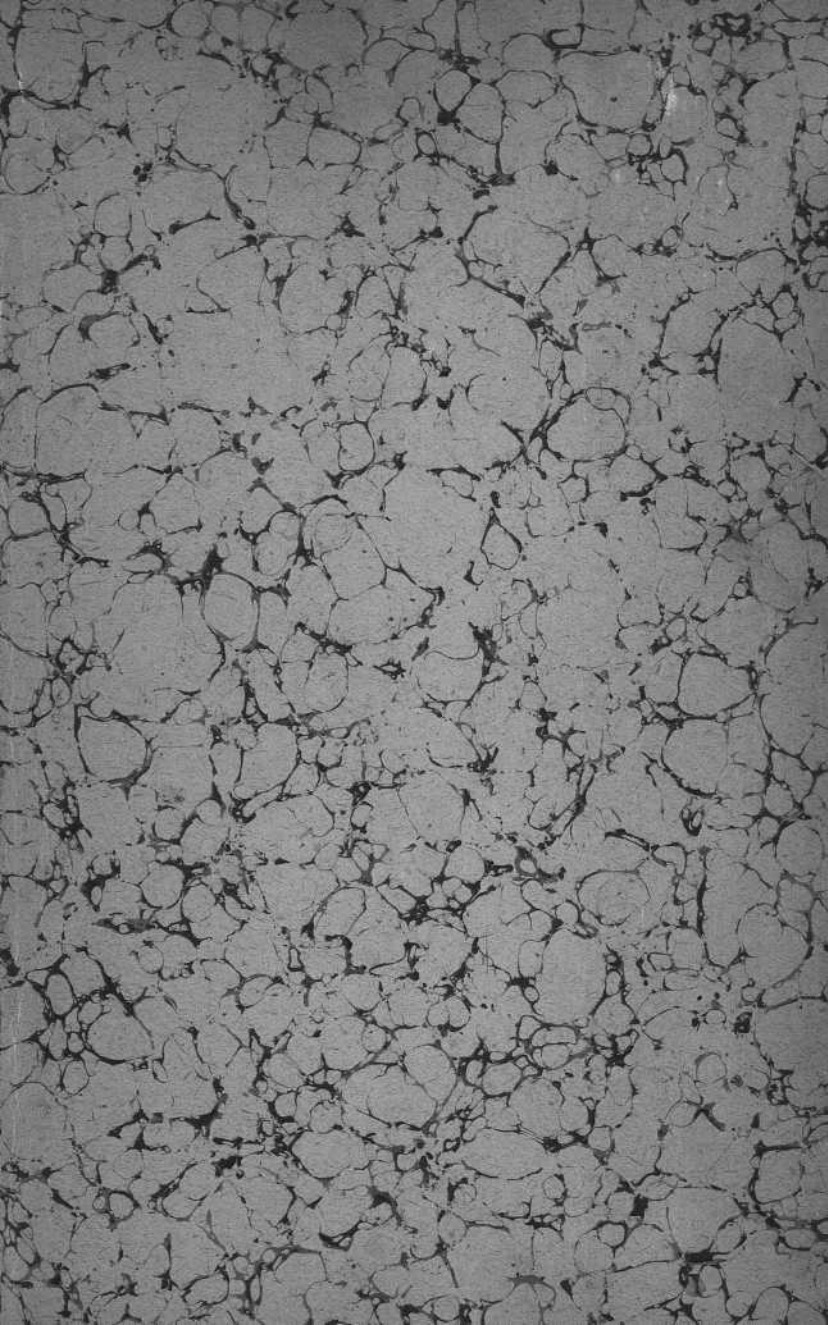


3401



LIBRARY
—
MICHIGAN

P

26
COM

ECOS NACIONALES

Y

CANTARES.



f. 388232

c.

Esta obra es propiedad de
su autor, quien se reserva to-
dos los derechos.







A. Weger, Leipzig.

*Pentura Priz
Amicera*

3400
OBRAS COMPLETAS DE D. VENTURA RUIZ ARAUJO.

EGOS NACIONALES

Y

CANTARES

CON TRADUCCIONES

AL PORTUGUES, ALEMAN, INGLIS, ITALIANO, CATALAN,
VALLENO Y ESPAÑOL.



sexta edición.



IMPRESO EN LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle del Rubio, núm. 25.



*Portrait of
[illegible]*

3401

OBRAS COMPLETAS DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

ECOS NACIONALES

Y

CANTARES

CON TRADUCCIONES

AL PORTUGUÉS, ALEMÁN, INGLÉS, ITALIANO, CATALÁN,
GALLEGO Y PROVENZAL



8. II-8. 7.^a

Sexta edicion.



IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle del Rubio, núm. 25.



R.179375

Muchas de las composiciones que comprende este volúmen, con el cual doy principio á la Coleccion completa de mis obras, se hallan esparcidas en los que he publicado con los títulos de *Veladas poéticas, Inspiraciones, Armonías y Cantares* y *El Libro de la patria*, en union de poesías de índole y géneros distintos. Muchas otras, la mitad próximamente, salen ahora coleccionadas por vez primera; de modo, que en vano se buscarian en los libros arriba mencionados. Agotadas las ediciones de los mismos, y pudiendo realizar hoy mi deseo de agrupar en cada tomo de la Coleccion completa todos aquellos trabajos que, por sus afinidades ó idea generadora, tienen

más puntos de contacto entre sí, dicho se está que los títulos de aquellas obras desaparecen, quedando definitivamente clasificadas las poesías por el orden y bajo las denominaciones con que se han incluido en el presente volúmen.

Madrid, Abril de 1873.

EL AUTOR.

ECOS NACIONALES.

LIBRO PRIMERO.

A Mr. Charles Rogier, uno de los principales fundadores de la independencia de Bélgica.

Su antiguo amigo y admirador,

V. R. AGUILERA.



ECOS NACIONALES.

PRÓLOGO

DE LAS DOS PRIMERAS EDICIONES.

La humanidad se halla en uno de esos interesantes períodos, en que se agitan las más altas cuestiones que pueden presentarse á la consideración del filósofo.

El cuerpo social antiguo, robusto Sanson que desesperadamente ha combatido contra la idea moderna, despojado ya de su cabellera, está amenazado por las columnas desencajadas y la cúpula ruinoso del viejo templo, que se viene abajo.

Todo vacila; todo tiembla. No hay que dudarlo: el fuego reconcentrado en las entrañas del mundo, ha vencido la fuerza que lo comprimía, y hoy aparecen grandes hogueras en casi todos los pueblos de Europa. En Suiza, en Italia, en

Francia, en Alemania, en Irlanda... en todas partes hay señales de incendio.

Las naciones, como si hubiesen resucitado los tiempos de la caballería, acuden presurosas al palenque á conquistar el premio. Pero no se disputa la mirada de una dama, la posesion de un féudo, la pertenencia de un castillo: se disputan los más altos intereses, el bienestar del hombre, el porvenir de las generaciones presentes y futuras.

Así, toda poesía, toda literatura, debe sufrir una trasformacion en armonía con las trasformaciones que se verifican en los pueblos del antiguo continente, que son los que caminan á la cabeza del progreso humano.

Los versos pastoriles, el idilio y la égloga clásicos, son cantos que van á perderse entre el rumor del movimiento actual, entre el bullicio de las sociedades presentes, cuyo corazon, para conmoverse, necesita impresiones de otra especie.

Cada época tiene sus exigencias; y es absurda la pretension de creer que las necesidades intelectuales de la época actual, han de satisfacerse solamente con romances á las flores, y con madrigales á unos ojos.

La tarea, pues, de los poetas modernos, debe ser estudiar el espíritu del siglo; conocer la so-

ciudad en que viven; investigar qué vicios la corrompen y qué virtudes la honran; examinar la justicia ó injusticia de las aspiraciones que se manifiestan ahora más que nunca en ella; para que, de la union de estos y otros elementos esparcidos y diversos, del conjunto de tantos y tan variados objetos y asuntos, resulte un todo claro y preciso, que sea un traslado exacto de la fisonomía del pueblo, del gran carácter social, ó lo que es lo mismo, la copiosa fuente de donde los poetas deben tomar sus inspiraciones.

El autor de esta Coleccion ha tenido, al escribirla, presentes las ideas que anteceden, como se echará de ver en la mayor parte de las composiciones de que consta; pero ha sentido tambien desconfianza en sus propias fuerzas para un trabajo de esta naturaleza.

No sé si servirá de motivo de censura para los que se pagan demasiado de los nombres, el que haya dado yo el título de *Ecos Nacionales* á estas páginas: como quiera que sea, y dejando á cada cual con sus opiniones, he de advertir que, como casi todas las composiciones son, digámoslo así, la voz, el *eco* de necesidades, sentimientos, intereses y recuerdos nacionales, me pareció que ningun título podria convenir mejor que aquel á la expresion de estas necesidades, de

estos sentimientos, de estos intereses, y de estos recuerdos.

He procurado también que la locución sea tan decorosa como debe serlo toda locución poética, sin buscar en la vulgaridad y falso fuego de ciertas frases y palabras de la nomenclatura política usual, un sentimiento y un entusiasmo prestados y fingidos, un sentimiento y un entusiasmo de declamaciones, más propias de las plazas públicas que de un libro de poesía.

Respecto de la forma de gran parte de los *Ecos Nacionales*, he creído que ninguna había más adecuada que la dramática. En efecto: la dramática, puede, como ninguna, en mi concepto, comunicar el alma, el movimiento y los contrastes de la vida nacional á los pequeños cuadros en que he pretendido pintar algunas de sus escenas. Ni con la simple narración, ni con el canto sencillo se hiera tan vivamente como de esta manera el ánimo de los lectores, lo cual se comprenderá desde luego comparando los *ECOS dialogados*, con los restantes. Y hay para que así suceda, una razón muy obvia; y consiste, en que el drama es la verdad, es el reflejo más fiel de las costumbres sociales, políticas y religiosas, con todas sus conveniencias, con todo su colorido, con todo su relieve; por consiguiente, la dramática llena mejor

el fin del poeta que las demás formas conocidas.

La presente Colección deja un inmenso vacío, un campo sin término que cultivar, una mina riquísima que explotar, en el género de poesía de los *Ecos*. Desde los rudos cantos y costumbres salvajes de los primeros pobladores conocidos de España, hasta los períodos de las dominaciones cartaginesa y romana; desde la irrupción de los bárbaros del Norte, hasta la historia oriental de los conquistadores de Iberia, venidos del desierto; desde el definitivo establecimiento de la monarquía gótica, hasta la guerra civil... he aquí los asuntos de nuestros recuerdos y de nuestras glorias nacionales. Nuestras crónicas están carcomidas por el polvo; nuestra historia, arrinconada en las bibliotecas. Poseemos, es cierto, inapreciables tesoros en los *Romanceros* de la Edad Media; pero, sobre ser especiales, en gran parte, como el del *Cid*, el de *Bernardo del Carpio* y otros personajes de los tiempos heroicos y caballerescos, no deben, no pueden considerarse ya más que como objetos de estudio, como una luz para penetrar en las tinieblas de aquellas épocas de amor y de guerra, de galantería y de barbarie, de religiosidad y de entusiasmo. Los *Romanceros* no se leen; es más, no se comprenden por el pueblo: son monumentos viejos que debieran res-

taurarse, si un respeto sagrado á su belleza y á su antigüedad no contuviese á los poetas. Pero ya que esto no sea factible, ni conveniente, las tradiciones, la leyenda, los anales de aquellos siglos prestan sobrada materia, intacta aún, para popularizar la poesía moderna, para sacarla del gabinete del literato, único altar donde puede decirse que recibe culto, y hacerla penetrar en el círculo de la clase media, en el taller del artesano y en la choza del labriego.

No se crea, por lo que acabo de decir, que sólo la *Historia*, dando á esta palabra la significacion más corriente, es la que ha de servir de base á la poesía moderna. Todos los progresos de la humanidad, todos los adelantos científicos, económicos, mercantiles é industriales; y por último, las reformas que reclama el porvenir de las clases todas, son otros tantos asuntos dignos del poeta, cuya mision será en adelante más útil, más elevada, ejercerá una influencia mayor y más directa que hasta el dia en las sociedades.

ECOS NACIONALES.

Á DIOS.

Señor del Universo, á cuya voz la nada
Brotó infinitos mundos y piélagos de luz;
Á cuyo enojo tiemblan los mares y los montes
Y se desgarrá el velo del firmamento azul;
Cuando la aurora nace, cuando la noche reina
Y cuando enciende el aire del día el resplandor,
Eternamente España te dice en sus cantares:
— ¡ *Apíadate, Dios mio, de esta infeliz nacion!*

Los valles infecundos se vestirán de flores
Como una hermosa niña para festín nupcial,
Y las doradas mieses saludarán al cielo
Doblándose al impulso de céfiro fugaz.

Del rudo campesino dirá la tosca lengua
Tus altas perfecciones y tu bondad, Señor;
Y aprenderán sus hijos esta plegaria humilde:
— ¡ *Apíadate, Dios mio, de esta infeliz nacion!*

Tú hiciste en otros tiempos resplandecer triunfante
El pabellon de España del orbe hasta el confin;
La América salvaje lo saludó en sus bosques,
Venció en Lepanto al turco y á Francia en San Quintin.

Hoy, roto, es el escarnio de la insolente Europa;
¡Por qué de nuestras glorias se ha oscurecido el sol?...
¡Oh! ¡tus ojos de fuego lo encenderán mañana!
— ¡*Apíadate, Dios mio, de esta infeliz nacion!*

Aún arden las antorchas de la feroz discordia
Y hermanos contra hermanos luchar aquí se ven;
La libertad de España vaga á merced del viento,
Guiada por marinos sin corazon, ni fe.

¡Señor! en tí esperamos; tu santa omnipotencia
Conducirá tus hijos al puerto salvador;
Por eso nuestro llanto baña el altar del templo:
— ¡*Apíadate, Dios mio, de esta infeliz nacion!*

Una mirada tuya dé vida á nuestros campos
Y del taller anime la muda soledad;
En armonioso coro las ciencias y las artes
Perpétuamente unidas ensalcen tu bondad.

Aldeas y ciudades, y pájaros y rios,
Naturaleza toda, con himno ú oracion,
Vueltos á tí los ojos te dice en su honda pena:
— ¡*Apíadate, Dios mio, de esta infeliz nacion!*

RONCESVALLES.

BALADA.

—Cuéntame una historia, abuela.

—Siglos há que, con gran saña,

Por esa negra montaña

Asomó un Emperador.

Era francés, su vestido

Formaba un hermoso juego;

Capa de color de fuego

Y plumas de azul color.

—¿Y qué pedía?

—La corona de Leon.

Bernardo, el del Carpio, un día

Con la gente que traía:

—« ¡ Ven por ella! » — le gritó...

De entónces suena en los valles

Y dicen los montañeses:

—*¡ Mala la hubisteis, franceses,*

En esa de Roncesvalles!

—¿Se acabó la historia, abuela?

—Allí, con fiera arrogancia,

Los *Doce Pares* de Francia

Tambien estaban, tambien.

Eran altos como cedros,

Valientes como leones;

Cabalgaban en bridones

Sin igual en el correr.

—Sigue contando.

—Salió el mozo leonés;
Bernardo salió, y luchando
Uno á uno los fué matando,
Y hubiera matado á cien.

De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:

—¡ *Mala la hubísteis, franceses,*
En esa de Roncesvalles!

—Me place la historia, abuela.

—¡ Con qué ejército, Dios mio,
De tan grande poderío
Llegó Cárlo-Magno acá!
¡ Qué de soldados! no tiene
Más gotas un arroyuelo,
Mi más estrellas el cielo,
Ni más arenas la mar.

—Y qué ¿ triunfaron?

—Dios no los quiso ayudar.
El alma les arrancaron,
Á sus piés los derribaron
Como al roble el huracan.

De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:

—¡ *Mala la hubísteis, franceses,*
En esa de Roncesvalles!

—Prosigue la historia, abuela.

—Diz que dice un viejo archivo
Que no quedó francés vivo
Despues de la horrenda lid.
Y así debió ser, pues vieron,
Al sol de estos horizontes,
Muchos huesos en los montes

Y muchos buitres venir.

— ¡Qué gran batalla!

— No fué menor el botín:

Banderas, cotas de malla,

Y riquezas, y vitualla

Se recogieron sin fin.

De entónces suena en los valles

Y dicen los montañeses:

— ¡*Mala la hubisteis, franceses,*

En esa de Roncesvalles!

— ¡Y el Emperador, abuela?

— Huyó sin un hombre luego,

La capa color de fuego

Rota, y sin plumaje azul.

Bernardo, el del Carpio, torna

Á Castilla, trás la guerra,

Y al poner el pié en su tierra

Lo aclama la multitud.

— ¡Qué de alegrías!

— En verlas gozárás tú.

Hubo fiestas muchos días,

Tamboriles, chirimías

Y canciones á Jesús.

De entónces suena en los valles

Y dicen los montañeses:

— ¡*Mala la hubisteis, franceses,*

En esa de Roncesvalles!

LO PEOR.

—Labrador, suda y trabaja,
Y con ojos asombrados
Verás crecer los sembrados
De tu fértil heredad.

— ¡Ay, señor!

— ¡Temes algo, labrador?
Tu afan premiarán los cielos,
Si no vienen crudos hielos
En alas del vendaval.

— ¡Ay, señor!

¡Si eso fuese lo peor!

— Verde está el campo y espeso;
De su verdura en las olas
Encendidas amapolas
Placer á la vista dan.

— ¡Ay, señor!

— ¡Temes algo, labrador?
Larga cosecha habrá un día,
Si no viene la sequía
Tus sembrados á quemar.

— ¡Ay, señor!

¡Si eso fuese lo peor!

— ¡Qué gozo cuando contemples
Tus dichas todas colmadas
En las espigas doradas
Que hizo tu sudor brotar!

— ¡Ay, señor!

—¿Temes algo, labrador?
Trigo tendrás á montones,
Si no vienen los gorriones
Ó la langosta voraz.

—¡Ay, señor!
¡Si eso fuese lo peor!

—Dios conjure de estos sitios
La tormenta de verano,
Que barre en su furia el grano,
El grano que en la era está.

—¡Ay, señor!
—¿Temes algo, labrador?
Si soplase la tormenta,
Tu pobre familia hambrienta
No podria comer pan.

—¡Ay, señor!
¡Si eso fuese lo peor!

—¡Qué campos! ¡Dios los bendiga!
No haya esas plagas terribles,
Y verás cuán apacibles
Dulces dias pasarán!

—¡Ay, señor!
—¿Temes algo, labrador?
Si hay motivo que te enoje,
Será el no poder la troje
De rubio trigo llenar.

—¡Ay, señor!
¡La guerra es mucho peor!

EL CONVENIO DE VERGARA.

¡Soldado de Isabel! cuando á los rudos
Tajos del sable, de matar hambriento,
Rendirse vias á tus piés desnudos
Cien contrarios heridos, sin aliento,
Que vertieron del pecho generoso
La roja sangre que manchó tus manos,
Te decia un acento misterioso:
— ¡*Esos que ves morir, son tus hermanos!*

Defensor de Don Cárlos, tu cuchilla
Las mieses arrancó de nuestra tierra;
Tú asolaste los pueblos de Castilla,
Tú atizaste el incendio de la guerra.
Mas ¡ay de tí! cuando tu sable daba
Cebo de carne humana á los gusanos,
Una voz de los cielos te gritaba:
— ¡*Esos que ves morir, son tus hermanos!*

El iris brilló un dia en la campaña;
¡Oh memorable dia, sin segundo!
Tú viste á los ejércitos de España
Desde un rincon maravillar al mundo.
Allí, gozoso el corazon valiente,
Dijéronse entre sí los veteranos:
— Aquellos que miramos frente á frente,
¡*Aquellos son tambien nuestros hermanos!*

El sol reverberó en los pabellones
De fusiles y blancas banderolas;

Y aquellos indomables batallones
Como del mar azul las mansas olas
Se mezclan, se confunden, se bendicen
Por la extension de los vecinos llanos,
Y al abrazarse, en su entusiasmo dicen:
— ¡ *La guerra se acabó, somos hermanos!*

El águila francesa huyó aquel día
En que soñaba arrebatarse un trono;
El leopardo inglés volvió á la fría
Niebla de Londres, sin saciar su encono;
Y es fama que dijeron sus dos reyes
Y respondieron ecos sobrehumanos:
— Ese pueblo no sufre extrañas leyes.
— ¡ *Nuestro pecho leal nos hizo hermanos!*

Otro día, tornando á sus hogares,
Nuestros soldados, de vencer rendidos,
Sin los toscos arreos militares,
Con los feroces rostros denegridos:
— ¡ Huis como cobardes? — les dijeron,
Al entrar en sus pueblos, los villanos;
Y con lágrimas ellos respondieron:
— ¡ *En VERGARA la paz nos hizo hermanos!*

EL PERRO QUE LADRA. * (1)

—El ministro está malito;

¡Pobrecito!

¡Pobrecito!

Y no puede dar audiencia:

¡Dios conserve á su Excelencia

Para bien de la... nacion!

Los ladridos del *Hispano*

(Perro alano)

Le han causado el mal terrible...

¡Ya se ve!... ¡si es tan sensible,

Tan sensible mi señor!

¡Quiera Dios que no haya entierro!

—¡*Que ladra el perro, muchacho,*

Que ladra el perro!

—¡Cómo quieren que le dome,

Si no come,

Si no come,

Y de enjuto, es un alambre?

Cuando un perro ladra de hambre

Fuerza es darle que engullir.

Querer darle de alimento

Sólo viento,

Y que engorde así hasta el colmo,

Es pedir peras al olmo

Y al ciruelo peregil.

(1) De todas las composiciones que lleven esta señal *, hay referencia en las *Notas* que van al fin del presente volumen.

¡No miráis que eso es un yerro?

— ¡*Que ladra el perro, muchacho,
Que ladra el perro!*

—Es que el perro, señor mio,
Tiene frio,
Tiene frio;

Porque en vez de haber mandado
Abrigar su cuerpo helado,
Lo mandásteis esquilar.

Si de Enero con la brisa

En camisa

Paseáseis una hora

Vos, que estais en cama ahora

¿Dejariais de ladrar?

Dispensadme si os aterro.

— ¡*Que ladra el perro, muchacho,
Que ladra el perro!*

—Me ordenais con gran coraje

Que le saje,

Que le saje

Desde el rabo hasta la oreja:

¡Ay, señor, cuando él se queja

Mucho debe padecer!

Indaguemos, como os dije.

Qué le aflige,

Y un buen medio se le acote,

Que el jarabe de garrote

Ni á los perros sienta bien;

Á mi parecer me aferro.

— ¡*Que ladra el perro, muchacho,
Que ladra el perro!*

—Que el ladrido os haga daño

No lo extraño,
 No lo extraño;
 ¡Pobre can! ¡ladra con pena!
 Mas quitadle la cadena
 Y que salga á ver la luz;
 Que abandone el *cuarto oscuro*, (1)
 Y yo os juro,
 Señor mio, que en albricias,
 Os hará tiernas caricias
 Y dormireis en quietud.
 ¿Lo saco, pues, de su encierro?...
 —¡QUE LADRE EL PERRO, MUCHACHO,
 QUE LADRE EL PERRO!

Cárcel de Córte. — Mayo de 1848.

EL LAUREL.

Árbol santo y amigo, que exhalas
 Delicioso perfume de gloria,
 Aquí vengo á estudiar nuestra historia,
 Déme sombra tu tronco inmortal.
 De tus hojas el manso murmullo
 Dulcemente responde á mi acento,
 Y ambos dicen en alas del viento:
 —¡*Lauro eterno al honor nacional!*

Tú ceñiste las sienes adustas
 De Viriato, el pastor lusitano,

(1) Así llaman al calabozo en algunas de nuestras cárceles.

Que fué asombro al imperio romano,
Que á sus huestes fué rayo fatal.

Covadonga te vió en sus entrañas
De Pelayo lucir en la frente;
Que de España repita la gente:
— ¡ *Lauro eterno al honor nacional!*

Por tí fué con sus bravos leones
La primera Isabel á Granada,
Y á sus tristes desiertos lanzada
Para siempre la raza oriental.

Por tí Europa saluda otro mundo
Que Colon vió una noche *soñando*;
Por tí Ercilla lo canta, exclamando:
— ¡ *Lauro eterno al honor nacional!*

Calderon á tu sombra venía;
Á tu sombra Miguel de Cervantes
Meditaba sus libros gigantes,
De prodigios fecundo raudal.

Tú inspirabas al *Fénix* de Iberia
Y á otros mil, de saber maravilla,
Que así aclama gozosa Castilla:
— ¡ *Lauro eterno al honor nacional!*

Por tí al són de sus roncas trompetas
En el llano y ríscosa montaña,
El ejército libre de España
Tremoló su bandera triunfal;

Y á la voz de la patria, rodando
Se desploman castillos feudales,
Y repiten cien ecos leales:
— ¡ *Lauro eterno al honor nacional!*

Árbol santo, jamás tus coronas

Ciña el crimen de máscara bella;
 Tú serás de los buenos la estrella,
 Tú del *genio* brillante fanal.

Yo, en mis pobres y humildes cantares,
 Flores mustias que nacen sin vida,
 Diré siempre á tu sombra querida:
 — ¡*Lauro eterno al honor nacional!*

1846.

Á PIO IX. *

BARCAROLA.

Salud, apóstol santo,
 Que lejos de la orilla
 Conduces la barquilla
 Del pobre pescador.
 España pide al cielo
 Al pié de los altares,
 Que en los revueltos mares
 No te abandone Dios.

El mar es largo desierto...
 ¡*Dios lleve la barca al puerto!*

Serénense las iras
 Del piélago profundo;
 La libertad del mundo
 Con el apóstol va.

Y en pos, á darla caza,
Los déspotas del Norte
Mandaron de su córte
Cien buques á la mar.

El mar es largo desierto...
¡Dios lleve la barca al puerto!

Piratas sanguinarios
Las verdes olas cruzan;
Ya su puñal aguzan
Los bárbaros del Rhin.
Y al fin del horizonte,
Siguiéndote las huellas,
Se ve con las estrellas
Brillar la flor de lis.

El mar es largo desierto...
¡Dios lleve la barca al puerto!

En torno de tu barca
Y en dulces vibraciones,
Se escuchan blandos sonos
Que espiran al nacer.
Espiran, y otros ecos
Divinos se levantan;
Los ángeles te cantan,
Los ángeles te ven.

El mar es largo desierto...
¡Dios lleve la barca al puerto!

Rodéante, escuchando
Las arpas celestiales,
Las sombras inmortales
De la inmortal ciudad.
Y sus viejos tribunos
Que en el polvo se agitan,

Á verte resucitan
Con su severa faz.

El mar es largo desierto...
¡Dios lleve la barca al puerto!

Relámpago es tu barca
Que en el abismo vuela,
Sin más, por toda vela,
Que la bendita Cruz.
La Cruz, que en otros siglos,
Y entre diversas gentes,
En ambos continentes
Brotó rios de luz.

El mar es largo desierto...
¡Dios lleve la barca al puerto!

Salud ¡oh gran Pontífice!
Tu acento es poderoso;
Tu frente es el hermoso
Lucero de esta edad.
El cielo te acompañe,
Y el vendaval, que espanta,
Se amanse ante la santa
Arca de libertad.

El mar es largo desierto...
¡Pero Dios te dará puerto!

Diciembre de 1847.

LAS ARISTOCRACIAS.

Dicen que se ha perdido MADAMA ARISTOCRACIA,
Salgamos á buscarla, tal vez parecerá;
Miremos si reside en el recinto oscuro,
Inhabitado y triste de ese torreón feudal.

El huracán del siglo ha roto sus almenas,
Sus timbres de granito ruedan por tierra ya;
Y sus escudos viejos en la pared pintados
Revelan solamente grandezas de otra edad.

—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos á las RUINAS:—AQUÍ MADAMA ESTÁ.

Tras un mostrador nuevo, caladas sendas gafas,
De obeso comerciante despunta la nariz;
De azúcar y canela, vainilla y chocolate
Circúndanle cien sacos, si acaso no son mil.

¡Qué diablos á él le importa que el mundo baile ó gima,
Que viva ó que se rompa la nuca Jelachih,
Si á todos causa envidia formando en batallones
Ese metal sonoro que han dado en llamar *vil*?

—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos al DINERO:—HA TIEMPO QUE ESTÁ AQUÍ.

No hay ley como una bomba, ni paternal gobierno
Como un bien atracado cañón de á treinta y seis;
Ni títulos más bellos que los que el hombre adquiere
Tragándose mujeres y niños á la vez.

Tal es el catecismo político de algunos;
Con él han escalado la cima del poder;
Sus testas se levantan sobre las testas reales;

Con pólvora compraron el puesto en que se ven.

—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos á la FUERZA:—PARA SERVIR Á USTED.

La frente de ese jóven encaneció el estudio,
Secaron las vigiliassu fuerte corazon;
Se hundieron en las órbitas sus ojos apagados;
No es sombra de sí mismo, ni es eco de su voz.

Mas no se abate; él sabe que con su pluma de oro
Subleva el entusiasmo de una generacion;
Él sabe que hay aplausos, guirnaldas y coronas
Para quien lleva en su alma un gérmen creador.

—¿Está aquí, por ventura, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Oigamos al TALENTO:—SÍ, PADRE, LO SOY YO.

La sangre y los guarismos, la fuerza y el talento
Son cuatro Aristocracias, ó yo no sé la Q:
Las unas, usurparon sus tronos sin bullicio;
Las otras, con razones de hierro y abedul.

Sin duda es la más digna aquella en cuyas filas
Milita, con mil honras, mi colega Hartzzenbusch,
Pero á ninguna de ellas le corresponde el cetro,
Otra hay mejor, y vale más oro que el Perú.

—¿Quién debe ser, entónces, MADAMA ARISTOCRACIA?—
Nuestra razon lo dicta: MADAMA LA VIRTUD.

LA NOCHE DE TODOS LOS SANTOS.

— ¡Doblando está la campana,
La campana del lugar;
Los difuntos son mañana,
Por ellos doblando está!
Poned la rodilla en tierra,
Vamos á rezar por Blas,
Vuestro hermano, que en la guerra
Murió por la libertad.

— ¡En la guerra
Murió por la libertad?

— Sí, en la guerra:
¡Dios le dé su santa paz!

— Á los rayos de la luna,
De la luna funeral,
Iremos á la laguna
Frescas flores á cortar.
Y en ofrenda mortuoria
Triste olor esparcirán,
Cuando entonen por su gloria
El cántico sepulcral.

— ¡Por su gloria
El cántico sepulcral?

— Sí, por su gloria:
¡Dios le dé su santa paz!

— Cuando el pobre me escribía,
Me escribía desde allá,
¡Qué de cosas me decía,
Mi dolor para calmar!

Me decia: «Una venera
Hoy en el campo me dan,
Delante de la bandera,
Del pabellon nacional.»

—¿De la bandera?

¿Del pabellon nacional?

—Sí, de la bandera:

¡Dios le dé su santa paz!

—Otras veces me contaba,
Me contaba, sin pesar,
Los trabajos que pasaba
En la vida militar.
Cómo, desnudo y hambriento,
Al són de un himno marcial,
Marchaba, el pobre, contento,
Por la patria á pelear.

—¿Fué contento

Por la patria á pelear?

—Sí, fué contento:

¡Dios le dé su santa paz!

—Ya no viene ¡y aún le espero,
Le espero en mi soledad!...
El fusil de un granadero
Rompió su pecho leal.
De los mártires la palma
En el cielo llevará...
Roguemos hoy por su alma;
Hijos, vamos á rezar.

—¿Por su alma

Vamos todos á rezar?

—Sí, por su alma:

¡Dios le dé su santa paz!

EL VETERANO.*

BALADA.

- Sigue, padre, ya te escucho.
 —Aún entero en la memoria
 Vive aquel tiempo de gloria
 Para el soldado español.
 Paréceme que mis ojos
 Aún ven el choque sangriento,
 Y el polvo que; por el viento,
 A oscurecer iba el sol.
 —¡Y la patria te abandona?
 —*¡En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡Yo, que gané su corona,
Tiemblo de frio!
- ¡Pobre padre! ¡Pobre padre!
 —Otra vez, nuestra arrogancia
 Arrodillarse hizo á Francia
 En los campos de BAILÉN.
 Á la voz de ¡¡Fuego!! ronca,
 Bramaba la artillería:
 ¡Oh, cuánto francés caía
 Bajo mi sable tambien!
 —¡Y la patria á tu querella...
 —*¡En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
Yo, que combatí por ella,
Tiemblo de frio!

—¡Triste vejez te guardaba!
—Mi mano cogió banderas
De legiones extranjeras
Que vinieron á lidiar.
Las que en Italia vencieron,
Las que en el Rhin tremolaron ,
Las que en Oriente espantaron
Las negras tribus de Agar.
—¿Y... ni una sola mirada?
—*¡En el invierno, hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡En esta cabaña helada
Tiemblo de frio!

—Aún te sangran las heridas.
—Y aún conservan pecho y brazos
Cicatrices de balazos
Que en campaña recibí.
De horrible dolor entónces
El pecho se desgarraba;
Pero allí nadie lloraba...
Matábase sólo allí.
—¡Mi corazon se destroza!
—*¡Y ahora, pobre hijo mio,*
Tiemblo de frio!
¡En esta mísera choza
Tiemblo de frio!

—¡Maldita la patria sea!
—¡Oh! no, es mi amor, mi consuelo;
Primero te mate el cielo
Que escuchar tu maldicion.
La patria es tu dulce madre,
Y si oye nuestros enojos
Ya nos tenderán sus ojos

Miradas de compasion.

—Sí, nuestra madre es España.

—¡Si ella nos mira, hijo mio,

No tendré frio!

¡Huyendo de esta cabaña

Pasará el frio!

1848.

ETERNIDAD DEL GENIO.

Adios, hermano, pues te vas del suelo,
Campo de sangre y de sañuda guerra;
Aplausos te reciben en el cielo,
Si lloros te despiden en la tierra.
Mas ¿por qué nos aflige estéril duelo
Cuando este pobre valle se te cierra?...
De alegría nos llene tu memoria,
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Como tú, Garcilaso halló en la muerte
La playa de la mar que atravesamos;
De Lope y Calderon con igual suerte
El paso de este mundo recordamos.
La tierra devoró á la *tierra* inerte,
Mas sus nombres queridos no olvidamos;
Pues dice, y dice bien, alguna historia,
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Aquí, á los hombres conmovió tu lira

Engalanada con perpetuas flores ;
Allá, en sonido celestial suspira
De Dios ante los vivos resplandores.
No tiene el ángel, que tu voz admira,
Más dulzura en sus ecos seductores ;
Así, ignora quien gime á tu memoria,
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Tú serás, mientras haya una garganta
Para cantar tus versos inmortales,
En el templo del Arte imágen santa,
Orgullo de las musas nacionales.
Si España un monumento no levanta
Á sus mejores hijos y leales,
La juventud lo erigirá en tu *historia*, (1)
Que el sepulcro es la cuna de la gloria.

Tú eres grande y no mueres, compañero ;
Anda con Dios, por siempre, buen hermano,
Mientras nosotros, entre abrojo fiero,
Vamos del mundo por el triste llano
Como la hormiga va por el sendero
Expuesta á que la pise algun villano ;
¿Quién mañana dirá á nuestra memoria ;
El sepulcro es la cuna de su gloria?

(1) Alude á la corona fúnebre que en honor de D. Alberto Lista se publicó, en la cual tuvo cabida la presente poesía.

LOS NIÑOS.

Á MI SOBRINA, LA NIÑA ISIDRA SOLÍS DE AGUILERA.

—Anciano amigo, nosotros
Del mundo en breve saldremos;
¡Ay de mi! poco podremos
Ya por nuestra patria hacer.
Mas si los niños nos oyen
Consejos puros y sanos,
Serán buenos ciudadanos
Y buenos hijos también.

—En su tierna condicion
¿Tanto nuestro ejemplo alcanza?

— *Los niños son la esperanza
Más bella de la nacion.*

—Demos, pues, desde la cuna,
Como á su cuerpo sustento,
Á su espíritu alimento;
La ignorancia es criminal.
Así, cuando hombres se llamen,
Segun sabios pareceres
Conocerán sus deberes,
Derechos y dignidad.

—¿Con la luz de la instruccion
Se consigue tal mudanza?

— *Los niños son la esperanza
Más bella de la nacion.*

—No hay amor que al ciudadano

Como el de la patria cuadro ;
Si no amamos á esta madre
Nos la ultrajarán al fin.
Que sepan , sepan amarla
Nuestros hijos inocentes ,
Y serán independientes ,
Pese al extranjero ardid.

—¿De toda injusta invasion
Sabrian tomar venganza ?
— *Los niños son la esperanza
Más bella de la nacion.*

—Las muertas generaciones
Se hubieron odio profundo ;
La fraternidad del mundo
Como un sol ha de nacer.
Unamos á nuestros hijos
Entre sí con firmes lazos ,
Y al extranjero sus brazos
Tenderán ellos despues.

—¿No habrá ni un negro pendon ,
Ni tinta en sangre una lanza ?
— *Los niños son la esperanza
Más bella de la nacion.*

—Inspirémosles sin tregua
Inclinacion al trabajo ,
Que él sólo nos da aquí abajo
Orden , alegría y paz.
El ocio es padre del crimen ,
Y engendra las ambiciones
Que hacen hoy de las naciones
Campos de guerra tenaz.

—¿Vendrá esa trasformacion ,
Si horror juran á la holganza ?

— *Los niños son la esperanza
Más bella de la nacion.*

— ¡Ay! el sol caerá muy pronto
Sobre nuestra losa fria,
Ese sol que todavía
Alumbra á tiranos mil.
Aprovechemos las horas,
No ya en pueriles cariños,
Sí en enseñar á los niños
Á ser hombres ó morir.

— ¡Y á puerto de salvacion
Arribarán con bonanza?

— *Sí, que ellos son la esperanza
Más bella de la nacion.*

1848.

CÓMO ENTRAN Y CÓMO SALEN.

— Levanta los ojos, Curro;
¡Criatura, no estés triste,
Que si á la cárcel viniste
No tardarás en salir!
Hoy cumplo yo la condena,
Aquí se quedan mis vicios
Y á ejercer voy los oficios
Que me han enseñado aquí.

— Pues comienza á relatar.

—Aquí he venido
 Por no haber sido
 Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de ROBAR.

—Sólo hallarás una contra,
 Si es que despacio lo miras,
 Y es que el aire que respiras
 Es aire de corrupcion.
 Mi cuerpo, antaño más fuerte
 Que el árbol de la montaña,
 Débil es hoy como caña
 Que vegeta en un rincon.

—Sigue, no dejes de hablar.

—Aquí he venido
 Por no haber sido
 Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de ESCALAR.

—No temas rudas fatigas;
 ¿Sabes cuál es tu trabajo?
 Pasearte de arriba abajo,
 Dormir sin tasa y comer.
 Así no podrá tu padre
 Pedirte pan, con clamores;
 Vida es esta de señores
 Y no es mejor la del rey.

—Ya no es tanto mi pesar.

—Aquí he venido
 Por no haber sido
 Bastante diestro...
Pero al mes, era maestro
En el arte de VAGAR.

—Curro mio, eres un niño,
Mas con el tiempo te juro
Que te has de hacer hombre duro,
Y despues de duro, atroz.
Antes yo con la navaja
Me batía frente á frente;
Ahora despacho á la gente,
Sin decir: «aquí estoy yo.»

—Esto me empieza á gustar.

—Aquí he venido

Por no haber sido

Bastante diestro...

Pero al mes, era maestro

En el arte de MATAR.

—Cuando esta casa me dieron,
Despues de pesquisas hartas,
Manejaba yo las cartas
Como las manejas tú.
Hasta el alma ¡ay! me robaron;
Pero como la experiencia
Es la madre de la ciencia,
He salido gran tahir.

—Por rico te puedes dar.

—Aquí he venido

Por no haber sido

Bastante diestro...

Pero al mes, era maestro

En el arte de TRAMPEAR.

—Cuando salgas de la cárcel
Te mirarán de soslayo:
Que te miren ¡voto á un rayo!
Que hablen bien ó mal de tí.
Adios, y deja á los hombres

Que perversos te desdeñen,
 Pues con lo que otros te enseñen
 Ganarás para vivir.

—¡Ya se acabó mi pesar!

—Aquí he venido

Por no haber sido

Bastante diestro...

*¡Adios, que ya soy maestro
 En el arte de MEDRAR!*

1846.

POR LA PATRIA.

—¡ Á dónde vas, hijo mio,
 Que así dejas la cabaña?
 — Á combatir por España,
 Como bueno á pelear.
 — ¡ Á mis lágrimas no atiendes?
 ¡ No sientes mis manos yertas?
 — Al dintel de nuestras puertas
 Ya los franceses están.
 — ¡ Guárdete Dios!
 ¡ Corre á morir por la patria!
 — ¡ Adios!
 — ¡ Adios!

— Esposo, tus hijos lloran.
 — Basta de duelos prolijos;
 Quiero que aprendan mis hijos

Á morir por la nacion.

— ¡No tienen pan! — Con la sangre

De las venas enemigas

Brotarán flores y espigas

Los campos del labrador.

— ¡Guárdete Dios!

¡Corre á morir por la patria!

— ¡Adios!

— ¡Adios!

— ¡Huérfanos, padre, quedamos!

— La sangre de MAYO clama,

Y todo el pueblo se inflama

Al grito de libertad.

— ¡Te van á quitar la vida!

— Siempre por la patria es tarde,

Y no se sufre á un cobarde

En esta nacion leal.

— ¡Guárdete Dios!

¡Corre á morir por la patria!

— ¡Adios!

— ¡Adios!

— ¡Veis allá léjos, muy léjos,

Donde acaba el horizonte,

Entre el ramaje del monte

Cien puntos de fuego arder?

Pues allí nuestros soldados,

Entre lodo, y viento, y nieve,

Mientras llueve, mientras llueve

Pasar la noche se ven.

— ¡Guárdete Dios!

¡Corre á morir por la patria!

— ¡Adios!

— ¡Adios!

— Mañana, por el angosto
 Vecino desfiladero,
 El ejército extranjero
 Pasará para Madrid.
 Mañana, sobre su frente
 Desplomarán nuestros brazos
 De esa montaña pedazos,
 Que lo sepulten allí.

— ¡Guárdete Dios!
 ¡Corre á morir por la patria!

— ¡Adios!

— ¡Adios!

1847.

IRLANDA. *

Irlanda, la más bella paloma de LAS ISLAS,
 La de los verdes campos, la encantadora ERIN (1),
 Tendida en el romántico sepulcro de sus flores
 Aguarda suspirando de su existencia el fin.
 ALBION (2), la bandolera de pueblos y de mares,
 Robóla sus tesoros, armada de puñal;
 Y ERIN, desde su tumba, desfallecida pide

Para sus hijos PAN,

¡Sólo PAN!

(1) Irlanda.

(2) Inglaterra.

En su agonía abraza con místico entusiasmo,
 Como única esperanza, la cruz del Redentor ;
 Mas en los nobles hijos que amamantó su pecho
 Sin término hinca el hambre su diente destructor.
 Como tropel de espectros, la blanca faz difunta,
 Y la mejilla cárdena, pasando lentos van,
 Y lloran cuando clama su moribunda madre:

— *Para mis hijos PAN,*
¡Sólo PAN!

Los pobres irlandeses trabajan como el negro
 Cuyo semblante quema del trópico la luz ;
 Y brota de la entraña de su fecunda tierra
 De frutos regalados inmensa multitud.
 Mas siempre la fortuna fué ingrata para el pueblo,
 Que ve entre cien señores partirse la heredad,
 Sin que la voz de IRLANDA les mueva cuando pide

Para sus hijos PAN,
¡Sólo PAN!

Un día, congregadas, de Albion las Asambleas
 Fingieron condolerse de tanto padecer ;
 ERIN abrió su pecho, ya frío, á la esperanza,
 Y sus hambrientos hijos cantaron de placer.
 Mas ¡ay! pronto abatieron sus pálidas cabezas...
 ALBION les daba leyes de estéril libertad,
 Cuando de ERIN se oía siempre esta voz horrible :

— *Para mis hijos PAN,*
¡Sólo PAN!

¡ ALBION, maldita seas ! ¡ ALBION, maldita seas!
 Tus labios beben sangre, tu sed no calmará...
 La sangre de los pueblos que á tu furor sucumben
 Tu cuerpo de gigante robusteciendo va.
 Hipócrita, al esclavo le quitas la cadena

Tu yugo insoportable poniéndole á la par;
¡Ay! como á ERIN la hermosa, que eternamente pide

Para sus hijos PAN,

¡Sólo PAN!

ERIN repite el himno que entona el Occidente
Sentado en los escombros del templo que cayó;
Y torna al Occidente sus ojos azorados
Cual náufrago que el puerto de su ventura vió.
Los pueblos generosos te dan sus simpatías
Y al bárbaro pirata, maldicen, de la mar...
¡Oh! Europa tendrá rayos para el pirata, y busca

Para tus hijos PAN,

¡Dicha y PAN!

1848.

CANTO DE NAPOLEON.

—Marchemos á la guerra, batallones,
Yo os cubro con mi púrpura imperial;
Ante mi sombra inmensa las naciones
Como palomas desbandadas van.
¡Mio es el mundo! hasta invadir el cielo
Tascaré duro freno mi corcel;
Yo rasgaré su misterioso velo
Haciendo levantar otra Babel.
Ya no veo frontera ni horizonte
Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Lancé un grito de guerra, y á este grito
Postráronse á mis plantas pueblos mil ;
Temblaron las montañas de granito ;
Paró su curso temeroso el Rhin.
Los jardines de Italia encantadores
Atravesó mi gente en són marcial,
Y verdes lauros y tempranas flores
Nos dieron sus mujeres, al pasar.
Ya no veo frontera ni horizonte
Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Yo las Esfinges saludé en Oriente ;
Yo en el desierto resistí al *simoun* ;
Luz una noche me pidió mi gente...
Y á cañonazos incendié á Moscow.
Yo sentencié al Consejo de Venecia ;
Mi planta holló los campos de Wagrám ;
Cual roja exhalacion pasé por Grecia
El sueño de los siglos á turbar.
Ya no veo frontera ni horizonte
Que no alumbren los rayos de mi sol.
—*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Yo hice nacer legiones de soldados
Como yerbas y rosas el Abril ;
Á mi voz se miraban espantados
Los clubs en sus cavernas de Paris.
Del viejo mundo las caducas leyes
En un lago de sangre sepulté ;
Los carcomidos tronos de los reyes
En astillas rodaron á mis piés.
Ya no veo frontera ni horizonte

Que no alumbren los rayos de mi sol.
 —*Mientes, ó ciego estás; baja del monte;*
Aún te falta vencer al español.

—Yo el bélico renglon de *Francia y gloria*
 Pinté en el oriflama nacional,
 Y eclipsó las grandezas de la historia
 De mis triunfos el rápido huracan.
 Yo dormí con mis viejos veteranos;
 Yo su pan crudo y negro devoré,
 Y una turba raquítica de enanos
 En raza de gigantes trasformé.
 Ya no veo frontera ni horizonte
 Que no alumbren los rayos de mi sol.
 —*Mientes... que un dia, al descender del monte,*
Sepulcro dió á tu gloria el español.

1847.

EL MAESTRO QUE NO VIENE.*

AL EXCMO. SR. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.

— Abuela, dicen que hoy viene,
 Viene un maestro de escuela;
 Vamos al camino, abuela,
 Conmigo al camino ven.
 ¡Qué alegría! ¡Cuántas cosas
 Nos dirá, que ahora ignoramos!
 Á recibirle salgamos

Hasta la alameda, á pié.

— No vendrá; mas si viniere,
Como aseguran, Tomás,
¡ *Ya verás cuánto te quiere,*
Ya verás!

— Abuela ; cómo es que tarda ?
Mucho me temo otro engaño;
Ya se le espera hace un año
Y él no acaba de venir.
Ese sí que será bueno
Y no el que en el pueblo habia :
Aquel triste no sabia
Leer, hablar, ni escribir.

— No vendrá, ó tu abuela sueña;
Pero si viene, Tomás,
¡ *Ya verás cuánto te enseña,*
Ya verás!

— De la ciudad vino un niño,
Y era el oírle una gloria,
Cuál relataba la historia,
La historia de la nacion.
Aquí ; ay abuela querida !
Al que en saber más avanza
Apénas si se le alcanza
Cómo se labra un terron.

— No vendrá... ; sueños falaces !
Pero si viene, Tomás,
¡ *Ya verás qué sabio te haces,*
Ya verás!

— Diz, abuela, que los libros
Hacen buenos ciudadanos,
Cortesés á los villanos

Y compasivo al cruel.
Y diz tambien que en sus hojas
El gran secreto se encierra,
Para que la dura tierra
Grandes cosechas nos dé.

—No vendrá, ni por asomos;
Pero si viene, Tomás,
¡*Ya verás qué ricos somos,*
Ya verás!

—Abuela ¡no te da risa
De ver cómo delecta
El alcalde de la aldea
Cualquier orden superior?
¡Oh! si el maestro llegase,
Te aseguro, abuela mia,
Que en dos lecciones podria
Ser mejor alcalde yo.

—No vendrá, esperas en balde;
Pero si viene, Tomás,
¡*Ya verás si eres alcalde,*
Ya verás!

—Ya me amenaza la quinta,
Me llevará de contado,
Y siempre seré soldado,
Y siempre al hombro el fusil.
Mas si viniendo el maestro
Por su cuenta me tomara...
¡Quién sabe adónde llegara
Con la ambicion que hay en mí!

—No vendrá, segun se advierte;
Pero si viene, Tomás,
¡*Ya verás cómo haces suerte,*
Ya verás!

—¡Oh! ¡ya no viene! han pasado
Dias y dias sin cuento,
Siempre yo en igual tormento,
Siempre en igual inquietud.

¡Ay, abuelita del alma!
Mis esperanzas presumo
Que convertidas en humo
Van por la atmósfera azul.

—No vendrá, mas si viniere,
Como aseguran, Tomás,
¡Ya verás cuánto te quiere,

Ya verás!

1847.

VEINTE AÑOS DESPUES.

EL POETA. —Miradle bien, ya se acerca;
Mordazas su voz ahogaban,
Cadenas le sujetaban,
Por eso en venir tardó.

Tomás, á cumplir yo acudo
La antigua promesa que hice;
Connigo aplaude, y bendice
Al que sus hierros partió.

TOMÁS. — Con su retrato, en la escuela
Pondré su nombre además:

*Allí los verás, abuela,
Los verás.*

1869.

EL PROSCRITO.

—Español, ¿por quién suspiras?
 —Por España, buen francés.
 —El cielo que en Francia ves
 ¿No tiene brillante sol?
 Nubes de jazmin y rosa
 Abren paso á su destello...
 —Para mí no lo hay más bello
Que el bello cielo español.

—Tiende la vista á los campos.
 —Campos son encantadores.
 —Es Francia jardin de flores
 Que heben la luz del sol.
 Fuentes y limpias cascadas
 Refrescan el aura pura...
 —¿Qué campo más hermosura
Tendrá que el campo español?

—Nadie compite en el mundo
 Con nuestras lindas doncellas.
 —Otras hay más lindas que ellas
 Bajo la lumbre del sol.
 En cuya sangre cristiana
 Hierve la sangre de Oriente,
 Y en cuya soberbia frente
Arde el orgullo español.

—Da treguas á tus pesares,
 Pues te ofrece asilo y mesa

La hospitalidad francesa,
Tan antigua como el sol.

— Buen francés, Dios que te escucha
No olvidará tus acciones,
Si injustas persecuciones
Te echan al suelo español.

— El cántico de las aves
Mi corazón estremece,
La campiña me entristece,
Me abrasa el fuego del sol.

— ¡Qué buscas, pues, que así el llanto
Rueda por tu faz ajada?

— ¡Ay! ¡mi patria idolatrada!
— *Détela el cielo, español.*

1847.

LA CARIDAD.

INTRODUCCION.

La caridad es la brisa
De los jardines del cielo;
Es imagen del consuelo
Al dintel de un panteon.
Al desvanecer el caos,
Dios, en su juicio profundo,
La puso en medio del mundo
Con toda la luz de un sol.

Luz que hasta en el hueco oscuro
 De las hondas madrigueras
 Donde respirán las fieras,
 Derrama su resplandor.
 ¿No alumbrará las tinieblas
 Del pecho humano ese sol?

ECO.

—Triste y lluviosa es la noche :
 ;Desgraciado el peregrino
 Que haya perdido el camino
 Del monte en la oscuridad!

Pero han llamado á la puerta :
 —¿Quién es?—Un mísero anciano;
 Abrid, por el cielo, hermano,
 El cielo os lo pagará.

—Entrad en mi humilde choza,
 Sin temor ni pesadumbre ;
 Para el frio, tendreis lumbre,
 Para el hambre, tendreis pan.

—El cielo os escucha, hermano,
 Y el cielo os lo pagará.

—Sola, huérfana en la tierra,
 Tocando al fin de tu vida
 estás ;oh niña! abatida
 En el lecho del dolor.

—¿Quién hablaba? ¿qué me quieren?
 ;Virgen mia, cuánto peno!
 ¿Sois acaso el ángel bueno
 Que yo demandaba á Dios?

—Vengo á velar á tu lado,
 Secar el llanto que llores
 Y remediar los dolores

De tu pobre corazon.

— ¡Hermana, tú eres el ángel
Que yo demandaba á Dios!

— Monstruo voraz es el fuego,
Nadie su pujanza doma,
Y ese techo se desploma,
Y esa casa va á caer.

Al pié de aquella ventana,
Una madre, sin fortuna,
Abraza á un niño en la cuna,
Y arde el incendio tras él.

— ¡Socorro! ¡misericordia!
— ¡Infeliz! no en vano clamas;
Aunque me traguen las llamas
Á salvaros volaré.

— Mi hijo está aquí, socorredle,
Que arde el incendio tras él.

— Es de noche, y nadie acude...
¡Cien rayos! ¡mil terremotos!
Me dejan, los brazos rotos,
Como á un perro echado aquí;
Aquí, en un lago de sangre,
Todos revueltos y juntos
Los vivos con los difuntos
Que cayeron en la lid.

— ¡Camarada!— ¿Quién me busca?
Aquí estoy con dos balazos.

— Yo te llevaré en mis brazos.

— No abandones mi fusil.

— ¡Dios vela por los valientes
Que cayeron en la lid!

EL CORCEL DE BATALLA.

Dice un húsar azuzando
Á su corcel de batalla:
—Ya el rumor de la metralla
Zumba en la revuelta lid.
Ya de gozo te estremeces,
De sed de sangre estás ciego,
Y blanca espuma de fuego
Te brota en la ancha nariz.
¡Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Hurra! ¡Viva la nacion!

¡Soberbia estampa es la tuya!
Mirándome voy en ella,
Como se mira una bella
En una fuente, al pasar.
¡Camarada, eres buen mozo!
Tu crin es limpia y suave
Como las plumas de un ave
Que se ha bañado en el mar.
¡Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Hurra! ¡Viva la nacion!

La nieve hiela tu pecho,
Por eso, á lo que presumo,
Respiras pólvora y humo

Que incendian tu corazón.
Y es música que te inflama
Con su infernal armonía,
La voz de la artillería
Que sale de aquel peñón.
 ¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
 ¡Oh, cómo vuela!
¡Hurra! ¡ Viva la nacion!

Hoy se mancha tu vestido,
Mas ¡vive Dios! que mañana
Te he de poner el de grana,
Si entramos en la ciudad.
Y te llevaré á paseo,
Y se parará la gente
Á mirar tu continente
Marchando con majestad.
 ¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
 ¡Oh, cómo vuela!
¡Hurra! ¡ Viva la nacion!

Alas llevas en los cascos,
Por eso en la lid deshecha
Vamos los dos como flecha
Que dispara un cazador.
Yo, matando con mi lanza
En botes rudos y ciertos,
Y tú pisando los muertos
Por este campo de horror.
 ¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
 ¡Oh, cómo vuela!
¡Hurra! ¡ Viva la nacion!

Ayer nos sirvió de techo
 La inmensidad del espacio;
 Hoy tendremos un palacio,
 Y una cama en que dormir.
 Compañero... ¡á escape! ¡á escape!
 Que, entre una lluvia de balas,
 Colgando van las escalas
 Del muro, para subir.
 ¿Sientes mi espuela?
 ¡Á escape... á escape, bridon!
 ¡Oh, cómo vuela!
 ¡Hurra! ¡Triunfó la nacion!

1846.

¡QUÉ HERMANOS!

—¡Caballero, una limosna;
 Por la Virgen, caballero!
 Soy un pobre jornalero
 Que no lo puede ganar.
 Trabajo busco... ¡ay! en balde;
 Me dicen que no hay trabajo,
 Y andando de arriba abajo
 Llevo seis dias de afan.
 Nada tengo, señor, nada;
 En mi situacion repare.
 —¡Cómo ha de ser! Dios le ampare,
 Que es quien le puede amparar.

— Tres niños tengo, y fallecen
 De miseria los tres niños ;
 ¡ Si los vieseis ! como armiños,
 Blancos cual la nieve son.
 He de traerlos mañana
 Y los vereis al traerlos ;
 Seguro estoy de que al verlos
 Se os partirá el corazón.

¿ Aún no me oís ? ¿ Más miserias
 Quereis, al fin, que os declare ?
 — *Le digo que Dios le ampare ,
 Que puede ampararle Dios.*

— El cielo me oirá algún día,
 Fío en la piedad del cielo ;
 Mas ¡ cuán amargo es el duelo
 Que hay entre tanto en mi hogar !
 La madre de mis tres hijos...
 ¡ Ay ! muriendo está la madre :
 Dadme, señor, si sois padre,
 Una *triste* caridad.

Yo diré que sois humano
 Á quien por vos preguntare.
 — *Repito que Dios le ampare ,
 Que es quien le puede amparar.*

— Por mis yerros, tal vez, sufro ;
 Dios perdonará mis yerros ;
 Pero ¡ ay, señor ! vuestros perros
 Son más dichosos que yo.
 Conmigo partid sus sobras,
 Dejad que hoy coman conmigo,
 Como un huésped, un amigo
 Que busca su protección.

Mal pago tendrá quien sordo

Al prójimo abandonare.

— (*¡ Ya me irrita!*) *Dios le ampare,*
Que puede ampararle Dios.

— Opulento sois; ¿ quién debe
Dar, si no da el opulento?...
No os pido yo un aposento
Grande y de lujo sin par;
Ni vestidos que me abriguen
(*¡ Para el pobre no hay vestidos!*)
Ni esos anchos y encendidos
Braseros, que calor dan.

Con un poco de pan negro
Que á sus perros les quite...
— (*¡ Voto á un rayo!*) *Dios le ampare,*
Que es quien le puede amparar.

— La puerta vais á cerrarme...
¡ Bien! me voy de vuestra puerta;
Otra me dejais abierta,
Y es la del crimen, señor.
La mano de la justicia
Me persigue... y vuestra mano;
¿ Qué ha de hacer el artesano
Más que ir á su perdicion ?

No hay jornal, ni una buen alma
Que del crimen me separe...
— *¡ Vaya fuera, y Dios le ampare,*
Y si no... DÉJELE DIOS!

CANCION DE LOS TALLERES.

— ¡ Venid , oh compañeros !

¡ Venid ! desde esta aurora

Idea redentora

Recibe adoracion.

— ¡ Qué idea redentora

Recibe adoracion ?

— Aquella que , al mostrarse ,

Gran multitud atrajo ,

Su nombre es EL TRABAJO ,

Y él es tambien el dios.

CORO.

*Resuenen los talleres con ecos de alegría ;
 Á trabajar corramos , que va á salir el sol ;
 Y en los robustos hombros del que con fe trabaja
 Descansa la fortuna , la paz de la nacion.*

— Ni mármoles soberbios

Para mayor decoro ,

Ni lámparas de oro

En torno al dios se ven.

— ¡ Ni lámparas de oro

En torno al dios se ven ?

— Son , como la ley nueva ,

Sencillos los altares ,

Los vuestros sus cantares ,

El templo es EL TALLER.

CORO.

Resuenen los talleres , etc.

— Ministros necesita
 La ley fecunda y nueva ;
 Pero tambien reprueba
 La vana ostentacion.

— ¿ Por qué tambien reprueba
 La vana ostentacion ?

— Porque es la inútil pompa
 De nuestra ley azote ,
 Y de ella sacerdote
 Será EL TRABAJADOR.

CORO.

Resuenen los talleres , etc.

— No pide á sus adeptos ,
 Contrarios á los vicios ,
 Sangrientos sacrificios
 Que manchen el altar.

— ¿ No pide sacrificios
 Que manchen el altar ?

— Ni atiza la discordia ,
 Ni alienta la venganza ;
 Su víctima es LA HOLGANZA ,
 Y al dios se votará.

CORO.

Resuenen los talleres , etc.

— Aquel que esta doctrina
 Venere con fe inmensa ,
 Tambien su recompensa
 Tendrá en el porvenir.

— ¿ Cuál es la recompensa
 Que ofrece el porvenir

— La PAZ de la familia ,

El PAN de su sustento,
Y el íntimo CONTENTO
De haberla hecho feliz.

CORO.

Resuenen los talleres, etc.

— La ley, que á todos llama
Sin séquito de guerra,
Conquistará la tierra
Que hoy vive sin quietud.

— ¿Conquistará la tierra
Que hoy vive sin quietud?

— Y el fausto destruyendo
De corrompidos seres,
Saldrá de los talleres
El sol de la virtud.

CORO.

*Resuenen los talleres con ecos de alegría,
Á trabajar corramos, que va á salir el sol;
Y en los robustos hombros del que con fe trabaja
Descansa la fortuna, la paz de la nacion.*

1847.

¡AY DE ESPAÑA!

¡Honor á Suiza libre que al mundo ha despertado
 Laureles recogiendo para su augusta sien!
 Á gigantesca lucha los pueblos ha llamado...
 Ya sale á las batallas Europa en su corcel.
 Nosotros ¡oh vergüenza! en muchedumbre impía
 Danzamos como siervos, de la cadena al són:
España es como cisne que canta en su agonía;
De sus despojos fénix, ya Suiza renació.

Cuando al rumor siniestro de un mar de sangre humana
 Surgía el astro pálido de nuestra libertad,
 En tumba silenciosa, dormía nuestra hermana,
 Italia, nuestra hermana, era cadáver ya.
 Mas fiera levantándose, saluda al nuevo día;
 ¡Nosotros en placeres vemos caer el sol!
España es como cisne que canta en su agonía;
De sus cenizas fénix, Italia renació.

El huracan de Francia nos trae mil clamores;
 Magníficos incendios levanta en pos de sí;
 Mas ¡ay! que en este suelo de luto y de dolores
 Ni para ver hay ojos, ni oídos para oír.
 Con carcajadas roncadas de estúpida alegría
 Los ayes apagamos del pobre corazón:
España es como cisne que canta en su agonía;
De sus cenizas fénix, ya Francia renació.

Sólo el cañon del Norte nuestros oídos hiere,
 Mas la bandera libre sin un jirón se vé;

Podrá morir Europa, la libertad no muere;
 Dios, que le dió su vida, la salvará tambien.
 Y en tanto marcha Europa ¿qué hace la patria mia?
 Murmura himnos de fiestas al pié del panteon!
España es como cisne que canta en su agonía;
Mañana dirán todos: «EUROPA RENACIÓ.»

¿No veis en vuestros sueños banderas desplegadas
 Y ejércitos de bravos sin término pasar?...
 Unas tras otras corren las huestes apiñadas...
 Es la familia humana que á emanciparse va.
 Y la victoria es suya, que Dios sus pasos guia,
 Mientras en los festines desmaya nuestra voz:
España es como cisne que canta en su agonía;
¿Cuándo decir podremos que España renació?

1848.

EL DOS DE MAYO.*

¡Otra vez esas campanas,
 Otra vez esos gemidos
 Vienen á herir mis oidos
 Desde las torres cristianas!
 Retiembla el viento á su acento,
 Y hasta el confin de la tierra
 Se oye esta voz en el viento:
 —¡Venganza, guerra!—
 Y el mar en ronca armonía,
 Con un eco en cada ola,

Canta al nacer este dia
La independencia española.

Vendiendo amistad sincera,
 Francia quiso esclavizarnos...
 ¡Sólo así pudo engañarnos
 Esa cínica ramera!

Más brillaron los arneses
 Y el bravo empuñó su lanza,
 Gritando al matar franceses:
 — ¡Guerra! ¡Venganza! —
 Y el mar en ronca armonía,
 Con un eco en cada ola,
 Canta al nacer este dia
La independencia española.

¡Aún se oyen tristes clamores!
 ¡Aún de sangre se ven huellas!
 En vano, hermosas doncellas,
 Cubriéndolas vais de flores.

Que el valiente pueblo hispano
 Clama del llano á la sierra,
 Clama de la sierra al llano:

— ¡Venganza! ¡Guerra! —
 Y el mar en ronca armonía,
 Con un eco en cada ola,
 Canta al nacer este dia
La independencia española.

París tiene arcos triunfales;
 Francia se despuebla á verlos;
 Madrid, tú puedes hacerlos
 Con cabezas de imperiales.

Madrid les cavó su tumba,
 Aquí murió su esperanza,

Y aún se oye una voz que zumba :
— ¡ Guerra ! ; Venganza !—
Y el mar en ronca armonía ,
Con un eco en cada ola ,
Canta al nacer este día
La independencia española.

En las horas de misterio ,
Que á los mortales espantan ,
Los mártires se levantan
Y dejan el cementerio.

En sus miradas fulguran
Cien rayos de luz que aterra ,
Y lentamente murmuran :
— ¡ Venganza ! ; Guerra !—
Y el mar en ronca armonía ,
Con un eco en cada ola ,
Canta al nacer este día
La independencia española.

Aprendan desde su infancia
Nuestros hijos inocentes ,
Á morir independientes
Cual los bravos de Numancia.

Y en las futuras edades
Clame cuanto España encierra
En sus campos y ciudades :
— ¡ Venganza ! ; Guerra !—
Que el mar en ronca armonía ,
Con un eco en cada ola ,
Canta al nacer este día
La independencia española.

EL TRIBUTO DE SANGRE.

AL GENERAL D. JUAN VAN-HALEN.

¡ Dicen que la ley lo manda,
Y te arrancan de mis brazos!
Con el alma hecha pedazos
Partir allá te veré.
Anda, y calla, y obedece
Esa ley que Dios maldijo,
Que roba á la madre el hijo
Y el báculo á la vejez.

*Hijo mio ¿volverás?...
Que á su tierra
Pocos vuelven,
Y á la guerra
Muchos van...*

¡ Tú vas á la guerra, Juan!

¡ Quién labrará nuestro huerto,
Que es encanto de mis ojos?...
Mañana tristes abrojos
Bañará del sol la luz.
El pan faltará á tu madre,
Que, al sonar las oraciones,
No oirá las dulces canciones
Que tan bien cantabas tú.

Hijo mio ¿volverás? etc.

Mira quien viene del campo,
Ella, que iba á ser tu esposa;

Ni más gallarda es la rosa,
Ni más hermoso es el sol.
Al léjos tus compañeros
Trabajan con alegría...
¡Y tú pierdes en un día
Madre, amistades y amor!

Hijo mio ¿volverás? etc.

Mira, reza por las noches
Á la Virgen del Rosario,
Al pié de este escapulario
Que *Ella* me dió para ti.
Pónlo despues sobre el pecho,
Y, al marchar con firme planta,
Su imágen bendita y santa
Será tu escudo en la lid.

Hijo mio ¿volverás? etc.

Zagal mio ¿por qué lloras?
¿Es por ver que tus hermanos
Levantán las tiernas manos
Amparo pidiendo á Dios?
Así la tórtola gime,
Cuando con vuelo torcido
La roba del pobre nido
Algún gavilan traidor.

Hijo mio ¿volverás? etc.

¡Quién sabe!... Acaso mañana
El azar de una pelea
Te arroje á incendiar tu aldea.
La que te ha visto nacer.
Y ¡ay! á la voz de tu jefe,
Voz tremenda, inexorable,
No perdonará tu sable

Ni á tus hermanos, tal vez.

Hijo mio ¿volverás? etc.

¡Adios, prenda de mis ojos!

Véte en la flor de tu vida

Á la guerra aborrecida,

Que así lo manda la ley.

Hambre, fatiga y miseria

Te esperan... ¡pobre soldado!

Pero la ley lo ha mandado...

¡Confúndala Dios, *amen!*

¡Adios!... ¡*Ya no volverás!*

Que á su tierra

Pocos vuelven,

Y á la guerra

Muchos van...

¡*Tú vas á la guerra, Juan!*

1847.

LA VUELTA DEL VOLUNTARIO.

Partióse Juan á la guerra

Con pecho firme y sereno ,

Y combatió como bueno ,

Y herido tornó á su tierra.

Ya cerca de su destino

Decir oyó á un campesino:

— Los sables de los franceses

Han arrancado tus mieses ,

¡Pobre Juan!

—¿Y están en la villa, están?
 —De echarlos España acaba,
 Á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Rayando apénas la aurora
 En el pálido horizonte,
 En la espesura del monte
 Halló Juan á una pastora.

Ella le dijo:—No sigas,
 Pues las tropas enemigas
 Al compás de sus cantares
 Han quemado tus hogares,

¡Pobre Juan!

—¿Y están en la villa, están?
 —De echarlos España acaba,
 Á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Á la puerta de la villa
 Encontró á su hermano ciego,
 Y una lágrima de fuego
 Le rodó por la mejilla.

—¡Sin ojos tú, hermano mio!
 —Por amparar con mi brio
 Á tus hijos, sin fortuna,
 Degollados en la cuna,

¡Pobre Juan!

—¿Y los franceses, están?
 —De echarlos España acaba,
 Á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Cuando vino el nuevo día
Se fué Juan de puerta en puerta,
Y en la que encontraba abierta
Una limosna pedía.

Y los niños y los viejos,
Que escuchaban los consejos
Y las glorias del valiente,
Repetían tristemente:

—¡Pobre Juan!—

Y él decía:— Ya no están,
De echarlos España acaba,
A su tierra van marchando...—
Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.

Postrado por los dolores
Juan esperaba la muerte,
Y dolidos de su suerte
Así hablaban dos pastores:

—¡Qué de vueltas da este mundo!
¡Ayer, bueno!... ¡hoy, moribundo!
—Hoy, la miseria le humilla,
Y era envidiado en la villa;

¡Pobre Juan!

—Mas ya... en la villa... no... es... tan.—
Y Juan, que esto murmuraba
En el lecho agonizando,
Se iba acabando... acabando...
Y aún de júbilo lloraba.

EL PORVENIR.

Salga volando el alma de su mezquino encierro
Y lleve mis canciones del universo al fin ;
No más desastres llore la cítara de hierro ;
Voy á narrar la historia del hondo porvenir.
Las viejas sociedades derrúmbanse en montones,
Mas otras, como flores, veránse en pos brotar ;
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos , sin patria y sin hogar.

Sus nidos abandonan las águilas reales ;
Sus nidos arrebatá el huracan tambien ;
Los que hoy al mundo asombran con torpes bacanales
Mañana tendrán hambre, mañana tendrán sed.
Las tumbas de los vivos, las lóbregas prisiones,
Á víctimas sin cuento mañana soltarán ;
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos , sin patria y sin hogar.

La libertad es reina, es reina ya de Europa ;
Ayer llamó á sus puertas , y Europa respondió ;
Ni ejércitos siguiéronla de mercenaria tropa ,
Ni iluminó su tránsito la llama del cañon.
De gozo se estremecen los bravos corazones ,
Sus lágrimas enjugan todos los pueblos ya ;
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos , sin patria y sin hogar.

Al són de la trompeta, que espanta á las ciudades,
Sucederán los cantos alegres del taller ;

Á edades turbulentas, más prósperas edades;
 La choza y el palacio tendrán la misma ley.
 ¡ Abajo de la guerra los bárbaros pendones!
 ¡ Que la bandera santa tremole de la paz!
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos, sin patria y sin hogar.

Como del mar las olas se agitan los imperios;
 De libertad el eco zumba del Norte al Sur;
 Tú, que de la existencia comprendes los misterios,
 ¡ Dios mio! más felices haz á los pueblos Tú.
 Sobre ellos el tesoro derrama de tus dones,
 Que de tus hijos *todos* el mundo sea heredad;
Y huyendo los tiranos irán por las naciones
Con su conciencia solos, sin patria y sin hogar.

Abril de 1848.

ANTE UN CRUCIFIJO.

MEDITACION.

Aquí vengo con íntimos dolores
 ¡ Oh sol del alma mia!
 Ceñida el arpa de funestas flores,
 Pensando en tu agonía.
 Que aún mis ojos te ven, mústio y sediento,
 ¡ Ay! en la estéril loma
 Desfallecer del Gólgotha sangriento,
 Como herida paloma.

Mi númen, á tus piés, yace transido
Cual flor que abate el rayo,
Meditando en el último gemido
De tu mortal desmayo.

·Lúgubres son mis himnos, como el lloro
De huérfano y de viuda,
Al ver que, agonizando, el bien que adoro
Helada sangre suda.

Tu sangre es el bautismo que redime
Á la familia humana;
Ésta rompiendo el yugo que la oprime,
Libre será mañana.

Que si tumba á tu cuerpo moribundo
Dió el Gólgota, fué cuna
Donde nació la libertad del mundo
Como en el mar la luna.

La libertad, que há siglos atraviesa
Las tierras y los mares,
Desconsolada, y fugitiva, y presa
De indecibles pesares.

¡Ay, tambien los verdugos le pusieron
Corona vil de espinas!

¡Ay, tambien con sarcasmos escupieron
Sus mejillas divinas!

Mas tendrá en su camino solitario
Por un suplicio un sólio;
No morirá en la cruz de otro Calvario...
Subirá al Capitolio.

Celebrarán los pueblos su victoria
Con laureles y palmas;
Y hossanas mil de júbilo y de gloria
Entonarán las almas.

Pasarán los tiranos, como oscura
Nube de horror y asombros,
Y las razas esclavas á la altura

Llevaránla en sus hombros.

¡Sí, amoroso Jesús! Tú la sentencia
Dejas con sangre escrita,
Sacrificando al hombre tu inocencia
En la ciudad maldita.

Tu boca ha pronunciado una palabra
Que hunde las viejas leyes,
Y la santa igualdad ante Dios labra
De plebeyos y reyes.

Tu espíritu visita al artesano
En su taller desnudo,
Como en su casa de oro al soberano,
Como al ciego y al mudo;

El trabajo del pobre glorifica,
Y en balanzas iguales
Pesa del labrador la ruin pellica
Y las púrpuras reales;

Las hondas llagas del leproso cura,
Y como casta rosa
En este valle ostenta su hermosura
La caridad piadosa.

Del humano derecho el sol ya brilla;
La fuerza se estremece;
Tu brazo vencedor al fuerte humilla
Y al humilde enaltece;

El corazón del rico mueve y toca,
Y el pobre encuentra abrigo;
Dulce consuelo mana de tu boca,
Y halla pan el mendigo.

Tú solo eres el grande en cielo y tierra,
Puerto que á ver alcanza
La honesta vírgen, cuyo pecho encierra
Amor sin esperanza;

Tú el amigo á quien llaman tiernamente
Los séres desvalidos,

Y ángel de luz que pasa por su mente
Cuando sufren dormidos.

¡ Oh! ya baña los cielos otra lumbre;
Ya fiero se desploma,
Como peña que baja de una cumbre,
El Norte sobre Roma.

Ya un imperio titánico en la llama
De Europa arder se mira,
Y del árbol feudal bajo la rama
El siervo ya respira.

Ya en polvo los castillos insolentes
Caducos se deshacen,
Y hollando su poder, independientes
Las monarquías nacen.

Ya la tormenta popular desquicia
Cuanto nutre su encono,
Colocando el nivel de su justicia
Junto al taller el trono.

¡ Oh divino Jesús! tu aliento sabe
Regenerar naciones,
Y la semilla brota al calor suave
Que en su espíritu pones.

Tu paternal amor desde la altura
Por los imperios vela,
Como en la noche del invierno oscura
Despierto centinela.

Y si á tu voz levántanse los muertos
Con vida en sus despojos,
É iluminas los cóncavos desiertos

De sus helados ojos,
Tú los restos decrepitos del mundo
Sin fé, desmoronados,
Tocarás con tu labio, en bien fecundo,
Y serán trasformados.

1848.

EN LOS ULTIMOS DIAS DE 1848.

ANATEMA.

¡Huye, pasa veloz, año maldito,
La humanidad espera tu agonía
Como un reo el perdon de su delito!
¡Huye!... el año que el cielo nos envía
Tal vez disipe la tormenta oscura
Que sobre Europa ruge noche y día.
¡Huye á la eternidad!... sólo amargura
Tu cáliz ha tenido, y sangre, y llanto;
Cáliz que el mundo desolado apura.
¡Ay, cuánta destruccion! ¡Ay, cuánto, cuánto
Dolor cruel sembraron tus enojos,
Cubriendo el alma de mortal espanto!
De los pueblos no quedan ya en los ojos
Lágrimas que llorar; son secas fuentes
Que corrieron entre ásperos abrojos.
Aquí, truena el cañon, y florecientes
Ciudades se desploman destrozadas

Entre el clamor horrible de las gentes.

Allá, exánimes turbas, apiladas,
Yacen pidiendo pan, ó alzan banderas
Que el plomo abate luego acribilladas.

Son la guerra y el hambre, compañeras
De la peste que avanza por el Norte
Sobre las alas de Aquilon, ligeras.

En el campo, en la choza y en la córte,
En el pastor que habita la cabaña,
En el noble señor de altivo porte,

En todas partes inquietud extraña...
El ánimo del mundo está de duelo;
No flores, sepulturas el sol baña.

Cuando la noche tiende por el cielo
Su cortinaje de crespon sombrío
Y en espesa tiniebla cubre al suelo,

Espiran ayes mil en el vacío,
Sollozos y quejidos singulares
Que dan horror al pensamiento mio.

¡Ay! no es el eco de tranquilos mares
Esa lánguida voz que va en el viento;
Ni el agreste rumor de los pinares,

Ni de las aves el canoro acento,
Ni el del festin, ni el choque de la copa,
Ni el respirar de un corazón contento.

¡Ay, no! Esa voz, que por do quiera topa
El oído, es la voz agonizante,
El apenado espíritu de Europa.

Gimiendo va, cual gime tierno infante
Suspendido de un árbol en su cuna,
Sin el paterno amor del indio errante;

Como gime en recóndita laguna
Una paloma, atravesado el pecho
Por un villano que la vió á la luna.

Ya, invisible, penetra por el techo

De un opulento alcázar cortesano,
Y de un rey se coloca junto al lecho.
— «¿Quién eres?—le pregunta el soberano.
— Soy el alma de Europa, desterrada.
— Eres la libertad.—Y tú un tirano.
— ¿Qué vienes á pedirme, desdichada?
— Óyeme ; vengo á emponzoñar tu sueño
Y al par tu gloria, en sangre cimentada.
Cuando la noche vierta su beleño
Sobre tu rojo párpado cansado,
En tu labio de púrpura risueño ;
Yo haré que te revuelques azorado
En el lecho real de seda y lino,
Como entre duros hierros un forzado.
Y pasarán en fila, de contínuo,
Con faz de espectros, espantables sombras
Que te irán maldiciendo en su camino.
Y pasarán, echando en tus alfombras
Lumbre que abraza tu desnuda planta,
Los que en tus largas pesadillas nombras.
Y pasarán; los unos, la garganta
Herida por el hacha del verdugo,
Que en tí es ley superior á la ley santa.
Y los otros también, los que te plugo
Matar porque tu yugo sacudieron,
Tu conciencia dejándote por yugo.
Y pasarán despues los que vinieron
Á pedirte un jiron de tus vestidos,
Y en vergonzosa desnudez murieron.
Y pasarán los de hambre fenecidos,
Los que llamaron al dintel de tu alma
Y no pudieron nunca ser oídos.
Y pasarán, para turbar tu calma,
Los que lloraban siervos del trabajo
Sin encontrar la sombra de una palma.

Y pasarán los que á tu alcázar trajo
La justicia, y te hallaron sordo y mudo,
Benigno siempre á quien te adula bajo.

Y pasarán, el campesino rudo
Con cuya sangre brotan de la tierra
El pan y el oro, que negarte pudo;
Y el soldado, á quien mandan á la guerra
Á matar y á morir para que viva
Quien el paso del bien te estorba y cierra.

¡Oh! todos pasarán : tu alma cautiva
Del delito en la red, clamará en vano
Porque Dios en su seno la reciba.

No hallarás en los hombres ni un hermano ;
Y el relój de tus noches, lentamente,
Un siglo marcará con cada grano.»

Esto el alma de Europa, tristemente,
Esto al tirano de sus pueblos dice,
Que se agita en el lecho cual serpiente.

¡Huye!... que el universo te maldice ;
¡Huye!... pasa veloz, año enemigo ;
En breve tu existencia se deslice.

Á todos amenaza tu castigo ;
Tú has sido el ángel negro de la muerte ;
Todo azote del cielo va contigo.

Miro al valle... y del álamo más fuerte
La tempestad el tronco ha quebrantado,
Y entre marchitas ramas yace inerte.

Miró al collado... y baja del collado
Un sonoro torrente cristalino
De reflejos de sangre salpicado.

Del monte á lo profundo me encamino,
Y tropiezan mis piés con osamentas
Que el lobo corre á devorar, dañino.

Y tú también, pastor, tú, que apacientas
El ható en la llanura solitaria,

Sobre peñascos á llorar te sientas,
Dirigiendo una rústica plegaria
Á Él que gobierna al sol que nos alumbra,
Tu propia suerte al lamentar, contraria.
Busco el templo de Dios... y se vislumbra
Apénas, entre lúgubre ruína,
Que al corazon más fuerte apesadumbra,
La humilde Cruz del Redentor, divina;
Fariseos rodean sus altares...
Tiembla la luz del templo, mortecina.
Y aquellos melancólicos cantares
De las hijas del pueblo, consagradas
Á Él que crió los cielos y los mares,
Trocado se han en quejas arrancadas
Al pecho, como el último gemido
Que dan las arpas de Sion, colgadas.
Voy al taller, y solo, y abatido
Yace el trabajador, como palmera
Que el huracan y el rayo han sacudido.
Cansado, en un rincon la muerte espera,
Como alazan sin agua ni alimento
Y condenado á andar la vida entera.
Si rotas sus cadenas, zumba el viento,
En sus alas conduce extraños sonos,
Estrepitosos, fúnebres, sin cuento.
Es que nacen del polvo unas naciones,
Olvidadas há siglos de la historia,
La aurora á saludar de sus regiones;
Y que otros pueblos, con valor y gloria,
Caen como cayó la gran Sagunto,
Que aún vive de esta edad en la memoria.
El Mediodia... el Norte, ese difunto
Coloso del pasado, se levantan,
Y Mediodia y Norte arden al punto.
Los hijos de Milan muriendo cantan;

Las tumbas de Milan brotan soldados
Que á las falanges del tudesco espantan.

Los hijos de Mesina, ensangrentados,
Meditan su venganza, discurriendo
Por sus calles y muros abrasados.

Arrodillase Viena al són horrendo
Del cañon imperial; se alza el prusiano,
Para ser grande, libertad pidiendo.

Crujen los tronos; como sueño vano
Desparecen las viejas monarquías:
Aquí, el pueblo se aclama soberano;

Mas allá, la nacion cuenta sus dias,
Bajo un yugo cruel, por los dolores
Que padece en las cárceles sombrías.

Aquí, alfombran de ramas y de flores
El paso de un ejército triunfante,
Al estruendo de trompas y tambores:

Sobre un mar de cabezas, oscilante,
Un tribuno del pueblo su elocuencia
Eléctrica hace oír más adelante.

¿Qué es esto, santo Dios? De ello la ciencia
Del hombre nada á penetrar alcanza,
Que todo su saber es impotencia.

¿Adónde Europa vá?... Se mueve, avanza,
Precipita su marcha, atropellando
A unos pueblos sobre otros su pujanza.

Y cual mar borrascoso va tronando,
Razas diversas, y diversas gentes,
Y cetros en sus olas arrastrando.

¡Oh! apresura tus horas inclementes;
Año del exterminio, pasa luego
Como pasa el murmullo de las fuentes.

Tú has derramado la miseria, el fuego,
La esclavitud, la guerra fratricida,
Cuanto el genio del mal aborta ciego.

Y Tú, Dios bueno y justo, que das vida
Al águila real que hasta el sol vuela,
Como al insecto que en la flor anida;
Tú, bálsamo y aroma que consuela;
Vaso en que hartan su sed los labios rojos;
Lucero de la errante carabela;
¡Ay! cesa, por piedad, en tus enojos,
Y muéstranos la luz del arca santa
Donde en tanto peligro y sombra tanta
Europa ha de tornar los turbios ojos.

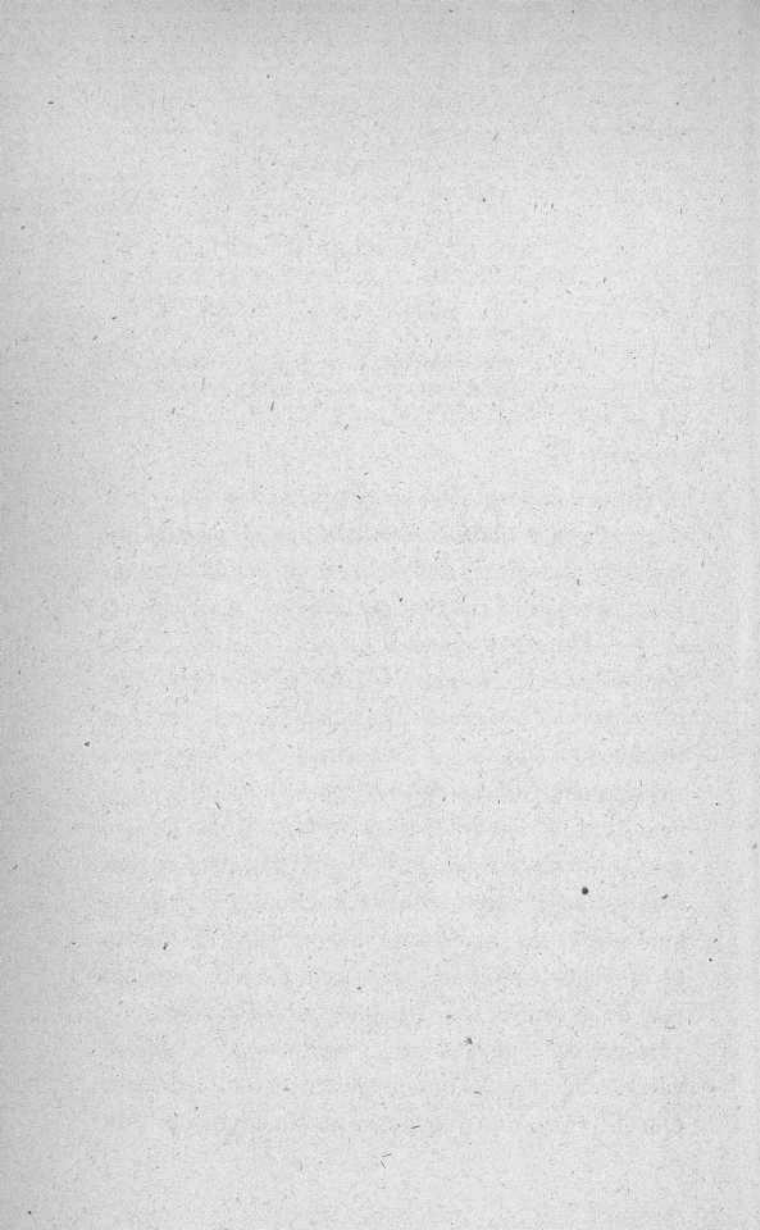
1848.

ECOS NACIONALES.

LIBRO SEGUNDO.

A Francisco Lez,

VENTURA.



PRÓLOGO

DE LA TERCERA EDICION.

No es la poesía un anacronismo en nuestros días, según suponen personas que se precian de conocer el espíritu del siglo en que vivimos; y no lo es, porque la poesía, sentimiento y expresión de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, tiene condiciones de perpetuidad. En mi opinión, por el contrario, progresa obedeciendo á la comun tendencia de las cosas humanas; pero progresa, experimentando al mismo tiempo renovaciones sucesivas. Cuando la poesía de un pueblo no sigue la ley providencial de la transformación, no sólo retrocede, pues aquí la inercia es retroceso, sino que hasta parece que muere; pero lo cierto es que únicamente acaba en una nación, cuando ésta es borrada del catálogo de las naciones. ¡Desgraciada aquella que, á ser posible, existiese careciendo completamente de sentimiento poético; ella sí que sería un monstruoso anacronismo sin

ejemplo! Ni aún en los últimos períodos de las civilizaciones antiguas más florecientes, cuando ya la anarquía y la gangrena destruían el cuerpo social, faltaron hombres de corazón y de fe, que con su voz, eco de la de gran parte de sus conciudadanos, dulcificasen los dolores de la patria moribunda ó fulminasen el rayo de la sátira contra el vicio.

El sentimiento poético, proscrito otras veces, no menos que el sentimiento religioso y el de la libertad, germina oculto por algún tiempo como las semillas de las plantas debajo de la tierra; mas cuando llega la hora de manifestarse, asombra con su lozana pompa y desarrollo. Antes de la ruina del imperio de los Césares, el Cristianismo habitaba un mundo subterráneo; las catacumbas, como en Roma; las grutas y soledades eremíticas, como en Egipto. El pensamiento evangélico, la idea de la redención de la humanidad, había espirado en apariencia. Y no obstante, aquella religión fugitiva, escarnecida y martirizada, era la religión del porvenir, la religión que había de ser reina y señora de las naciones. Otro tanto puede decirse de la libertad; no muere, germina oculta, y cuando se cree desterrada para siempre y vencida por el ateísmo, se levanta, y muchas veces con superabundancia de vida.

Los poetas han sido en todos tiempos individualidades dotadas por el cielo con la facultad de revelar á sus semejantes, bajo una forma simpática, la belleza, las maravillas y metamorfosis del mundo físico y del mundo moral, y aún los destinos providenciales del hombre y de las sociedades; verdaderos apóstoles de la humanidad, intérpretes del plan divino, y aún en ciertas edades conservadores casi exclusivos de las tradiciones y hechos memorables. Pero el poeta debe ser siempre contemporáneo; esto es, cantar la época en que vive, como cantaron la suya los líricos, épicos y dramáticos que constituyen la dinastía inmortal de los grandes genios. Homero lega á las generaciones futuras la historia épica de los pueblos cuyo nombre perpetúa en sus poemas; los profetas anuncian los sucesos más interesantes de la epopeya bíblica.

En tiempos normales, el hombre inspirado pinta imágenes apacibles, risueñas, tranquilas, porque respira en una atmósfera de paz, de calma y de contento; pero ese mismo hombre no haría de su genio el uso elevado para el cual le fué concedido, si á vista de sangrientas catástrofes, de dolorosas convulsiones, de terribles infortunios volviese la espalda á la sociedad, que tiene derecho á que se la enseñe, á que se la consuele,

y á que se la dirija por el camino trazado *ab initio* por el dedo de la Providencia. Cuando los poetas no comprenden su mision, no se les oye, se les oye con indiferencia, ó se les olvida pronto, por más aplausos que reciban á su aparicion. ¡Qué instinto tan admirable el de los pueblos, y cuán merecida la expiacion de los que faltan á su siglo!

El nuestro, se dice, no se ocupa mas que de intereses positivos, es egoista, es incrédulo. ¿Es incrédulo?... Pues vosotros, hijos predilectos del cielo, vosotros, que teneis sensibilidad é inspiracion, debeis atraerlo á la creencia; porque la creencia es nuestro ángel custodio, ángel fiel al hombre en las mayores tribulaciones de la vida, cuando todo le abandona, le aflige ó le engaña. ¿Es egoista?... Entonad himnos á los héroes que se sacrificaron por sus semejantes ó por su país; no hay nacion alguna sin víctimas generosas, sin recuerdos patrióticos. Si dirigís vuestra voz á un pueblo que llora su decadencia, herid la cuerda de la resignacion, y reanimad sus fuerzas con el calor de vuestros cantos; si gime en la esclavitud ó en la opresion, ¿cuán dulce no le será oír acentos de consuelo y de esperanza? Si corona de flores al vicio, á la corrupcion, al escándalo, clamad un dia y otro con inflexible firmeza; no

hay sociedad tan degenerada, que no se ruborice cuando el anatema resuena á todas horas en su oído.

Porque la poesía, en su esencia, no es una vana forma, una combinacion ingeniosa de palabras, hecha con arreglo á preceptos escritos ó segun el capricho del artista: sino la expresion más alta, el lenguaje más sublime del alma, la revelacion sencilla ó simbólica de la verdad, por medio de la voz armoniosa del genio.

De ahí la conveniencia de que el poeta, si ha de tener autoridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen ejemplo, así en su conducta privada como en su conducta pública; de otra manera, difícil es que llegue nunca á identificarse cumplidamente con los objetos de sus inspiraciones.

El pueblo no puede amar al logrero que habla de caridad, al hombre venal que se precia de leal, ni, finalmente, al que hace alarde de virtud viviendo encenagado en el desórden.

Apenas fué conocido el primer tomo de *Ecos Nacionales*, publicado en 1849, durante mi destierro, tuve la satisfaccion de ver que gran número de los periódicos políticos y literarios de España, y varios del extranjero, le dedicaban extensos artículos, muchos de los cuales conservo en mi poder y aprecio, tanto mas, por cuanto, con

raras excepciones, ignoro á quién los debo. Sirva la presente ocasion para atestiguar mi agradecimiento á los que honraron mis versos con su ilustrada aprobacion.

Los artículos á que me refiero prueban lo unánime de la opinion pública respecto de la necesidad de una poesía propia de la época, necesidad indicada ya por mí en el Prólogo de la coleccion mencionada.

Igual adhesion manifiestan las cartas que recibí de personas competentes en materias literarias.

Parece, pues, evidente que por lo menos la idea que me propuse entónces fué oportuna, fué acertada; por eso, léjos de abandonarla, doy ahora á luz el segundo tomo, en el cual he seguido el mismo sistema.

Si mis compatriotas lo acogen con la benevolencia que el primero, acaso me determine á hacer un ensayo de más importancia que esta coleccion, para desarrollar mi pensamiento cuán cumplidamente me sea posible.

Madrid, Mayo de 1854.

EL PUEBLO.

Al són del arpa nacional detienes
Tu errante paso en medio del camino ;
Si heróicas acciones á oír vienes,
Al par de mí te sienta , ¡ oh peregrino !
Mas huye , si que ensalce me previenes
Algun malvado que encumbró el destino :
Ántes que envilecerla , rompería
Mil veces y otras mil el arpa mía.

En el pueblo español tuve mi cuna ;
Hijos suyos de niño me arrullaron ,
Y en narracion sentida y oportuna
Grandezas de la patria me contaron.
No me dieron lecciones de fortuna ;
Pero nobles ejemplos me enseñaron ,
Y ántes que no seguirlos , rompería
Mil veces y otras mil el arpa mía.

Mil veces y otras mil el arpa mía
Engalanada de sencillas flores ,
En himnos de modesta poesía
Del pueblo amado entonará loores.
Si un solo aplauso al trovador envía
Que canta su virtud y sus dolores,
La flaca voz que hoy muere en el desierto
Quizás resuene en inmortal concierto.

Yo vivo con el pueblo confundido ;
Sorprendo en sus hogares sin ventura
De los pobres ancianos el gemido ,
De las madres enfermas la amargura ;
Al pequeñuelo pálido , aterido
Cual flor sin aire , en su mansion impura ,
Y una lágrima vierto abrasadora ;
Que al ver tanta miseria , ¿quién no llora ?

La luz del siglo no entra en su morada ;
La ignorancia es su triste compañera ;
El vicio lucha en su alma desolada
Con sus instintos de virtud severa .
El hambre , como furia despiadada ,
En el hogar del pueblo persevera ,
Y una lágrima vierto abrasadora ;
Que al ver tanta miseria , ¿quién no llora ?

Al ver tanta miseria , ¿quién no llora ?
;Tanta miseria , y nacen de sus manos ,
Al fuego de su mente creadora ,
Monumentos del arte soberanos ,
Las galas con que el rico se decora
Y hasta el pan que alimenta á sus tiranos !
;Tanta miseria el que conoce y siente
Que es de la paz y la riqueza fuente !

Bebe tu llanto , y ¡gloria al que en la guerra
Asole nuestros campos y ciudades ,
Con sangre fraternal riegue la tierra ,
Pueblo nuestra nacion de soledades ,
Y al alarido del clarin , que aterra ,
Con baldon resucite otras edades !
Si á tí el hambre te acosa con sus sañas ,
Devora de tus hijos las entrañas .

¡Gloria y aplauso en resonante coro
Al que soberbio y cínico te insulta,
Y su maldad, envuelta en pliegues de oro,
En el podrido corazón oculta!
¡Fortuna al miserable sin decoro,
Que su vendida fe mata y sepulta!
Si á tí el hambre te acosa con sus sañas,
Devora de tus hijos las entrañas.

Devora de tus hijos las entrañas,
Acaben de morir los desdichados,
Mientras en tu agonía ves y extrañas
Cómo celebra el mundo á los malvados;
Cuál llora la familia en las cabañas,
Y cuál, con frente erguida, van osados,
Laureles recogiendo en su camino,
La ramera, el ladrón y el asesino.

¡Oh! no, no puede ser: ¡paso á los buenos!
Espera ¡oh pueblo! libertad y gloria;
Otros días vendrán, días serenos
Á esclarecer las nubes de tu historia;
Días de suaves resplandores llenos,
Tras los presentes de fatal memoria,
Que disipando la tormenta oscura
Iris serán del mar de tu amargura.

Hoy, anarquía á tus quejidos llaman,
Justicia á la opresión, ley al encono,
Y ahogan el clamor de los que te aman,
Y no ves un amigo en tu abandono.
Sobre tu ruina y humildad, que infaman,
Para sí cada crimen alza un trono;
Pero días sin fin, tras noche oscura,
Iris serán del mar de tu amargura.

Iris serán del mar de tu amargura,
 Que hoy siniestro rumor lanza profundo;
 Cuanto más sufres tú, más se apresura
 El sol hermoso en que tu dicha fundo.
 ¿Qué sirve de los hombres la ley dura?
 Dios ha trazado su camino al mundo,
 Y los pueblos, al fin, llenos de vida,
 Llegarán á la tierra prometida.

Junio de 1854.

A LA VÍRGEN MARÍA.

¡Oh Tú, la más bendita de todas las mujeres!
 ¡Oh casta rosa mística del celestial jardín!
 Contempla cómo lucha mi pueblo con las olas;
 Contempla cómo tiende los brazos hácia ti.
 Noche de amargo duelo enluta el horizonte;
 Un ave que ha pasado anuncia tempestad;
 Y España te dice, cual yo, Madre mía:
 —*Dios te salve, María;*
Amanse tu mirada las olas de la mar.

Tú el cielo serenaste; la mar embravecida
 Como leon que duerme se prosternó á tus piés;
 Pero del sol caian sobre los verdes campos
 Raudales encendidos para agostar la miés.
 El hambre y la epidemia, gemelos del infierno,
 Á nuestras puertas llaman con voz de mortandad;

Y España te dice, cual yo, Madre mia:

— *Dios te salve, María;*

Destruye peste y hambre, pues calmas á la mar.

Tu imágen santa adorna la choza y el palacio;

Tú llenas de fragancia los templos del Señor;

Altares te levanta la fe del poderoso;

Altares de mi pueblo te erige el corazon.

El grande y el humilde nombráronte mil veces

En las horribles noches de su angustioso afan;

Y España clamaba, cual yo, Madre mia:

— *Dios te salve, María,*

Mis lágrimas enjuga, pues dõmas á la mar.

Tu nombre balbucean los niños inocentes;

El ave lo repite por la extension azul;

Ninguno sabe el huérfano más dulce, más hermoso;

Los pobres no conocen otro de igual virtud.

Cuando el clarín y el parche sonaron en la guerra

Tu imágen en su pecho llevaba el militar;

Y España clamaba, cual yo, Madre mia:

— *Dios te salve, María;*

Apaga Tú la guerra, pues vences á la mar.

Cuando unos pueblos suben en alas de la gloria,

Sucumben otros pueblos, sin alas, ni poder;

España subió al cielo como águila soberbia;

Sobre sus viejos lauros ya pálida se ve.

Pues que en su pecho vive la santa fe cristiana,

En su viudez hoy mírala con ojos de piedad;

Y España conmigo dirá, Madre mia:

— *Dios te salve, María;*

Por tí no me anegaron las olas de la mar.

¡AL CAMPO!*

Cuando me acuerdo del campo
Y su espléndida hermosura
De la ciudad en la impura,
Estrecha y triste mansion;
Donde aire falta á mi pecho,
Al sabroso estudio calma,
Pasto á la vida del alma,
Libertad
Y entusiasmo al corazon,
Digo á cuantos séres amo:
— *Vamonós de la ciudad*
Vamonós!

En soledad olvidada
He visto ilustres varones,
Que ayer con aclamaciones
Todo un pueblo saludó.
Y el crimen con manto de oro,
La virtud flaca y desnuda,
Alta la ignorancia ruda,
Y sin pan
El que á su patria da honor:
Si siempre ha de ser lo mismo,
Vamonós de la ciudad,
Vamonós!

No sufrais con el que sufre,
No lloreis con el que llora,
No imploreis con el que implora
Paz á los hombres y amor.

Llorosa va por el mundo
Huyendo la verdad santa;
Vuestra voz en la garganta
 Conservad
Para aplaudir con furor;
Yo digo á los séres que amo:
 — *Vamonós de la ciudad,*
 Vamonós!—

Himnos cantan los poetas,
Perpétuos himnos de amores,
Mientras acerbos dolores
Afligen á la nacion.
Para el alto y el soberbio
Hay sonidos en su lira,
Mas no para el que suspira
 Sin hogar,
Honrado trabajador.
Canten ellos, mas nosotros
 Vamonós de la ciudad,
 Vamonós!

De la flor cuyo perfume
Embalsama el aire blando;
Del agua, que va pasando
Con apacible rumor;
De las aves, que á porfía
Las florestas alborozan,
Y de cuantos séres gozan
 Libertad,
Amigo fiel seré yo;
Si en el campo sólo viven,
 Vamonós de la ciudad,
 Vamonós!

LA NOCHE DE NAVIDAD.

BALADA.

—El viento del Norte frio
 Por afuera brama ronco;
 Echa en el fuego ese tronco
 Nos dará luz y calor.
 Y al són del chisporroteo
 De la leña que se abrasa,
 Celebraremos en casa
 El Nacimiento de Dios.

¡Eh! tú... ¡cuida de la cena!
 —¿A la cama no hemos de ir?
 —*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

—¡Cómo tiritita la abuela!
 Dando está diente con diente;
 Véngase al hogar caliente;
 Anciana... arrímese bien.
 ¡Eh! ¿no ves que las castañas
 Se queman? ¡Hay más enojos!
 ¿No se duerme?... abre los ojos
 Y da vuelta á la sarten.

Echa vino; el vaso llena.
 —¿A la cama no hemos de ir?
 —*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

— ¡Decís que os cuente la vida
Del rey de tierras y cielos?...

Acercáos, rapazuelos,
Y el áspero *rum, rum, rum,*
Cese ya de las zambombas.
Y el *tan, tan* de los tambores,
Y el cantar de los cantores,
Y ¡atención!... y haya quietud.

Sólo tu ronquido suena.

— ¡Á la cama no hemos de ir?

— *Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

— Há ya siglos, muchos siglos,
De un establo en lo profundo,
Nació el Redentor del mundo
Y con él la libertad.

Pobre, como hijo del pueblo,
No tuvo mantillas reales,
Sino modestos pañales
Que le dió la Caridad.

¡Tengo sed! ¡el vaso llena!

— ¡Á la cama no hemos de ir?

— *Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

— Despues, con dulces palabras,
Predicó á la muchedumbre
La igualdad, la mansedumbre,
El trabajo, y el amor.
Mas, como con su elocuencia
Al infierno destruía,
Sobre el Hijo de María
El infierno se lanzó.

Por vida de... ¡Magdalena!

—¿Á la cama no hemos de ir?
 —*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

Á su voz, el viejo mundo,
 Socavado por mal lento,
 Bamboleó en su cimientó
 Amenazando caer.
 Por eso los que vivían
 De la maldad, se juntaron,
 Y la muerte decretaron
 De Jesús de Nazareth.

¡Aún es poco! ¡el vaso llena!
 —¿Á la cama no hemos de ir?
 —*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

—Triste cruzar le vió el pueblo
 La calle de la Amargura,
 Y luego en árida altura
 Enclavado en una Cruz.
 En ella, como otros justos,
 Al fin murió entre ladrones;
 Pero en ella las naciones
 Ven de su gloria la luz.
 Celébralo tú, morena.
 —Ya el sueño se quiere ir.
 —*Esta noche es Noche-Buena*
Y no es noche de dormir.

GUZMAN EL BUENO.

África es madre fecunda
De chacales y panteras;
Pero sus gentes más fieras
Que las del desierto son.

— ¡Caiga Tarifa

(Grita) ó ríndaseme esclava! —
Y rugiendo la miraba
Como un tigre su racion.

España volvió los ojos,
Mal oculto su quebranto
Entre los pliegues del manto,
Á la espantada ciudad.

Pero el eco repetía
La respuesta de un leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

¡Ay! en vano Guzman busca
De su amor la única prenda;
Y en vano ofrece su hacienda,
Y pregunta con dolor.

— Rinde á Tarifa,

Y te entrego tu tesoro, —
Dice, mostrándolo, el moro
Del pueblo al gobernador.

Y luego acerca sus huestes
En sed de sangre abrasadas,
Hasta las puertas guardadas
Por el honor de Guzman.

Pero el eco repetía
La respuesta del leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

Duras cadenas arrastra
En amargo desconsuelo,
Un niño que mira al cielo
Pidiéndole protección.

— Rinde á Tarifa,
Ó mi puñal hundo en tu hijo; —
Al padre la turba dijo,
Y alza triunfante canción.

Nuevo Abraham, en quien no cabe
Ni sombra de vil mancilla,
Empuña corva cuchilla,
Y responde sin temblar:

— ¡Toma! — desde los adarves
Arrojándola el leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

Sentado estaba á la mesa
Guzman, del pueblo querido,
Cuando oyóse un alarido
É inquieto se levantó.

— Frente á Tarifa
Á tu hijo han dado la muerte; —
Serenamente oyó el varón fuerte,
Y á su comida tornó,

Diciendo á los que le asisten:
— ¡Cuidaba, por vida mía,
Que el moro enemigo había
Penetrado en la ciudad! —

El eco repitió al mundo

Las palabras del leal,
Cuyo nombre saber debe
La memoria nacional.

À Dios el moro maldice ;
Tamaña virtud le espanta ,
Y el sitio inútil levanta,
Pues le cubre de baldon.

Libre Tarifa

Sin ver á su pueblo esclavo,
Llama el Rey D. Sancho el Bravo
À su noble defensor;

Y ante la córte le tiende
La mano , de asombro lleno ,
Dándole el nombre de *Bueno* ,
Que es el nombre que honra más.

Ya que el mundo erige estátuas
Al vicio y la iniquidad ,
Dése á Guzman mejor templo...
La memoria nacional.

1852.

CUADRO DE GUERRA.

Ya de la batalla
Cesan los clamores,
Y espirar al léjos
Débilmente se oyen.
Triste luna sube
Por el horizonte;

Pálidas estrellas
Lucen esta noche.
Sordo gime el río,
Gimen aura y bosque,
Y es gemido el canto
De los ruiseñores,
Cual si más sensibles
Fuesen que los hombres,
Piedras y elementos,
Pájaros y flores;
Como si estuviesen
Publicando acordes
Cuantos seres sustenta la tierra:
« ¡ Bendita la paz ! ¡ Maldita la guerra ! »

¡ Cielos !... ¡ es un niño
El que de la luna
Rayo moribundo
Á mis piés alumbrá !
¡ Niño... y al combate
Vino ya ! ¡ ley dura !
¡ Apenas podía
Con la lanza ruda !
¡ Madre !... ¡ no le esperes !
Negro luto busca,
Reza por el alma
Del que fué alma tuya.
¡ Aún le llamas !... ¡ Cuando,
Tras de horrenda lucha,
No quedaron pobres,
Huérfanos y viudas !
Otra prenda amada
Meces en la cuna,
Que tu apoyo ha de ser en la tierra
Si dura la paz, si acaba la guerra.

Verde y fresco soto,
Valle florecido,
Antes apacible
Retirado asilo;
Ya las avecillas
Huyen de estos sitios,
Muchas con el tierno
Corazon herido.

Púrpura es la fuente
Que era cristal limpio,
Sangre á las espigas
Sirve de rocío.
¡Ay! al dar más tarde
Pan á nuestros hijos:
— ¡Hijos—les diremos
Tristes al partirlo,—
Nunca sangre humana
Riegue más los trigos,
Que es el pan de la prósida tierra
Sabroso en la paz, amargo en la guerra.

1854.

CULTO DEL ALMA.

Mi alma es cual las flores
Que abren al sol su perfumado seno,
Y ya de noche, en el vergel ameno,
Se cierran y no exhalan sus olores.
Cuando la duda impía mi alma ciega,
Al Supremo Hacedor su incienso niega:

Pero si brilla
La fe sencilla
Con que le adora
Sumisa ahora,
Hasta el trono de Dios su aroma sube
En cándida nube.

Es como lira suave
Que sólo para el bien tiene armonía:
Dulces sonidos al que sufre envía,
Y á los perversos ensalzar no sabe.
Cuando un déspota vence, muda calla,
Ó en discorde gemido ronca estalla:
Pero si bravo
Un pueblo esclavo
Sacude el yugo
De su verdugo,
Y despedaza la servil cadena,
Mi lira resuena.

Es como fuente clara
Que risueña murmura entre zarzales;
Las pasiones enturbian sus cristales
Y su curso torcido y lento pára.
«Devuelve mal por mal á tu enemigo,»
Le dice entónces el rencor que abrigó:
Pero si el cielo
Derrite el hielo
Que la aprisiona,
Y al fin perdona,
De inmenso amor en límpido torrente
Se torna la fuente.

Es lámpara apagada
Cuando del mal ante la imágen pende;

Pero mi patria con su luz la enciende
Y á su imágen la tengo consagrada.
No hay en el templo en que su luz oculto
Otra divinidad, ni extraño culto:
 Y miétras suenan
 Y roncás llenan
 Suelo y alturas
 Voces impuras...
Dios, libertad, amor, y patria santos,
 Inspiran mis cantos!

1851.

EL MINISTRO QUIJOTE.

Hubo en una córte un ministro loco,
Loco rematado como *Don Quijote*,
A quien bautizaron con aqueste mote
Viendo cómo el reino quiso gobernar.
Mucho durar pudo, mas por su conducta,
Que, según decían, era extravagante,
Pronto dejó á un cuerdo su sillón vacante,
Dando justo origen á cierto refrán,
Que, á pesar del tiempo, dura todavía:
Ministro Quijote, ministro de un día.

De las oficinas desterró á los necios
Que allí colocaron sus antecesores;
De su lado huyeron los aduladores,
Honradez y ciencia pródigo premió.

Consiguió que el libro santo de las leyes
Acatáse ciego todo ciudadano;
El tesoro público respetó su mano;
Pobre subió, y pobre muy pronto bajó;
El refran, por eso, dura todavía:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

Con las opiniones fué muy tolerante,
Blando con los buenos, duro con los malos;
Pero jamás quiso persuadir á palos,
Como en nuestros dias hacen más de tres.
Mientras fué ministro, falto de memoria,
No conoció amigo, ni mimó pariente,
Procediendo en todo pura y rectamente,
Por lo cual rodando baja del poder;
El refran, por eso, dura todavía:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

Nunca se dió tono con el que le hablaba,
Fuese grande ó chico, flaco fuese ó gordo,
Ni por conveniencia se hizo jamás sordo,
Cosa que no pueden muchos concebir.
Libertó á la prensa de los torpes lazos
Que la sujetaban con su férreo yugo,
Y por fin de fiesta suprimió el verdugo;
¡De principios tales, digno fué tal fin!
Pero cayó pronto; bien lo merecia:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

Desde aquel entónces, el mortal que sube
Máximas contrarias felizmente observa,
Y en su amado puesto firme se conserva
Sin que nada turbe su cabal salud.
El ministro loco sírvele de ejemplo;
Hoy ya se gobierna con tan raro tino

Que ni el más imbécil hace un desatino,
Porque de él no corra por la multitud
El refran que el otro por doquier oia:
Ministro Quijote, ministro de un dia.

1851.

LA HOSPITALIDAD.

AL EXCMO. SR. D. ÁLVARO GIL SANZ.

Mientras la lluvia de la noche fria
Los arroyos aumenta, ya crecidos,
Y el recio vendaval con saña impía
Llena el bosque de lúgubres gemidos;
À descansar entremos en la choza
Cuya luz viva hasta nosotros llega;
Allí del pobre la familia goza
La paz que Dios á los malvados niega.

Entremos, y verás la abuela hilando
Al amor de la lumbre deseada;
Consejas y oraciones murmurando,
De sus hijos y nietos rodeada;
Y el perro fiel, constante compañero,
Y el gato cazador, que con él juega;
Cuadro que anuncia, puro y verdadero,
La paz que Dios á los malvados niega.

Si queremos cenar, no suntuoso
Banquete preparado por el arte,

Que con zozobra gusta el poderoso ,
Bajo ese techo irán á presentarte ;
Mas sí doradas migas, que corona
Rico tasajo , y que el amor entrega ;
Rústico es el festin , mas lo sazona
La paz que Dios á los malvados niega.

La lluvia, que cual rauda catarata
Del siniestro nublado se desprende,
Maldice el cortesano en voz ingrata,
Si su estéril placer turba ó suspende.
El labrador , hincada la rodilla ,
Porque los campos bañe al cielo ruega,
Que más en tiempo de abundancia brilla
La paz que Dios á los malvados niega.

Entremos, y verás cómo reciben
Al viandante en su asilo hospitalario,
Y cuál en contentarle se desviven
Con amable interés y modo vario.
Quién el agua le sirve, quién el vino
Del campo que en fecundo sudor riega ;
Y en todos ve gozoso el peregrino
La paz que Dios á los malvados niega.

Su cama ceden, cual su amigo techo,
Á los que llegan con la noche oscura ;
Ellos no han menester más blando lecho
Que el que puede prestar la tierra dura.
Y como en ellos la inquietud no anida
Con que el culpable hasta en el sueño brega,
Protege el suyo y la mansion querida
La paz que Dios á los malvados niega.

EL OTOÑO.

A GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

¿ Veis qué tristes van muriendo lentamente,
Cómo doblan la arrugada y mústia frente

Cuantas flores

Con aromas y colores

Eran gloria de la verde soledad?

¿ Veis qué triste se ha quedado el bosque umbroso,
Cómo ruedan con sonido temeroso

De congijas,

Ramos, frutos, flores y hojas

Que arrebatara en remolino el vendaval?...

Pues más tristes son las almas de los pobres,

Porque miran que el invierno viene ya.

¿ Veis qué triste de la tórtola el arrullo
Se confunde con el lúgubre murmullo

De los montes,

Y los negros horizontes

Cómo anuncian la cercana tempestad?

¿ Veis qué tristes por la atmósfera, á bandadas,
Avecillas se atropellan asustadas

Revolando,

Y con ayes entonando

De las flores el sentido funeral?...

Pues más tristes son las almas de los pobres,

Porque miran que el invierno viene ya.

¿Veis qué triste de los mares nace ahora
Reclinada en nubes pálidas la aurora,

Y qué fría

Es la luz de medio día

En los campos, en la aldea y la ciudad?

¿Veis qué triste cruza el sol el firmamento

Injuriado por las ráfagas del viento,

Y al ocaso

Llega al fin con débil paso,

Como un héroe ya cansado de luchar?...

Pues más tristes son las almas de los pobres,

Porque miran que el invierno viene ya.

¿Veis qué triste va el pastor por la montaña

Que del cielo tibio rayo apenas baña;

Cuál padece

Porque de hambre y sed perece

El rebaño que juntó con sumo afán?

¿Veis qué triste y silenciosa está la aldea,

Cómo salen de la tosca chimenea

Del labriego,

Humo y chispas que echa el fuego

Calentando á la familia en el hogar?...

Pues más tristes en otoño están los pobres;

Cuando llegue el crudo invierno ¿qué será?...

LA PROSTITUCION.

Á EDUARDO BUSTILLO.

BALADA.

—Buen pastor ¿has visto á mi hija?...
Tiene por nombre Rosalba,
Su color es el del alba,
De paloma su mirar.
Há dos años que la busco,
Dos que abandonó mi choza,
Y el alma se me destroza,
Y no hago más que llorar.

¿Sabes dónde está?

—En la ciudad.

Por aquí há tiempo ha pasado,
Y la miraba un soldado
Como á la alondra el halcon.

—*Si he de encontrarla perdida...*

¡*Llévemela Dios!*

—Soldado, si tienes padres,
Dime ¿dónde encontraría
La prenda del alma mia
Que robaste de su hogar?
Era mi apoyo en la tierra,
Ídolo de mi cariño,
Inocente como un niño
Que aún no ha comenzado á hablar.

¿Sabes dónde está?

— En la ciudad.
 Huyó de mí la traidora,
 Y mi capitán ahora
 Manda en ella cual señor.
 — ¡Ay! *Rosalba está perdida...*
 ¡*Llévemela Dios!*

— Capitán, si por ventura
 Hay en tu pecho un latido,
 Respóndeme, pues; ¿qué ha sido
 De Rosalba, capitán?
 Ya sé, ya sé que en tus brazos,
 Instrumentos de venganza,
 Murió ahogada mi esperanza,
 ¡Ay! ¡y aún lo quiero dudar!
 ¿Sabes dónde está?

— En la ciudad.
 Era su pecho ambicioso,
 Y huyó con un poderoso
 A quien fácil se vendió.
 — ¡Ay! ¡para siempre perdida!...
 ¡*Llévemela Dios!*

— Gran señor ¿dónde está aquella,
 Cuya virtud y decoro
 Compraste tú á peso de oro,
 Con apetito brutal?
 ¡No me oyes!... porque comprendas
 Mis hondas penas prolijas
 ¡Ojalá compre á tus hijas
 Otro magnate, ojalá!
 ¿Sabes dónde está?

— En la ciudad.
 Yo la compré, no lo niego,
 Mas á cien se vendió luego

Y en un hospital entró.

— ¡Ay! ¡para siempre perdida!
¡Llévemela Dios!

— ¡Muerta!... me dicen que ha muerto
Llamándome en són doliente!

Aún está el lecho caliente...

Es que acaba de espirar.

Aquí espiró abandonada,

Perdiendo en lento desmayo

Las frescas rosas de Mayo

Que besé en su tierna edad.

¿Sabes dónde está?

— En la ciudad.

Id, corred á la capilla,

La vereis á la amarilla

Luz trémula de un farol.

¡Ángeles reciban su alma,
De una madre á la oracion!

1855.

APARICION CELESTE.

Consolatrix affictorum.

— ¿Á quién llamas soñando?

— Llamo á mi madre.

— Tu madre está en el cielo,

Llámasla en balde.

—¡Ay, la he perdido!
¿Quién me ampara en el mundo,
Solo y tan niño?

—Al cielo alza los ojos.
—Dejad que lllore.
—Oracion que va al cielo
Dios la recoge.
—¡Piedad, Dios mio,
Pues me veo en el mundo
Solo y tan niño!

—Sígueme, pobre huérfano.
—¿Quién sois, señora?
—Soy la Virgen, la madre
De los que lloran.
—Yo te bendigo,
Pues su madre te aclaman
Los desvalidos!

1831.

COMBATE Y VICTORIA.

De niño tuve un sueño,
Y aún de él me acuerdo tanto
Como del puro y santo
Cariño maternal.
Gentil doncella airosa
Cubierta de azul veste,

Bajó de la celeste
Á la region mortal.
Y en el flotante lino
Que al aire leve agita,
En letras de oro escrita
Ví esta leyenda yo:

*« Quien guarda fe constante
Es rico en la indigencia;
No hay dicha sin creencia,
Ni gloria sin honor. »*

El hambre muchos dias
Llegóse hasta mi lecho
Á destrozarme el pecho
Y aniquilar mi fe.
Ahogábame en sus brazos
Febril y tenazmente,
Como voraz serpiente
Luchando por vencer.

Mi aliento desmayaba,
Iba á ceder sin gloria,
Mas dijo á mi memoria
La celestial vision:
« Quien guarda fe constante, etc. »

Taimada la fortuna
Me brinda fausto y brillo,
Por el laurel sencillo
Que ofrece la virtud.
— Deja (me dice), al pueblo,
Que sólo á sus cantores
Dar puede humildes flores
Cual las de tu laud.
Ven á cantar conmigo;
Ven, ven á los palacios;—

Mas siempre en los espacios

Oigo á celeste voz:

« Quien guarda fe constante , etc.

Enfermo y olvidado ,

Pero en constancia fuerte ,

El paso de la muerte

Tambien un dia oí.

— Reniega (sonriendo

Gritaba la traidora)

Y de tu bien la aurora

Verás nacer al fin. —

Al cielo alcé los ojos ,

Como el que al cielo clama ,

El aire en luz se inflama

Y oyóse en dulce són :

« Quien guarda fe constante

Es rico en la indigencia ;

No hay dicha sin creencia ,

Ni gloria sin honor. »

1852.

NUMANCIA.

BALADA.

— ¡ Qué linda flor!... no parece
Hija del árido suelo.

— Su corola azul de cielo

Cuadra al nombre de esta flor.

Si quieres saberlo, atiende:
De aquí no á mucha distancia,
Libre y altiva Numancia
En otro tiempo existió.

— ¡ Ay, ya no vive, ya no!
— Dice el libro de la historia,
Que Roma, tras sus pendones,
Sobre ella echó cien legiones
Para robarle su gloria.

* — ¡ Numancia sucumbiría
De Roma á los golpes duros?
— Subió á los sitiados muros
Ansiando nombre inmortal;

Rodeada de sus hijos,
Con férreo casco en la frente,
Coraza resplandeciente,
Noble y severo ademan.

— ¡ A morir subió quizás!
— Dice el libro de la historia,
Que cien veces, ruda y fiera,
Destrozó á la bandolera
Que venia por su gloria.

— Mas ¿ qué hacer un pueblo solo
De Roma contra la saña?
— Era el orgullo de España,
Sol que al orbe daba luz.

Escipion cercó su presa
De águilas con largo enjambre,
Mientras en Numancia el hambre
Cavaba inmenso atahud.

— ¡ Y se unció á la esclavitud?
— Dice el libro de la historia,
Que, en la independencia fijos,

Iban muriendo sus hijos
Abrazados á la gloria.

— ¡Digno fin á tal grandeza !
¿ Y los libres que quedaron ?
— Unos á otros se mataron
Y cantaban al morir.

En su noche de agonía,
Del romano vilipendio,
Con pujante y bravo incendio
Á su pueblo dieron fin.

— ¡ Ah ! ¡ su fama nació allí !
— Dice el libro de la historia,
En su página más bella,
Que el incendio fué la estrella,
Fué la antorcha de su gloria.

— De su virtud y heroísmo
No habrá edad que no se asombre.
— Si ahora quieres, oye el nombre,
Oye el nombre de esta flor.

Simiente diz que no tuvo;
Diéronla el sér que te hechiza
De Numancia la ceniza
Y la sangre que corrió.

— ¡ Sobre una tumba nació !
— No lo refiere la historia,
Mas publícalo la fama:
Tal su origen fué, y se llama
Desde entónces « *Flor de gloria.* »

EL SUEÑO DE UN LOCO.*

—¿Quién fué Colon?... ¿tú lo sabes?

—Figúrate un hombre bueno,
De rostro noble y sereno
Y de apacible mirar;
Escarnio de la fortuna,
Aunque él descubre, en su ciencia,
La augusta magnificencia
De otro mundo, allende el mar.

Como el pueblo ciego estaba,
Si cuando Colon pasaba
Algún villano decia :

—Está loco, —

El pueblo, con mofa, también repetía :

—*Colon está loco.*

—¿Y no murió de tristeza?

—Del llanto apura la copa,
Y habla á un monarca de Europa
De hinojos ante el dosel.
Como nadie le comprende,
Juzgan sus prodigios vanos
Con risa los cortesanos,
Y el príncipe con desden.

Así Colon vaga errante;
Ve á otros reyes suplicante,
Y si el monarca decia :

—Está loco, —

El vil palaciego también repetía :

—*Colon está loco.*

— ¡No hubo un alma generosa!

— Llena la suya de agravios,
Consultar quiso á los sabios
Y ante ellos se presentó.
Muchos, con él, ven el mundo
De cuyas llaves es dueño ;
Otros, sospechan que es sueño
De enferma imaginacion.

Al oir al importuno,
De éstos se cuenta que alguno
Á su *adlatere* decia :

— Está loco, —

Y que hubo algun otro que así repetia :

— *Colon está loco.*

— ¡Por qué no acudió á la córte?

— Sólo allí favor espera,
Y halló en Isabel primera
Alma grande, ardiente fe.
Pobre estaba el real tesoro,
Pero la noble matrona
Jura empeñar su corona
Para que se arme un bajel.

Entónces clama insolente
La envidia, hincándole el diente
Con brava y tenaz porfia :

— Está loco ; —

Y el eco á los reyes tambien repetia :

— *Colon está loco.*

— ¡Ah, qué magnánima reina!

— Por no surcados caminos
Va Colon con sus marinos
Sobre un piélago sin fin.
Mas no descubriendo tierra

Despues de larga derrota,
Su gente se le alborota,
Y quiere matarlo allí.

Perdida toda esperanza,
Así dice al par que avanza,
Sin ver el ansiado dia :

— Está loco ;—

Y el viento zumbando tambien repetia:

— *Colon está loco.*

— ¡Osaron darle la muerte?

— Un dia, al nacer la aurora

Que cielos y abismos dora

Con mil torrentes de luz,

¡ *Tierra!* grita, y ¡ *Tierra!* todos,

Viendo en éxtasis profundo

Levantarse el Nuevo Mundo

Del seno del mar azul.

Colon clava en la montaña

El estandarte de España,

Mientras su gente decia :

— No era loco!—

Y el orbe, asombrado, tambien aplaudia

El sueño del loco.

EL ABUELO.

Miradle cómo sonrie ;
Su corazon late en calma ,
Y en sus ojos pinta el alma
Su dulce serenidad.
Lindos renuevos del tronco
Anciano , á que están sujetos ,
Cércanle todos los nietos ,
Y reverdece su edad.

*Y hasta que asoma
Su último sol por los cielos ,
Protege al débil ,
Cual protege una paloma
Con las alas sus polluelos.*

Uno , al anciano acaricia ;
Otro , arranca una flor bella ,
Al par dándole con ella ,
En un beso , el corazon.
Este , en sus rodillas trémulas
Cabalga más bullicioso ;
Aquél , se acoge lloroso
Al consuelo de su amor.

Y hasta que asoma , etc.

Su espaciosa frente brilla
Por los años agobiada ,
Como una cumbre nevada
Del alba á la tibia luz.
Todos le aman y respetan ;

Y en sabrosas narraciones
Les dicta sanas lecciones
Para formar su virtud.

Y hasta que asoma, etc.

Débil sér, al débil se une;
Y ¡ay del cobarde tirano
Que pone la airada mano
En algun rostro infantil!
Centelléanle los ojos,
Y arde en ira al vil ultraje
Como una fiera salvaje
Cuando la acaban de herir.

Y hasta que asoma, etc.

Oye la voz de la muerte,
Mas tan dulce, que le embriaga,
Como una música vaga
De noche oida en el mar.
¡Feliz él, que al despedirse
De la cárcel de la tierra,
Ve que sus párpados cierra
La santa piedad filial!

Y cuando asoma

Su último sol por los cielos,

Le llora el débil

Como á la herida paloma

Sus inocentes polluelos.

EXPIACION.

Á BENITO PEREZ GALDÓS.

BALADA.

El cuerpo de un potentado
Que há siglos muerto reposa,
Rompe su fúnebre losa
Por decreto celestial.

Cuando en el mundo habitaba,
Si algun pobre se quejaba
Con acento moribundo:

— ¡Bello es el mundo! —

Le solia contestar.

Y luego el soberbio impio
Añadia, señalando
Lo que estaba contemplando:

— ¡*Eso es mio!*—

Resucitó solitario
En desconocido suelo,
Sin más amparo que el cielo,
Y su camino emprendió.
Abrumado de dolores,
Vió un campo de bellas flores;
Y daban, llenos de fruta,
Sombra á la ruta,
Frescura al aire y olor,
Mil árboles junto á un rio;

Tendió á la fruta su mano,
Pero le gritó un villano:
— ¡ *Eso es mio!* —

Gime el infeliz, y nadie
Á su gemido responde,
Y va sin saber adónde,
Vertiendo sangre sus piés.
Cuando era el sol más ardiente,
De granito vió una fuente
Á la puerta de una casa;
La sed le abrasa,
Y quiere aplacar la sed.
Mas el ansiado rocío
Al tocar su labio seco,
Oyó repetir á un eco:
— ¡ *Eso es mio!* —

De sed, y fatiga y hambre
Sufriendo, llega despacio
Á la puerta de un palacio
De una opulenta ciudad.
Y del suelo en la aspereza
Al reclinar la cabeza,
De la santa ley en nombre
Por vago un hombre
De allí le quiere arrojar.
Mientras con acento frio
Tambien del palacio el dueño,
Murmurábale con ceño:
— ¡ *Eso es mio!* —

De pueblo en pueblo, así anduvo;
Sólo halló discordia y guerra,
Pero no un palmo de tierra

Do trabajar y vivir.
 Viéndolo todo ocupado
 El triste desheredado,
 Piensa arrancarse la vida
 Yerta y sumida
 En amargura sin fin.
 Mas cuando en su desvario
 Lo iba á ejecutar sin duelo,
 Le dijo una voz del cielo :
 — ¡ *Eso es mio!*

1852.

LA LIBERTAD DEL MALVADO.

Odiadla como yo; marchitas rosas
 Ciñen su horrible frente desgreñada,
 Y vuela por las calles silenciosas
 Del pueblo, su carroza ensangrentada.
 Á su paso retiemblan los altares,
 Huyen como aves tímidas los fieles;
 Y al són beben de bárbaros cantares
 En las pilas del templo sus corceles.
 Negro pendon de muerte lleva al lado,
 Y al agitar su funeraria tea:
 — *Esa es la libertad* — dice el malvado;
 Y del bueno la voz: — ¡ *Maldita sea!* —

Flota como funesto meteoro
 Sobre los campos fértiles que abrasa;
 Y el labrador, en abundante lloro,

Recuerda el tiempo de su dicha escasa.

En vano pide á la deidad consuelo,
Bálsamo de esperanza á su amargura;
Aquella el fruto le robó del suelo,
Y el valle no se viste de verdura.

Luego abandona el campo desolado,
Y al incendiar cabañas con su tea:
— *Esa es la libertad* — dice el malvado;
Y del bueno la voz: — ¡ *Maldita sea!* —

Oigo crujir y hundirse tronos reales,
De la púrpura espléndida el desgarró,
Y los cetros romperse cual cristales
Bajo el enorme peso de su carro.

De leyes opresoras lanza el yugo;
Mas ¡ ay! hasta su sólio se adelanta,
Ministro de sus iras, el verdugo,
Que el hacha ansiosa de matar levanta.

Aún no está el tigre del festin cansado,
Ni en sangre apaga la deidad su tea:
— *Esa es la libertad* — dice el malvado;
Y del bueno la voz: — ¡ *Maldita sea!* —

Al clamor de esa furia, con rugidos
La miserable turba corresponde
Que en sus antros sin luz, desconocidos,
Crímenes fragua y á la ley se esconde.

Más tarde por el pueblo se derrama,
Anegando en sus olas igualmente
Al poderoso, que su sed inflama,
Y al que del hambre la agonía siente.

Mueve la fiera diosa el brazo airado,
Y al vivo fuego de la roja tea:
— *Esa es la libertad* — dice el malvado;
Y del bueno la voz: — ¡ *Maldita sea!* —

¡ Triste madre, no busques en la cuna
 Al inocente niño... está vacía!
 No digas, bella jóven sin fortuna,
 Á tu amado gentil:— ¡ Ven, alma mia!—
 No llameis al hermano, ni á la esposa,
 Ni al amigo leal... ¡ todos cayeron!
 Envueltas en su ruina desastrosa
 Libertad y virtudes perecieron.

Y aún al fulgor siniestro amortiguado,
 Con que ilumina á la deidad su tea:
 — *Esa es la libertad* — dice el malvado;
 Y del bueno la voz: — ¡ *Maldita sea!*

1855.

LA PRENSA.

Pasó de la ignorancia la noche tenebrosa,
 Rompiendo en pos el mundo su larga esclavitud;
 ¡ Oh sol de nuestro siglo! tu lumbre portentosa
 Nos hizo ver un cielo más puro y más azul.
 La humanidad lloraba en agonía inmensa;
 Mas recobrando un día firmeza y juventud,
El brazo de la industria movió la dura prensa
Y de ella desprendiéronse mil piélagos de luz.

La luz, salvando valles, y rios, y montañas,
 Ya alumbra el trono espléndido de la mansion real,
 Ya el rústico recinto de aldeas y cabañas,
 Y á todas partes lleva la ansiada claridad.

Cuando un acento inicuo levántase en ofensa
De leyes y derechos que nadie puede hollar,
El brazo de la industria mueve la dura prensa
Que apaga con mil voces la voz del criminal.

La prensa es la palanca á cuyo impulso cruje
Y se hunde el viejo mundo con gritos de pavor;
De su ilustrada fuerza al poderoso empuje
Con majestad camina la nueva creacion.
Si un déspota pararla, si destruirla piensa
De la injusticia alzando el lúgubre pendon,
El brazo de la industria mueve la dura prensa
Y el pueblo que sufría conmuévese á su voz.

Á las naciones une con lazos fraternales
Y por su medio se hablan los pueblos entre sí;
Por ella se propagan los hechos inmortales,
Por ella los tiranos encuentran breve fin.
El oprimido, siempre la invoca en su defensa,
Y cuando los malvados no quieren ver, ni oír,
El brazo de la industria mueve la dura prensa,
Que espectros pavorosos levanta en su alma vil.

En ella de este siglo retrátase esplendente
La imágen soberana, como en espejo fiel:
Mirad cómo del siglo destella la ancha frente
El fuego de la ciencia con todo su poder.
La libertad se agita con llamarada intensa
En sus serenos ojos que giran por doquier;
Y el brazo de la industria sobre la dura prensa
La imágen multiplica ceñida de laurel.

GRANDEZA NACIONAL.

Á ESPAÑA.

Para cantarte grande tus cantores
Quisieran verte con escudo y lanza,
De la guerra á los rojos resplandores,
Y arrullada por himnos de venganza.
¡ Ah ! no , no busques las sangrientas flores
Que entre luto y horror la vista alcanza ;
Y sepa quien batallas te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

En tierra y mar un tiempo vencedora,
Las olas del Océano profundo
Rindieron á tus piés , como señora,
Todo el oro fatal del Nuevo Mundo.
Di al que abatido tu pobreza llora,
Que es tu suelo , en virtud , rico y fecundo ;
Y sepa el que opulencia te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

Destrozadas banderas enemigas
Ostentan con orgullo las naciones:
Cuando tus glorias á los pueblos digas,
Enséñales , ¡ oh España ! otros blasones.
Vean campos sin fin llenos de espigas
Y de honor y virtud los corazones ;
Y aprenda el que otros timbres te demande ,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

Tu sañudo leon está dormido ;
Ya no estremece á la caduca Europa
Con garra dura y áspero rugido,
En pos llevando tu aguerrida tropa.
Si en tanto el pueblo, á la virtud rendido,
Canta y brinda á la paz en ancha copa,
Responde al que otros himnos te demande,
Que pueblo sin virtud , nunca fué grande.

El sol que siempre ardia en tu almo cielo,
Á su ocaso, entre nieblas, hoy declina ;
Y tu antiguo poder llamas con duelo,
Y una lágrima viertes cristalina.
No llores, pues te sobra con tu suelo ;
De la virtud al templo te encamina,
Y sepa quien conquistas te demande,
Que pueblo sin virtud, nunca fué grande.

1855. 4

EL BUEN CURA.

Débil niño, que á este valle
Has venido desterrado,
Con la mancha del pecado,
Del pecado original:
¿Por qué lloras? ya el buen cura
Se prepara con fe ardiente,

À borrarla de tu frente
Apacible y virginal.

De la pila del bautismo
Va á sacar el agua pura
De la santa redencion.

¡ *Honor al buen cura,*
Mil veces honor!

Algun dia el turbulento
Ronco mar de tus pasiones,
Clamará con maldiciones
Contra el cielo, que te ve.

El buen cura, si lo sabe,
Calmará ese mar insano
Con palabras de cristiano,
Con la mágia de la fe.

Tierno, y manso, y amoroso,
Así siempre la ventura
Volvió á más de un corazon.

¡ *Honor al buen cura,*
Mil veces honor!

Cuando al són de la campana
Que lo llama de la torre,
Todo el pueblo ansioso corre
À la iglesia del lugar,

El buen cura santas frases.
Como entónces, todo el año,
Dice ó canta á su rebaño
Desde el púlpito y altar.

Y confunde á los soberbios,
Y al humilde alzar procura,
Que es imágen fiel de Dios.

¡ *Honor al buen cura,*
Mil veces honor!

Si quereis saber su historia,
Sus benéficas hazañas,
Preguntad á las cabañas...
Allí brilla su virtud.

Y á los niños, y á los viejos,
Y á los ciegos abatidos,
Y de pobres desvalidos
Á la hambrienta multitud.

La orfandad le llama padre,
Y en su pecho no se apura
El tesoro del amor.

*¡Honor al buen cura,
Mil veces honor!*

El bendice á los amantes
Que á su dicha ven el plazo,
Y el eterno y dulce lazo
Que por siempre los va á unir.

Y á la par que el Sacramento
De su union sencillo explica,
La familia santifica
Que á su voz se forma allí.

Y de aquí las sociedades
Que han por base ancha y segura
Nuestra hermosa religion.

*¡Honor al buen cura,
Mil veces honor!*

¡Quién consuela al desgraciado,
En aquel terrible día
Que sucumbe en agonía
Cuando todos huyen de él?

Ya sus ojos se oscurecen,
Ya mortal pavor le acosa,
Y una víctima la fosa

Llama ya con avidez.
Mas en su último gemido,
Por él sube hasta la altura
Del buen cura la oracion.
*¡Honor al buen cura,
Mil veces honor!*

1851.

EL EXPÓSITO.

BALADA.

El niño expósito dice:
— La avecilla tiene un nido,
Que entre flores
De colores
Se columpia suspendido,
Ó en las grietas de un peñon.
Yo nací, misero fruto,
Sin fortuna,
En negra noche sin luna,
Y en solitario rincon.—
La Caridad le responde:
— Yo tengo para tí cuna;
Ven, y verás cuál reposas;
Yo tengo para tí cuna,
Cuna de rosas.—

El niño expósito dice:

—La avecilla tiene plumas,

Que del frío

Y el estío

La defienden, y de brumas,

À muy poco de nacer.

Yo rotos harapos tengo;

Tiritando

En la calle estoy llorando,

Y nieve cubre mis piés.—

La Caridad le responde:

—Y yo estoy siempre esperando

Con limpio traje, aunque rudo;

Ven, que te estoy esperando,

Niño desnudo.—

El niño expósito dice:

—La avecilla hiende el viento,

Y en el prado

Y apartado

Verde bosque halla sustento,

Y agua clara en fuentes mil.

À mí el hambre me consume

Sin reposo,

Y mi acento doloroso

No conmueve al sér feliz.—

La Caridad le responde:

—Y yo tengo pan sabroso

Para partirlo contigo;

Ven, comerás pan sabroso

De blanco trigo.—

El niño expósito dice:

—La avecilla libremente

Canta y gira,

Y audaz mira
El volcan del sol ardiente,
Y á otras aves es igual.
Yo no puedo alzar mis ojos,
Porque escrito
De mi origen *el delito*
El mundo en ellos verá.—
La Caridad le responde:
—Y yo en mi seno te admito
Por ley de amor, que en mí impera;
Ven, que en mi seno te admito,
Mi amor te espera.—

El niño expósito dice:
—La avecilla madre tiene
Que le enseña
De pequeña,
Y caricias le previene,
Y la oculta del halcon.
Yo á la mia no conozco,
Ni mi boca
Su adorado nombre invoca,
Pues jamás lo supe yo.—
La Caridad le responde:
—No hay ninguno más sublime;
CARIDAD la llama el suelo,
Y á ser madre del que gime
Bajó del cielo.—

EL ÁRBOL DE LA LIBERTAD.

BALADA.

Aún vagaba en mi boca sonrisa de niño
Cuando cerca del árbol sagrado pasé ;
À sus ramas venian alegres las aves ,
Cristalino arroyuelo besaba su pié.
Para él eran los gratos perfumes del monte ,
Dulces sonos los aires poblaban por él ;
Entre todos su frente soberbia se alzaba
Como en medio á su córte de siervos un rey.

¡Ay! ¿dónde está ahora?
¿Dónde está, que mis ojos aquí no lo ven?

Un pastor me ha contado su lúgubre historia
Con sentidas palabras de acerbo dolor ;
Turba extraña á su lado tendióse una tarde
Que torrentes de fuego bajaban del sol.
Con sus verdes guirnaldas el árbol florido,
Sombra espesa, frescura y aromas la dió ;
Y las aves, unidas en suave concierto,
Regalaron su oido con tierna cancion.

¡Ay! ¿dónde está ahora?
¿Dónde está, que ni rastro del árbol quedó?

Esa turba de viles hambrienta llegaba
Como tigre que busca sangriento festin ;
Y, al mirarlos, cebóse con ánsia de muerte
En los frutos sabrosos del árbol gentil.
Desde entónces el cielo se cubre de luto,

Desde entónces las aves no quieren venir ;
 Y el cristal de la fuente parece que gime ,
 Y la zarza y el cardo vegetan aquí.

¡Ay! ¡dónde está ahora?

¡Dónde está, que su pompa no miro lucir?

En las peñas aguzan destrales de muerte,
 Que en el tronco robusto retumban al dar ;
 Cada vez que los golpes con furia descargan
 Las montañas repiten el eco fatal.

Ya derriban el árbol que sombra les diera,
 Alaridos salvajes lanzando á la par ;
 Y su tronco, y sus ramas, y flores consume
 Con torrentes de llamas hoguera voraz.

¡Ay! ¡dónde está ahora?

Ya no veo del árbol ni aún triste señal.

Mas el árbol querido del pueblo no muere ;
 Sus profundas raices el cielo salvó ;
 Cuando rompan del monte las duras entrañas ,
 Brotarán cien renuevos con doble esplendor.
 Y serán guardas fieles del bosque sagrado
 Cuantos buenos hoy lloran en larga opresion ;
 Sin que hambrientos su fruto con rabia devoren ,
 Sin que á ingratos su sombra preserve del sol.

¡Oh! ¡Arranquen los hombres

Lo que sabia sustenta la mano de Dios!

EL HOGAR PATERNO.

¿Qué tendrá la luz que sale
De ese monte ; qué tendrá?

¿Qué tendrá,
Que una lágrima ha bañado
La mejilla del soldado
Que el servicio cumplió ya?

Ni el incendio del combate,
Ni el palacio del magnate
Donde brillan á la par
Mil luces bellas,
Le hicieron nunca llorar ;
Pero esa luz es del pueblo,
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá de esa campana
El tañido ; qué tendrá?

¿Qué tendrá,
Que tan dulce ha resonado
En el alma del soldado
Que el servicio cumplió ya?

Ni los cánticos de gloria,
Ni la voz de la victoria
Que entusiasma al militar,
Con tal ternura
Le hicieron nunca llorar ;
Es porque esa es la campana
Del pueblo natal.

¿Qué tendrá el ladrido ronco
De ese perro; qué tendrá?

¿Qué tendrá,
Que cual voz de un sér amado
Sentir hace al buen soldado
Que el servicio cumplió ya?

Ni la alegre cantinera,
De su vida compañera,
Ni la franca lealtad

Del camarada,
Le hicieron así llorar;
*Es que ese perro ha salido
Del pueblo natal.*

¿Qué tendrá el humo que sale
De esas chozas; qué tendrá?

¿Qué tendrá,
Que con júbilo extremado
Lo contempla el buen soldado
Que el servicio cumplió ya?

Ni del seno de las flores
Son más gratos los olores,
Que el que piensa respirar
Al ver del humo

La negra y leve espiral;
*Porque es de las chimeneas
Del pueblo natal.*

¿Qué tendrá ese pobre viejo
Que le abraza; qué tendrá?

¿Qué tendrá,
Que la frente ha reclinado
En su pecho el buen soldado
Que el servicio cumplió ya?

Á la entrada de la aldea

Turba alegre les rodea,
Saludando al militar;
Y éste conoce
Que entre los suyos está,
Porque oye el acento amado
Del pueblo natal.

1854.

HIMNO DE JULIO.

AL HERÓICO PUEBLO DE MADRID.

Inmensos clamores los aires atruenan,
Y sueltas campanas, en rápido vuelo,
Con lenguas sonoras anuncian al cielo
Que España despierta de un sueño fatal.
El plomo zumbando pregoná exterminio;
Aún hartos de sangre no están los tiranos,
Y sangre á raudales se vierte de hermanos,
Y arrecia furiosa la lid desigual.

Lanzad contra el pueblo, cobardes verdugos,
Torrentes lanzadle de fuego y metralla;
Su pecho le sirve de escudo y muralla,
Y es prenda segura de triunfo su fe.
¡Ansiaba ser libre!... le dieron cadenas;
Sustento pedía con roncos gemidos,
Y fueron sus chozas botín de bandidos,
Y fueron sus quejas ahogadas también.

¡Ay, mueren los buenos!... el viento de Otoño
Reuelto zumbando con rabia sañuda,
Así de sus hojas los bosques desnuda,
Convierte sus galas en campo de horror.
La patria á la lucha más hijos apresta;
No cedas ¡oh pueblo! cobarde al espanto;
Á flacas mujeres dejemos el llanto
Y al arma cóframos con bélico ardor.

Mancebos y ancianos, mujeres y niños
Las glorias eclipsan de Bravo y Padilla;
¡Oh pueblo de Julio! tu aurora ya brilla,
Tu sol ya se eleva con mágica luz.
Sin armas, desnudos, sin pan y sedientos
Allá van tus hijos, allá los mejores;
Aprendan, al verlos morir, los traidores,
Aprendan, si pueden, valor y virtud.

Sus almas serenas la tierra abandonan,
Y genios celestes, que Dios les envía,
Con himnos sublimes de santa armonía
Su vuelo acompañan á un mundo inmortal.
Y mares, y nubes, y luna, y estrellas,
Atras van dejando las ínclitas almas;
Y al bravo que lidia prepáranle palmas,
Y al pueblo predicen el bien de la paz.

Julio de 1854.

ECOS NACIONALES.

LIBRO TERCERO.

THE NATIONAL

THE NATIONAL

PRÓLOGO .

DE LA CUARTA EDICION.

Al dar hoy á la estampa, reunidas en el presente volúmen, todas las poesías que bajo el título que encabeza estas líneas he compuesto, paréceme oportuno entrar en algunas, aunque breves consideraciones, así para restablecer la exactitud de ciertos hechos, como para desvanecer errores que pudieran extraviar la opinion sobre el concepto de la poesía popular. No ya gente indocta; personas ilustradas, pero á quienes una preocupacion inexplicable ofusca el entendimiento en lo relativo á tal materia, suelen confundir la poesía de que se trata, con la vulgar; y colocadas en este punto de vista falso, no sólo censuran—y aquí lo hacen con justicia—la imitacion servil de entrambas, realizada por poetas y versificadores más ó ménos eruditos, sino que estiman, equivocadamente, como tarea poco me-

ritoria aquella otra que, en forma culta sí, pero al mismo tiempo noble, sencilla, al par que levantada y accesible á todas las inteligencias—porque el arte ha de hablar á todas, ó no es arte—no cabe duda en que es verdadera y legítima expresion de la vida y genialidad del pueblo en que se inspira; mucho más, si al conservar los rasgos que aún determinan la fisonomía de este pueblo y que la sucesion de los tiempos no ha destruido, hace ver que camina hácia adelante, dando así testimonio evidente de que existe, y de que, sin perder su individualidad propia, participa del movimiento general de las cosas y de las ideas. Esto han hecho constantemente en la lírica, en la épica y en la dramática los primeros ingenios del mundo.

Yo he respetado siempre toda opinion, hasta las más absurdas, con sinceridad profesadas; pero respetándolas, no puedo ménos de protestar altamente contra las pretensiones de los que piden al poeta empresas irrealizables, y que aún realizadas, serian ineficaces, cuando no funestas en sus resultados. El *Fausto* se ha escrito; Goethe ha sido poco ménos que divinizado; y no obstante ¿quién asegura haber entendido aquella obra singular? Iguales pretensiones se muestran respecto de la lírica. Ahora bien: ¿ha de ser la obra poé-

tica hecha sólo para contentamiento y asombro de un reducido círculo de personas, que quizás tampoco la comprendan, aunque presuman y declaren lo contrario, ó ha de hacerse para la generalidad de las gentes, esto es, para el pueblo? ¿Qué admiracion, qué encanto, qué deleite puede causar la composicion lírica que se presenta como una especie de acertijo, de enigma, de problema al juicio público, y cuya lectura, en vez de agradar, fatiga desde los primeros versos, necesitando esfuerzos de reflexion, comentarios é interpretaciones, como si fuese producto del arte de las esfinges y de los geroglíficos?

Yo establezco en la poesía popular una distincion, á mi ver importantísima. Divídola en dos partes: poesía popular propiamente tal, es decir, *poesía que se inspira en el pueblo todo*, y poesía vulgar, esto es, *poesía que se inspira exclusivamente, con raras excepciones, en la última clase del pueblo*; ó en otros términos, *en la clase inculta*. Á la primera pertenece, por ejemplo, el *Romancero del Cid*, que, léjos de tener nada de vulgar, ni en el fondo ni en la forma, es acaso, y sin acaso, el monumento poético nacional popular de belleza artística más acabada. Esta distincion tuve presente desde que concebí el pensamiento de escribir los *Ecos Nacionales*, cuyas

dos primeras ediciones fueron publicadas en el año de 1849, cuando la poesía popular propia de nuestros tiempos estaba enteramente olvidada por las musas españolas.

Hé aquí los términos en que me expresaba:

«No sé si servirá de motivo á censura para los que se pagan demasiado de los nombres, el que haya dado yo el título de *Ecos Nacionales* á estas páginas: como quiera que sea, y dejando á cada cual con sus opiniones, he de advertir que, siendo casi todas las composiciones, digámoslo así, la voz, el eco de necesidades, sentimientos, intereses y recuerdos nacionales, me pareció que ningun título podria convenir mejor que aquel á la expresion de estas necesidades, de estos sentimientos, de estos intereses y de estos recuerdos.» Y añadia: «Poseemos, es cierto, inapreciables tesoros en los *Romanceros* de la Edad Media; pero, sobre ser especiales en gran parte, como el del *Cid*, el de *Bernardo del Carpio* y otros personajes de los tiempos heróicos y caballerescos, no deben, no pueden considerarse ya mas que como objetos de estudio, como una luz para penetrar en las tinieblas de aquellas épocas de amor y de guerra, de galantería y de barbarie, de religiosidad y de entusiasmo. Los *Romanceros* no se leen; es más, no se compren-

den por el pueblo: son monumentos viejos que debieran restaurarse, si un respeto sagrado á su belleza y á su antigüedad no contuviese á los poetas. Pero ya que esto no sea factible, ni conveniente, las tradiciones, la leyenda, los anales de aquellos siglos prestan sobrada materia, intacta aún, para popularizar la poesía moderna, para sacarla del gabinete del literato, único altar donde puede decirse que recibe culto, y hacerla penetrar en el círculo de la clase media, en el taller del artesano y en la choza del labriego. »

No por esto se juzgue que reducía yo á tan exíguo número los elementos de la poesía popular contemporánea; otros citaba, que aquí no menciono por no copiar íntegro el Prólogo (1). En cuanto á la forma, mi opinion era que la dramática, en la poesía lírica popular, podía, como ninguna, comunicar el alma, el movimiento y los contrastes de la vida española á los *pequeños cuadros* en que pretendía *pintar algunas de sus escenas*; ideas con las cuales se mostraron prácticamente conformes cuantos siguieron este ejemplo, acordándose del pueblo—hasta entónces olvidado—y entre otros uno de los más distinguidos y estimados, mi buen amigo D. Antonio de Trueba, cuyo *Libro de los*

(1) Véase el que lleva al frente el LIBRO PRIMERO de este volumen.

Cantares, en el que se glosan (1) varios de la musa anónima popular ó vulgar, vió la luz pública cuatro años despues que mis *Ecos Nacionales*.

El propósito de hacer cuanto de mi parte pudiera para restituir la descarrilada poesía nacional popular á su verdadero camino, tenia, pues, profundas raices en mi ánimo; pero á condicion de verificarlo con el espíritu serio y elevado que la cultura actual demanda á los amigos del arte, haciendo de éste una manera de sacerdocio respetable, en vez de una ocupacion pueril y frívola, reducida con frecuencia á copiar simplemente las más groseras formas y el sentido más estrecho de la personalidad de nuestro pueblo.

No era yo el único autor que hubiese compuesto poesía popular nacional: el ilustre duque de Rivas lo intentó con fortuna, en sus preciosos *Romances históricos*, si bien eran éstos de carácter retrospectivo; pero especialmente nuestro gran Zorrilla, español hasta la médula de los huesos, colocado en el mismo terreno, habia erigido un monumento, que durará mientras dure nuestra her-

(1) Coleccion moderna de *Cantares* originales, la primera fué la de D. Augusto Ferran—al César, lo que es del César;—la segunda, la de Campoamor, dignas entrambas de todo aplauso; y la tercera la mia, inmediatamente despues de la cual, sin duda por la cariñosa acogida que recibí y por la inmensa publicidad que á la mayor parte de los que contenia dió toda la prensa de España, reproduciéndolos frecuentemente en sus columnas, hubo un verdadero diluvio de *Cantares*.

mosa lengua, con sus leyendas, dando en ellas forma verdaderamente artística, y nada vulgar por consiguiente, á tradiciones orales y escritas que en los labios de nuestro pueblo corrian, ó las bibliotecas y archivos conservaban en los anales y cronicones de la historia patria. Pero Zorrilla, como de lo dicho se desprende, era—permítaseme la frase—el trovador de las ruinas; y no ya solamente el fondo de sus leyendas, su palabra misma era eco de otras civilizaciones, de otras edades; era un bardo que pulsaba un arpa ceñida de ciprés, llenando de melancolía nuestras almas, sobre la tumba de las muertas generaciones. Zorrilla era el cantor del pasado; y yo, con mucha ambicion, pero con escasísimas fuerzas, pretendí ser cantor del presente, sin apartar, empero, los ojos del horizonte, por ver si vislumbraba en él un rayo siquiera que me hiciese presentir lo que los tiempos habrian de traer consigo. He aquí, pues, la causa de haber glosado yo pocas tradiciones y hechos históricos antiguos; mi propósito de siempre me obligaba, más que á esto, á glosar sentimientos, ideas y costumbres modernas. Así, los *Ecos* llevan, ya por título, ya por estribillo, asuntos, frases ó versos de cantares y de romances, que corresponden á aquel pensamiento: básteme citar, en prueba de lo que digo, *El Tributo de sangre*, *El*

Convenio de Vergara, El Dos de Mayo, El Hogar paterno, La Noche de todos los Santos, El General NO IMPORTA, las baladas de *Iberia, Castilla y Cataluña, La Gaita gallega*, etc. En *Roncesvalles*, que pertenece á los histórico-tradicionales antiguos, he glosado los dos famosos versos de Cervantes:

Mala la hubisteis, franceses,
En esa de Roncesvalles;

En *La Noche de Navidad*, que conceptúo moderno, los dos finales de un cantar conocidísimo:

Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

Por último, y para no molestar demasiado la atención del lector, á *La vuelta del Voluntario* sirve de estribillo esa especie de muletilla de que se acompañan con frecuencia las narraciones y consejos que de niños hemos oído todos en boca de ancianos, domésticos y nodrizas:

Y Juan iba andando... andando...

La crítica, siempre benévola conmigo, no sólo estuvo unánime en el juicio que formó acerca del espíritu nacional y popular de mi obra, propio de la época, sino que me animó á proseguir mi em-

presa, manifestando que éste era un nuevo campo en el que podrian recoger abundante cosecha de laureles nuestros poetas. No debieron ser desoidas tan patrióticas excitaciones, puesto que, sin duda en virtud de ellas, de entónces data la publicacion de cuantas obras tienen aquel sentido y carácter, más ó ménos bien comprendidos, más ó ménos artísticamente desenvueltos en su ejecucion, ya por medio de glosas, de romances sin ellas y de cantares, ya en otras diversas formas.

Hay, sin embargo, quien considera requisito indispensable para que la poesía merezca el calificativo de popular—estrechando así, hasta los más mezquinos límites la esfera de su accion—que haya de reducirse á ser *precisamente glosa de cantares*; lo cual, en suma, si bien se mira, ni quita ni pone nada á la popularidad de la obra, cuando en esta obra no va íntimamente encarnada el alma del pueblo; en cuyo último caso, con cantar ó sin él, la glosa no será más que un romance cualquiera, que jamás aprenderá ni cantará el *vulgo*—*por ser demasiado fino*—á ménos que el poeta se degrade hasta, ó casi hasta el tabernamentarismo—y á cuyo romance sólo puede prestar algo de sabor el verdadero metro nacional, que, entre paréntesis, no es el de la seguidilla, sino el octosílabo; además, que tampoco es la seguidilla

un metro, ni una estrofa ó estancia, sino un pequeño poema en siete versos: por tanto, escribir una composicion en seguidillas, es lo mismo—tal creo—que escribir una composicion en sonetos. Y la prueba de que el metro de la seguidilla, si bien es hoy en concepto de algunos, no ha sido el genuino metro nacional, la tenemos en que ántes de Boscan, á quien se mira como introductor del endecasílabo italiano con su quebrado correspondiente, apenas se encuentra composicion alguna en versos de siete sílabas con quebrados de cinco, que son los que constituyen la seguidilla.

El *vulgo*, á quien muchos confunden ó se empeñan consciamente en confundir con el *pueblo*, aprenderá, y recitará, y cantará siempre, mientras su educacion no se modifique, las coplas de *Rosaura del guante*, de *El guapo Francisco Estéban* y otras *ejusdem furfuris*, y echará á un lado, por ser, lo repito, *demasiado finos*, los romances de poetas de ingenio más ó ménos cultivado; con la circunstancia de que el afan de popularizarse á toda costa ha creado una escuela raquítica, ñoña, pedestre y ramplona, que proclama la ignorancia—iba á decir la irracionalidad—como uno de sus principios fundamentales, juzgando título legítimo de orgullo y de gloria la carencia de instruccion; como si los grandes, los

verdaderos, los inmortales poetas de todos tiempos hubiesen, por ventura, sido unos pobres patanes! Huyendo de la simpleza, erudita jerga y ficticia sublimidad neo-clásicas, no ménos que de ciertos pedantescos é intempestivos alardes filosóficos, ha venido á darse en el extremo contrario, en el de llamarse, por ejemplo, sencillez y naturalidad á la chocarrería, al amaneramiento y á la falta de númen poético.

Ofreciéndose tan rico y ancho campo á la inspiracion del que se proponga cultivar este género de poesía, nunca he podido yo consagrar á ello el tiempo y la asiduidad necesarios; pero tampoco he renunciado nunca por completo á seguir aumentando el número de *Ecos Nacionales*, en lo que me lo han permitido las condiciones de una salud quebrantada muchos años hace. Prueba son de que no renuncio á ir desarrollando el pensamiento de mi obra nacional (entre otras varias producciones compuestas despues de la tercera edicion de los *Ecos*), *La Gaita gallega*, *Polonia*, *Correspondencia del moro*, *El General* NO IMPORTA, *La Patria*, *Fr. Luis de Leon* y las baladas susodichas. Mas no solamente éstas—incluidas en los *Ecos*,—sino la mayor parte de mis poesías, como las *Sátiras*, las *Odas*, *La Arcadia moderna*, los *Cantares*, las *Elegias*, *La Leyenda de Noche-*

Buena y la sátira, inédita en casi su totalidad, titulada *Grandezas de los pequeños*, tienen unas la forma y el fondo, y otras el fondo eminentemente nacional y popular: ¡ojalá pudiera añadir que eminentemente buenos! Entre mis pocos ensayos dramáticos, ya representados, mencionaré *Camino de Portugal*, *Flor Marchita* y *La Limosna y el perdón*. En cuanto á la prosa, me limitaré á nombrar, entre mis obras más antiguas, *La Pulga errante* (1846) y *El Conspirador de á folio* (1848); y entre las más modernas, los *Proverbios ejemplares*, los *Proverbios cómicos*, *El Mundo al revés*, los *Cuentos del día*, y un sinnúmero de artículos, algunos de ellos coleccionados ya en el volúmen que lleva el título de *Limonas agrios*: glosas, por decirlo así, en acción, todas estas obras, de nuestros refranes: estudios del genio, carácter, lenguaje y costumbres de nuestro pueblo en general, y no vaciadas en el molde estrecho de una localidad ó comarca determinada. Por lo que hace á su lenguaje y á su estilo, jamás he creído que fuese preciso rebajarlos para que adquiriesen popularidad, hasta el punto de convertir en regla de una obra lo que debe ser excepcional en ella; y esto tan sólo con cierta sobriedad, y cuando así lo pidan imperiosamente el asunto ó los personajes en que la

accion se encarne. Cervantes, como todos los grandes ingenios, conociendo sin duda que el escritor debe elevar hasta sí al vulgo, hablándole siempre un lenguaje claro, sin dar en chabacano, y no descender hasta el vulgo, jamás usó, fuera de casos contadísimos y justificados, palabrotas ni giros, que si pueden formar la delicia de los bodegones, no así la de las personas de gusto, sea ingénito ó adquirido por la educacion, el trato social ó el estudio.

Todas mis obras, pues, se ve que contribuyen al desarrollo del plan que constantemente ha presidido á los *Ecoss Nacionales*. Antes de la publicacion de éstos, ó se cantaba el pasado de nuestra patria con la magnificencia y la hermosura que Zorrilla, y con la pobreza que otros *astra minora*, ó se cantaba lo más superficial de su vida puramente exterior, de su existencia vegetativa, como poco antes la habia cantado y glosado Melendez, con los zagales y pastores de éste, un poco modernizados, y con sus bailes, tamboriles, castañuelas y romerías; todo lo cual está, á veces con estribillos populares, en el mismo Melendez, quien á ratos era tiernísimo poeta bucólico y excelente pintor de valles y montañas. Pero ¿debia, ni debe llamarse esto únicamente, poesía popular?... Apenas si el hogar doméstico, si la familia, si las ge-

nerosas tendencias del siglo, si la vida íntima de la nación, si sus sentimientos, si su espíritu, si su personalidad, en fin, merecieron una mirada, un recuerdo. Yo he leído y examinado atentamente para la publicación de una Antología de líricos españoles contemporáneos, consultado por dos amigos míos que se ocupaban en estos trabajos años hace, las poesías contenidas en las colecciones de libros, revistas y periódicos literarios más acreditados; y mi sorpresa y mi desencanto fueron grandes, al ver que poquísimas de ellas—aparte de su mérito, que no niego y aún admiro, por otros conceptos—respondían á las exigencias de la época; que el soplo vivificador del siglo no había penetrado en las regiones de nuestro Parnaso; cosa que á los veinte años de edad—en que compuse gran parte de los *Ecos Nacionales*, dados á luz cuatro ó seis años después, por no haber tenido antes editor—ya sospechaba yo instintivamente, y que el estudio había de confirmar por completo. Quintana compuso algunas, aunque escasas, poesías patriótico-políticas, en verdad grandilocuentes, varoniles y de belleza suma, inspiradas por el sentimiento de independencia que animaba á España; pero estas mismas dotes de su estilo, su educación neo-clásica, sus preocupaciones enciclopedistas, y hasta el metro em-

pleado con preferencia por él, eran cabalmente lo que más imposibilitaba la popularidad de sus obras, con justicia admiradas y acreedoras al profundo respeto de los doctos, mas que no comprendían los que no lo eran. Por otra parte, exceptuando sus poesías *Á la Invencion de la imprenta, El Panteon del Escorial etc.*, verdaderos discursos en verso, casi todo el ideal moderno quedaba íntegro para las nuevas generaciones poéticas. D. Juan Nicasio Gallego, á quien igualmente debe citarse, sólo dejó su famosa elegía *El Dos de Mayo*, de idéntica filiacion que las de Quintana. Si algun otro de los poetas de entónces y de los que despues se dieron á conocer, tuvo la intuicion de lo que reclamaban la época y el genio modernos, en órden á la poesía popular nacional, ó no quiso, ó no pudo, ó no supo satisfacer esta necesidad, y por consiguiente quedaron fuera de su dominio casi todas las grandes cuestiones que la revolucion operada en las ideas y en el estado social habia sometido á la consideracion de los poetas, precursores y propagandistas por excelencia de todo arte y de todo derecho nuevos.

La musa de nuestros dias no ha de ser la régia matrona, ni la aristocrática dama que sólo se halla bien en las altas esferas sociales, y que se desde-

ña de arrastrar su espléndido ropaje fuera de los palacios; ni tampoco la mujer grosera y andrajosa que se complace únicamente en las realidades más triviales y bajas de la vida; sino la encarnación, ora sencilla y modesta, ora varonil y severa, y siempre decorosa y pura, del espíritu democrático y cristiano, que hoy penetra y envuelve á todas las clases. El palacio, el taller, la cabaña; la aldea, la ciudad, la nación, el mundo entero: hé ahí el teatro de su actividad. Enaltecer el arte y el culto de lo bello; consolar al que sufre; glorificar al bueno; compadecer al malo; rechazar, si es preciso, con ánimo altivo, los halagos del poderoso, que rara vez otorga sus favores sino á costa de la dignidad del que los recibe; resistir las tentaciones de la codicia y del orgullo, que á tantas serenas inteligencias han mareado y perdido; recorrer la inmensa escala social, desde la mansion del rico, hasta la miserable vivienda del mendigo, para ser eco infatigable de sus dolores, de sus alegrías, de sus esperanzas; predicando la paz, el trabajo, la virtud, el patriotismo, la fraternidad, la abnegación; acompañando al labrador en el campo, al obrero en la fábrica, al industrial en el taller, al soldado en sus fatigas, al enfermo en su lecho, en su destierro al proscrito... ¿no es digna de todo poeta moderno esta empresa? Cuan-

do se dice que nuestro siglo carece de ideal para la epopeya, y puesto que ni las más brillantes exhumaciones de ideales muertos y de hechos pasados, cuya grandeza tiene ya el lugar que le corresponde en el panteon de la historia, lograrían interesarle bajo otro concepto que el meramente formal, ¿no podría un poeta acariciar la idea de construir con todos los materiales y elementos fragmentarios referidos, agrupándolos con libre arte, cierta unidad que supliere hasta donde es dado la falta de un poema imposible en una civilización tan compleja como la actual? Confieso que esta idea cruzó por mi mente, y algo de ello indico en el Prólogo de los *Proverbios ejemplares*; mas aunque no hubiera sido así, harto lo demuestran los *Ecoss Nacionales*. No recuerdo ni uno solo de ellos que no responda á alguna de las grandezas ó de las miserias, de las necesidades ó de los sentimientos que solicitan el aplauso, la reprobacion ó la simpatía de las almas buenas. Estando en el destierro (1848), en ocasion en que era peligroso el apostolado en favor de principios que ya invaden todos los pueblos y todos los espíritus, y en que hasta era lícito á los poderes de entónces, refractarios á ellos, penetrar en el sagrado de las conciencias, para infligir castigos que ningun hecho exterior autorizaba, publiqué

las dos primeras ediciones de los *Ecos Nacionales*, reproduciendo en ellas *El Tributo de sangre*, *¡Qué hermanos! Ante un Crucifijo*, y otros anteriormente impresos en Madrid: algunos de los asuntos que les sirvieron de base—lo consigno con satisfaccion—se han llevado al teatro y á la novela veintitantos años despues, esto es, en plena consagracion y reconocimiento de todos los derechos del hombre. De entónces, de parecidos tiempos y de alguno más bonancible, datan otras muchas de mis poesías, protestas contra todas las formas de la esclavitud, en la persona humana, en la prensa, en la enseñanza, contra la pena de muerte, contra nuestro sistema carcelario; en una palabra, contra tantas y tantas iniquidades como hacia siglos pesaban sobre nosotros; ó bien himnos al movimiento regenerador, que con eléctrica rapidez se difunde de un extremo á otro de la tierra.

Antes de concluir, he de manifestar que, por grande que sea mi cariño al pueblo donde he nacido, cariño bien claramente revelado en la predileccion que le doy en mis cantos, haciéndolo objeto principalísimo de ellos, jamás he perdido de vista la solidaridad que relaciona y liga su vida con la de otras naciones, y con los destinos de toda la familia humana. Los sentimientos ge-

nerosos y aspiraciones levantadas que me complazco en reconocer en él, son sentimientos y aspiraciones que, ora manifiestos, ora latentes y en estado de elaboracion y de gestacion, animan el espíritu de toda sociedad civilizada. Mezquina seria, en consecuencia, la obra poética cuya aplicacion tuviese por límites la línea trazada por la sombra de un campanario ó por la frontera de un país dado. Los rasgos particulares de la produccion artística marcan, efectivamente, la fisonomía de una raza, de una familia; y al marcarla, el artista produce, en este sentido, una obra nacional; pero si en ella no hay nada que determine la parte que esta raza ó familia toma en la comun general de las ideas que hoy son patrimonio y viático de todos los pueblos, pasado el momento en que la obra nace, borrados por la accion natural del tiempo y de las revoluciones aquellos signos particulares característicos, la obra está condenada á morir sin remedio, por falta de esas otras condiciones permanentes, que responden, no á un solo momento de la historia, sino á los fines eternos de la vida y del arte.

Madrid, Abril de 1873.

V. R. AGUILERA.

LA PATRIA.

Queriendo yo un día
Saber qué es la Patria,
Me dijo un anciano,
Que mucho la amaba:
— «La Patria se siente;
No tienen palabras
Que claro la expliquen,
Las lenguas humanas.
» Allí, donde todas
Las cosas nos hablan
Con voz que hasta el fondo
Penetra del alma;
» Allí, donde empieza
La breve jornada
Que al hombre en el mundo
Los cielos señalan;
» Allí, donde el canto
Materno arrullaba
La cuna que el ángel
Veló de la Guarda;
» Allí, donde en tierra
Bendita y sagrada,
De abuelos y padres
Los restos descansan;
» Allí, donde eleva
Su techo la casa
De nuestros mayores...
Allí está la Patria.

» El valle profundo
Y enhiesta montaña,
Que vieron alegre
Correr nuestra infancia;

» Las viejas ruínas
De tumbas y de aras,
Que mantos hoy visten
De hiedra y de zarzas;

» El árbol que frutos
Y sombra nos daba,
Al són armonioso
Del ave y del aura;

» Recuerdos, amores,
Tristeza, esperanzas,
Que fuentes han sido
De gozos y lágrimas;

» La imágen del templo,
La roca y la playa,
Que ni años, ni ausencias
Del ánimo arrancan;

» La voz conocida,
La jóven que pasa,
La flor que has regado
Y el campo que labras;

» Ya en dulce concierto,
Ya en notas aisladas,
Oirás que te dicen:
» *Aquí está la Patria.*

» El suelo que pisas
Y ostenta las galas
Del arte y la industria
De toda tu raza,

» No es obra de un día
Que el viento quebranta;

Labor es de siglos ,
Que el cielo consagra.
» En él tuvo origen
La fe que te inflama ;
En él tus afectos
Más nobles se arraigan ;
» En él han escrito
Buriles y hazañas ,
Pinceles y plumas ,
Arados y espadas ,
» Ya anales sombríos ,
Ya historias que encantan
Y en rasgo indeleble
Tu pueblo retratan.
» Y tanto á su vida
La tuya se enlaza ,
Cual se une en un árbol
Al tronco la rama.
» Por eso presente
Ó en zonas lejanas ,
Do quiera contigo
Va siempre la Patria.

» No importa que al hombre
Su tierra sea ingrata ;
Que peste y miseria
Jamás de ella salgan ;
» Que viles verdugos
La postren esclava ,
Rompiendo las leyes
Más justas y santas ;
» Que noches eternas
Las brumas le traigan ,
Y nunca los astros
Su luz deseada.

» Pregunta al proscrito,
 Pregunta al que vaga
 Sin pan y sin techo
 Por tierras extrañas;
 » ¡ Pregunta si pueden
 Jamás olvidarla,
 Si en sueño ó vigilia
 Por ella no claman !
 » No existe, á sus ojos,
 Más bella morada,
 Ni en campo, ni en cielo
 Ninguna le iguala.
 » Quizá unidos todos
 Se digan mañana :
 — ¡ Mi Dios, es el tuyo;
Mi Patria, tu Patria!»

Agosto de 1868.

BALADA DE POLONIA.

Á ALEJANDRO CHAO.

En la noche de su duelo
 Al mundo tendió los brazos,
 Muerta la luz de sus ojos
 En lágrimas arrasados.
 Clamó á los pueblos amigos,
 Clamó á los pueblos extraños
 Con la voz de sus cadenas
 Y de sus ayes amargos.
 Unos, su clamor no oyeron,

Otros, al verla, lloraron,
Y su compasion estéril
Brindóle consuelos vanos.
¡Menguada y cobarde Europa!
¡Mira esa madre de bravos
La calle de la Amargura
Subiendo con lento paso,
Como un fantasma, camino
De su Calvario!

Hermoso lirio de un día
¡Cuál doblas el débil tallo!
¡Qué hiciste á tus enemigos?
¡Cómo así te maltrataron?
Rompieron tu blanca túnica,
Y con el feroz cosaco
Echaron suertes sobre ella
El tudesco y el prusiano.
Y sin piedad maniatada,
Sobre tu cuerpo llagado
Tendieron el *knut* (1) sangriento
Los sayones inhumanos.
Borrar pretenden tu nombre,
Mas tu espíritu, vagando,
Lo murmura en las ciudades,
Y en los montes, y en los llanos,
Y en las descarnadas cimas
De tu Calvario.

¡Qué no hicieron los verdugos?
Tus altares profanaron,
Y la frente de tus vírgenes

(1) Voz rusa que significa *latigo*. Dicese también del castigo del mismo nombre. El instrumento principal de este suplicio consiste en unas disciplinas formadas de tiras de cuero con puntas de hierro.

Mancillan con torpe labio.
En los desiertos hogares,
Aún el eco solitario
Repite el postrer suspiro
De los pobres desterrados,
Que en Siberia, al mundo muertos,
Lloran por los cielos pátrios
Al ver los cielos horribles
De aquellos horribles páramos.
De las madres honda pena
Allí seca el pecho flaco;
Y de hambre espiran sus hijos,
Y de frío los ancianos,
Que en sus sueños te ven, pálida,
Ir al Calvario.

En las plazas, y en las calles,
Y en los templos, y en los campos,
Una corona de espinas
Como bandera mostrando,
A tus verdugos responden
Con tiernas salves y cánticos
Sacerdotes y mujeres,
Niños, mancebos, y ancianos.
¡Oh Cristo de las naciones!
¡Mártir del siglo, y escándalo,
Que al sacrificio sublime
Vas como cordero manso!
¡No desmayes! Justo el cielo
Prepara á tu frente láuros;
Y aunque al sepulcro descieras,
Gloriosa resucitando
Será á tu vida futura
Trono el Calvario!

BALADA DE CATALUÑA.*

Á VÍCTOR BALAGUER.

Cataluña tiene un hijo,
Tiene un hijo menestral,
Que por verla siempre grande
Sin descanso velará.

De la máquina sonora
La voz dice sin cesar,

Tric, trac,

Tric, trac;

Y responde á la que teje,
Hila ó prensa, viene ó va,

Tric, trac,

Tric, trac,

Con cantares que le ayudan
Á sufrir y á trabajar.

Cataluña dijo un día,
Muchos años hace ya:

— Ya ves, hijo, que soy pobre,
Mi pobreza viendo estás.

— Madre (el hijo respondiÓla),
Á ganarme voy el pan, —

Tric, trac,

Tric, trac;

Y regando con rocío
De la frente su telar,

Tric, trac,

Tric, trac,

Ganó el pan que le pedia
El acento maternal.

—Cataluña, noble madre,
Un vestido te he de dar,
Y del frío los rigores
Á sentir no volverás.—

Á su madre así le dijo
El obrero catalán;

Tric, trac,

Tric, trac,

Los talleres resonaron,
Y tejiendo fué á la par,

Tric, trac,

Tric, trac,

El vestido y la grandeza
Que á su madre hizo inmortal.

Cataluña en otros tiempos
Dijo al monte y dijo al mar:
—Mi constancia ha de domaros
Y mi firme voluntad.—

Al payés rústica azada
Y al marino remos da,

Tric, trac,

Tric, trac;

Y de azadas y de remos
Á los golpes y al compás,

Tric, trac,

Tric, trac,

Á la piedra arrancó espigas
Y al abismo un cetro real.

Cataluña vió en sus campos
Extranjera gente audaz,

Y en su pecho hirvió la sangre
Del feroz almogavár.

Á la guerra van sus hijos
Y al taller sus hijos van,

Tric, trac,

Tric, trac;

Y alternando las canciones
De la guerra y de la paz,

Tric, trac,

Tric, trac,

Conquistó su independencia
Y tejió su libertad.

Cataluña, porque tengas
Ricas galas que ostentar,
El vapor palpita y ruge,
Hila el huso de metal.

Mucho valen esas galas,
Tus virtudes valen más,

Tric, trac,

Tric, trac;

En olvido no las eches;
Si las llegas á olvidar,

Tric, trac,

Tric, trac,

No la tela de tu gloria,
Tu mortaja labrarás.

LA BANDERA.*

¡Oh Dios de nuestros padres,
Que España fiel venera!
Bendice la bandera,
Enseña de su honor.
Por ella España mire
Su nombre respetado,
Y sombra dé al soldado
Su santo pabellon.

Hermosa, sin mancilla
Que arranque amargo duelo,
Y ungida por el cielo,
Parece ángel de paz.
El cielo la sonrie,
Con luz besando leda
Su manto de oro y seda,
Su frente virginal.

Ya el sol se va nublando,
Ya el grito de la guerra
Asorda cielo y tierra;
La paz un sueño fué.
¡Él es! el extranjero,
Que al noble Pueblo hispano
Pretende hollar, villano,
Domando su altivez.

Mas ya de la bandera,
En ira y sangre rojos,
El leon abre los ojos

Cansado de dormir.
Y ya de sus castillos
Rechinan las cadenas,
Y zumba en las almenas
El toque del clarín.

¡ Al arma ! ¡ al arma todos !
La madre cariñosa,
La casta y fiel esposa
Reprimen su dolor.
Recuerdan que son hijas
Del pueblo sin segundo
Que asombro fué del mundo
Y tumba al Corso abrió.

La tierra ofrece el hierro
Que lleva en sus entrañas;
De valles y montañas
Los bosques lanzas dan.
Relinchan los corceles,
Que en su ímpetu sediento,
Atras dejan al viento,
Oyendo el són marcial.

¡ Al arma, patria mia !
Gentil, sublime, entera,
Ya pasa la bandera...
¡ Matronas, no lloreis !
¡ Oh ! ¡ lágrimas de gozo
Verted si vuelve honrada,
Y vuelva acribillada
Cien veces y otras cien !

Sus restos inmortales
Colgados en los templos,
Serán altos ejemplos
Y prez de la nación.

Juremos defenderla,
 Y sombra dé á la tumba
 Del héroe que sucumba,
 Su santo pabellon.

1864.

RECUERDO DE GALILEO.

Á MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

¡E pur si muove!

Los que aman la virtud y aman la ciencia,
 Aquellos generosos corazones
 Que su bien sacrifican y existencia
 Por la vida y el bien de las naciones,
 Oirán la breve y lastimera historia
 De un mártir de la vieja tiranía,
 Que murió por decir, para su gloria,
Que en torno al sol la tierra se movía.

Era débil anciano cuando al mundo
 Anunció la verdad que él sólo alcanza:
 Lléname Roma de terror profundo
 Y el rayo de sus iras contra él lanza.
 Discurre que matando á Galileo
 La luz mataba que con él venia,
 Y le hunde en una cárcel como reo,
Por decir que la tierra se movía.

«¡Confiesa!» grita ronco el Santo Oficio:
«¡Confiesa!» el vil sayon, que se le atreve;
Y el mártir, sin aliento en el suplicio,
Balbuceaba: «La tie... rra... no... se mue... ve.»
Pero así que cesaba su tormento,
Al recobrar esfuerzo, sonreía,
Como jurando al tribunal sangriento
Que en torno al sol la tierra se movía.

De los jueces, despues, el fallo rudo
La víctima condena venerable
Á honrosa penitencia, el pié desnudo,
Y desnudo su cuerpo miserable.
Crece la horrible saña, pero el sabio
Faltar á su conciencia no podía,
Y su mirada desmintiendo al labio,
Repitió que la tierra se movía.

Espira de dolor, y polvo inerte
Es su cuerpo en la estrecha sepultura;
Mas del lóbrego asilo de la muerte
Rápida sube al cielo su alma pura.
Verdugo Roma fué de Galileo,
Pero aún arde la luz que éste encendía
Cuando en la triste cárcel, como reo,
Anunció que la tierra se movía.

1808—1848.

CAMPO DE LA LEALTAD.

Ven conmigo, niña hermosa,
Al pié de ese monumento,
Orgullo de nuestra patria,
Ignominia de extranjeros.
Ven, y de flores de Mayo
El pobre altar coronemos,
Con una rodilla en tierra,
Con los ojos en el cielo.
Ahí reposan las cenizas
De los bravos caballeros
Que en pro de la Independencia
Su honrada sangre vertieron.

Un día, del alta cumbre
Bajaron del Pirineo
A nuestros campos floridos,
Tigres con piel de corderos.
¡Tigres! dije mal; esclavos
Del gran bandido eran ellos;
Que á ser tigres, más piadosos
Hubieran sido sus pechos.
A la sombra del gigante
Que espantaba al universo,
Vinieron á España... ¡Cuántos
Vivos de España salieron?
Por do quiera sus victorias

Pregonando iban los ecos:
Arcola! Jena!—se oia;—
Austerlitz! Lodi! Marengo!
Las Pirámides temblaron,
Á su voz gimió el desierto;
Un nombre llenaba el mundo;
Un pueblo todos los pueblos.
Aquí tambien de sus *glorias*
Dejar quisieron ejemplo...
¡Asesinando mujeres,
Mozos, y niños, y viejos!
Con láuros tales el Corso
Ciñó sus sienes de fuego;
Ellos destilaron sangre
Sobre el manto del imperio.
Mas... oye... el cañon retumba...
¡Oh, qué angustioso recuerdo!
Páreceme de mil víctimas
Estar el gemido oyendo,
Y que la tierra se rompe,
Y que reviven los muertos
Con la frente hecha pedazos,
Los ojos sangre vertiendo.
¡Ellos son! ¡Daoiz! ¡Velarde!
¡Vosotros sí que erais buenos!
Nosotros, raza maldita,
Alma libre no tenemos.
Se eclipsaron nuestros soles,
Apagóse nuestro aliento,
Y una gran sombra se extiende
Por el horizonte inmenso.
¡Oh mártires, maldecidnos,
Y que ruede por los vientos
Vuestra maldicion eterna,
Para turbar nuestros sueños!

«*Libertad!*» clamais; ¡y os damos
Lágrimas y vilipendio!
¡Vosotros sí que erais hombres!
¡Cómo se mudan los tiempos!

1848.

SOLEDAD.

Pasajero, contempla en la llanura
La pobre patria mía,
Sola con su dolor y su hermosura,
Yerta la faz sombría.

Aquí está, con el manto del imperio
Mal prendido en sus hombros;
Triste está como flor de cementerio,
Como lirio entre escombros.

Cúbrela por doquier honda tiniebla;
El león se ha dormido;
Ni un eco dulce los espacios puebla,
Ni bélico sonido.

¡Oh, madre cariñosa! ¡Oh, noble España!
¿Qué es de tus hijos fieles?
¿Cómo al valle no van, ni á la montaña
Á conquistar laureles?

Responde, trovador; ¿por qué tu lira
Gime, al pasar el viento,
Colgada de un ciprés? ¿Cómo no espira
Sones de más contento?

¿Adónde estás, generacion menguada?
Tú manchas las memorias
Del héroe nacional, de lengua espada,
Que llena las historias.

Aquel buen burgalés del tiempo viejo,
Aquel mozo bizarro
Llevó seis reyes, en triunfal cortejo,
Uncidos á su carro.

Nosotros olvidamos de Castilla
Libres usos y leyes,
Y doblamos humildes la rodilla
Ante extranjeros reyes.

El ardiente corcel, suelto, sin rienda,
Relincha por el prado;
El capitán no vela ya en la tienda;
Se afemina el soldado.

Ya no hay en las bahías españolas
Las opulentas naves
Que al músico vaiven de brisa y olas
Volaban cual las aves.

Tendidos á la sombra de los puertos
Los marinos mejores,
No atraviesan los líquidos desiertos...
Desfallecen de amores.

Y pisan los alcázares reales,
No varones prudentes
Que del pueblo aliviar quieran los males,
Y en saber eminentes;

Antes bien, corrompidos cortesanos,
Sin alma y sin decoro,
Con insaciable sed de honores vanos,
Y vestidos de oro.

¡Oh de España infeliz desdicha fiera!
Ahí yaces, sin ventura,
Como el bravo que pierde su bandera
En lid sangrienta y dura.

El leopardo inglés clava sus ojos
En tí, con arrogancia;
Mañana bajarán por tus despojos
Las águilas de Francia.

Como nueva Polonia irás errante,
Por extrañas regiones;
Y escupirán tu pálido semblante,
No te oirán las naciones.

Nosotros, sin honor, madre y señora,
Llevaremos cadenas;
Sangre de alta virtud engendradora
No hierve en nuestras venas.

Por eso abandonada en la llanura
Te quedas, patria mía,
Sola con tu dolor y tu hermosura,
Yerta la faz sombría.

VIOLETA

PARA LA CORONA DE ZORRILLA.

Venid á oír en dulces armonías
las sabrosas historias de otros días.

.....
(Zorrilla.—CANTOS DEL TROVADOR.
Introduccion.)

Creíme olvidado aquí.

.....
(Carta de Zorrilla, en su regreso de
América, á Pedro de Alarcon.)

Desecha vanos temores;
No, para España no has muerto;
Bien te lo dice el concierto
De todos sus trovadores.
Tu senda cubren de flores
De una orilla á la otra orilla;
Y una corona sencilla,
Que su fiel cariño marca,
Te ofrecen ¡oh patriarca
De los bardos de Castilla!

Ave también de llanura,
Junto á la tuya nacido,
Eseché pronto en mi nido
De tu nido la voz pura.
Encantóme su dulzura,
Y con infantil anhelo
De alcanzar tu raudo vuelo,
Yo aquella voz repetía
Que venir me parecía
De lo más alto del cielo.

El tiempo andando, partí,
Como tú, de mis hogares,
Y el eco de tus cantares
En campo y ciudad oí.
¿Cómo olvidarse de ti,
Si eres la memoria viva
De aquella nacion altiva
Que, en paz' ora y ora en guerra,
De las glorias de la tierra
Las más sublimes archiva?

Pensativo y solitario,
Tú al panteon descendiste
Do yacia en sueño triste
Todo un mundo legendario.
Estremecióse el osario
Al rumor de tus pisadas;
Y, por tu acento evocadas,
Con la vida que vivieron
Las sombras comparecieron
De las edades pasadas.

En los lechos sepulcrales
Habla la estatua de piedra;
Brotan, con manto de hiedra,
Los torreones feudales.
De las viejas catedrales
Respiramos el ambiente;
Y tu inspiracion valiente
Con rasgos de fuego traza
La historia de nuestra raza
Unida con la de Oriente.

Y así en largas procesiones,
De tu arpa al sonido blando,

Iban pasando... pasando
Castellanas é infanzones.
Con los cristianos leones,
El que lucha por Mahoma;
Entre músicas y aroma
Sultanas en cautiverio,
Y en la paz del monasterio
De Dios la casta paloma.

Torneos, zambra, locura,
Virtudes, crímenes, glorias,
Ya peregrinas historias,
Ó ya tradicion oscura,
Á todo tal hermosura
Dió tu pincel soberano,
Que en aquel tiempo lejano
Vivir yo querido hubiera,
Si más grande que él no fuera
Nuestro siglo, y más cristiano.

Con pasmo tu obra admiré;
Belleza suma la abona;
Tiene la Cruz por corona
Y por cimientó la fe.
En ella el punto se ve,
Ella señala el lindero
Donde acaba el *Romancero*;
Y al pié, inclinada la frente,
La España de hoy, tristemente,
Está esperando su Homero.

Lo tendrá; signos fatales
Anuncian su decadencia,
Mas no el fin de su existencia;
Los pueblos son inmortales.

Su sangre vertió á raudales,
Y en tierras propias y extrañas
Asombraron sus hazañas;
Pero del tiempo pasado
Aún guarda fuego sagrado
En lo hondo de sus entrañas.

Tú del capullo feudal
La trama rompes añosa,
Y sale la mariposa;
Tu leyenda; su ideal.
Pues de aquel fuego vital
Saldrá la jóven leyenda;
Es ley, de progreso prenda:
Tras cada siglo que cae,
El naciente siglo trae
Tambien su ideal, su ofrenda.

Bardo errante, noble hermano,
Que , en alas de amor profundo,
Vuelves hoy del Nuevo Mundo
Á tu solar castellano;
El niño, el mozo, el anciano,
Y la dama y la pastora,
Cércante en rueda sonora:
El canto esperan divino
Que recogió el peregrino
Para la patria que adora.

Venga luego, y otro en pos;
El corro te escucha; así
Sabremos qué fué de tí
Por esos mundos de Dios.
No es un amigo, ni dos,
Quien aquí tu nombre aclama;

Es... todo el pueblo que te ama;
Permite, pues, ¡oh poeta!
Que también mi violeta
Lleve al altar de tu fama.

1866.

BALADA DE IBERIA.

Dicen que va con España
A casarse Portugal;
Si mucho vale la novia
No vale poco el galán.

El mismo sol los alumbra,
La misma tierra feraz
Rinde á sus piés, generosa,
Ricos tesoros sin par.

El mar que sus costas baña,
Tiene en los dos nombre igual;
En los propios claros ríos
Los dos contemplan su faz.

Una es su lengua armoniosa,
Una su historia inmortal;
En los siglos venideros
Uno el destino será.

Bello fruto de estas bodas,
Iberia al orbe ha de dar
Envidia por su grandeza;
Y por sus virtudes, más.

¡Cuándo ese día,

Cuándo vendrá!
¿Quién no lo ansía?
¡Quién lo verá!

Los dos cruzaron valientes
 Las soledades de un mar,
 Donde sonado no había
 La voz humana jamás.

Oro dicen que trajeron
 De su expedición audaz;
 No cuenta quien los acusa
 Lo que dejaron allá.

Sangre, industria, ciencia y arte,
 Y entrada en la humanidad
 Dieron á razas dormidas
 En hondo sueño fatal.

Y entónces allí brotaron
 (Flores de su inmenso afán)
 Ciudades, talleres, templos,
 Maravillas que admirar.

¡Ojalá unidos por siempre
 Desde entónces, ojalá,
 Hubieran los dos estado
 Con vínculo fraternal!

¡Cuándo ese día!, etc.

Todo el mundo conocido
 Resueltos los vió pasar
 Á vencer los que imposibles
 Juzgaba la antigüedad:
 Con el león de Castilla,
 Las quinas de Portugal;
 Las barras aragonesas
 Con el blason catalán.

Fuertes con sus libertades

Y su poder colosal,
En sus empresas llegaron
Donde nadie llegará.

Ellos derrocan imperios,
Ellos los saben fundar,
Y uncen monarcas altivos
Á su carroza triunfal.

Hoy con recelo se miran,
Y no se conocerán
Hasta que luzca la aurora
Que tantos esperan ya.

¡Cuándo ese día!, etc.

El tiempo se acerca; un trono
Ha barrido el huracán,
Sobre él desplomando fiero
Una oleada del mar.

Dinastías extranjeras
Hollaron su dignidad;
Si España tiene memoria,
Ya nunca lo ocuparán.

Lázaro ha roto su tumba;
La tiniebla huyendo va;
El muerto resucitado
Saluda á la Libertad.

En esta sagrada vía,
Sin volver un paso atrás,
Con el Pueblo Lusitano
España se encontrará.

Y olvidando sus querellas,
Su alianza sellarán,
Fiel, sincera, indisoluble,
Con un ósculo de paz.

¡Cuándo ese día!, etc.

¡ *Iberia!* yo te estoy viendo,
Bella, joven, celestial,
Como en sus ensueños pudo
El poeta ambicionar.

¡ *Iberia!* yo te estoy viendo
Vestida de majestad,
Presentarte á las naciones
Con aplauso universal.

¡ *Iberia!* yo te estoy viendo
En el Senado brillar
De todos los pueblos libres,
Tan alta como el que más.

¡ *Iberia!* yo te estoy viendo
Serenamente marchar
Al porvenir que adivina
La musa de nuestra edad.

¡ *Iberia,* yo te estoy viendo;
Iberia! tú nacerás,
Pues han de hacerse las bodas
De España con Portugal.

Ese gran día
No faltará;
¿Quién no lo ansia?
¡Quién lo verá!

Enero de 1869.

AL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIJOTE DE LA MANCHA,

ANTES DE REPETIR
LA LECTURA DE SU HISTORIA.*

Otra vez, buen caballero,
Llanuras, fragosidades,
Poblados y soledades
Recorrer contigo quiero.
Reí con el mundo entero
Cuando tu historia leí;
Luego el mundo conocí,
Y, de esto acaso te asombres,
Apenas ví entre los hombres,
Un hombre digno de tí.

En la singular quimera
Que exalta y nubla tu mente,
El bien, llora amargamente,
El mal, soberano impera:
Porque el bien al fin no muera
Luchas con brava porfia;
Deja que el necio se ria;
Alma en que no hay levadura
De tu sublime locura,
Es alma desierta y fria.

Peligros, tajos, reveses...
¡Nada te infunde temores!
Piedras te arrojan pastores,

Tunden tu cuerpo yangüeses.
Para que en tu empeño ceses,
Acumúlanse en tu daño
Hambre, y sed, y desengaño;
Todas las miserias, todo
Lo que afligió de algun modo
Al hombre de hoy y al de antaño.

Espejo de paladines,
Airado el hierro levantas
Para rendir á tus plantas
Felones y malandrines.
Jamás propósitos ruines
En tu pecho hicieron nido;
Y aunque cien veces herido
Rodaste, de fuerzas falto,
Nunca yo te ví más alto
Que cuando te ví caído.

Buscar una noble idea,
Y dársela al pensamiento
Y al corazon por sustento...
¿Quién mejor su vida emplea ?
¿ Desdichado el que no crea
En virtud ni en heroismo!
Su seso el excepticismo
Quizás no turbe ni embote;
Pero sentirá otro azote...
El desprecio de sí mismo.

Genio que el mundo no olvida
En tí encarnó y un villano,
Con el ideal humano
La realidad de la vida.
Á la tierra siempre asida,

Ésta alzar no puede el vuelo ;
Aquel, con más puro anhelo,
Victoria mayor espera ;
Bien lo sabes tú... quisiera
Hacer de la tierra un cielo.

Extraños locos se han visto ;
¡ *Locos!* así los llamaban
Porque un ideal amaban...
Como Sócrates y Cristo.
Con el espíritu asisto
A una edad tras otra edad ;
Y esos locos, en verdad
Dignos de perpétua gloria,
Son el alma de la historia
Y honor de la humanidad.

Uno, cruza el mar aleve
Y nuestro globo completa ;
Otro, el rayo en pos sujeta,
Ó guerra á los aires mueve.
Quién, á descifrar se atreve,
Mirándolo de hito en hito,
Lo que hay en el cielo escrito ;
Quien, *oasis* da al desierto
Y una voz más al concierto
Que se eleva al infinito.

Como tú, monstruos un día
Acometió su arrogancia ;
La esclavitud, la ignorancia,
El error, la tiranía.
Cada uno de ellos tenía,
Como tú, su *Dulcinea* ;
Ya te lo dije ; su idea ;

Y los maltratan, por eso,
Verdugos de carne y hueso,
Gigantes de vil ralea.

Mas tambien los que á opresores
Siempre fueron importunos ;
Poetas, sabios, tribunos,
Filósofos, inventores,
Ayer como malhechores
Ya en cruz infame clavados,
Ya en prisiones sepultados,
Su desagravio verán
En el culto que hoy les dan
Los pueblos civilizados.

¡Oh, soñador sin segundo !
Tu historia otra vez comienzo,
El más portentoso lienzo
Que de sí contempla el mundo.
Á su sentido profundo
Arte se asocia divino ,
Á lo grande, lo mezquino,
Á lo vulgar, lo que asombra,
Llanto y gozo, luz y sombra,
En contraste peregrino.

¿Quién la escribió?... he de callarlo ;
No espere que lo declare ;
Sufra quien lo preguntare
La vergüenza de ignorarlo.
Conocerlo, es admirarlo ;
Fué pobre y fué caballero ;
Si en desdichas el primero,
Por su genio, de una talla
Que sólo rivales halla

En *Sékspir* (1), Dante y Homero.

Principio, pues, á leer;
Ya sé que no han de faltar
Entuertos que enderezar,
Agravios que desfacer.
Mas si locura ha de ser
Ante la humana cordura
Ir de una en otra aventura
Buscando el bien por la tierra,
¡Guerra á la cordura, guerra,
Y bendita la locura!

Abril de 1869.

EL GORRION VOLUNTARIO.*

Cubrid de flores
Al pajarillo
Que valeroso
Cruzó el abismo,
Y en vuestros bosques
Suspende quiso
Como en España
Su patrio nido.
Su muerte anuncio
Muchos creyeron
Del fin cercano

(1) En inglés Shakspeare.

De un gran imperio;
Sin ver que brota ,
Cual fénix, bello ,
De las cenizas
Del gorrion muerto.

Historias de aves
No leyó, España ,
Quien á tus hijos
Gorriones llama.
En ella todos,
Por dicha rara ,
Más que gorriones
Suelen ser águilas.

Tu frente un dia
Ceñir supieron
Con la corona
Del universo.
Y aún late vivo
De su alma el fuego
En las cenizas
Del gorrion muerto.

Hacer pretenden
Del nombre suyo ,
Nombre de afrenta
Ciegos ó ilusos.
Mas del modesto
Pájaro oscuro
Lo harán glorioso
Los restos mudos.

Él será símbolo
Del noble pueblo
Que vida y fama
Dió á ese hemisferio ;

Y que hoy renace ,
Cual fénix, bello ,
De las cenizas
Del gorrion muerto.

Perla preciosa
De las Antillas ,
No tristes cantos
Des á las brisas.
Himnos de triunfo
Para honrar sirvan
Los funerales
De esa avecilla;
Y al frente yenza
De tus guerreros ,
Como el cadáver
Del Cid un tiempo.
Que aún late vivo
De un alma el fuego
En las cenizas
Del gorrion muerto.

Mayo de 1869.

ESPAÑA LIBRE.*

I.

¡Ya eres libre! del sepulcro
Has salido como un sol,
Y de rayos coronada
Cantas ya tu redencion.
Los esclavos te bendicen,
Y en sus tronos, de pavor
Los tiranos se estremecen
Y te dan su maldicion.

CORO.

¡ *Viva España!* ¡ *Gloria al pueblo*
Que cansado de sufrir,
Sin cadenas que le opriman
Va resuelto al porvenir!

II.

Aún en tí se ven las huellas
Del martirio y del dolor;
Si en tus campos brotan flores
De tu sangre fruto son.
Los talleres silenciosos
Regocijense á la voz
De la vida honrada y libre,
Del trabajo salvador.

CORO.

¡ *Viva España!* etc.

III.

Las naciones te miraban
Con desden ó compasion...
¡ Cuando ejemplo eras tú sola
De virtud y de valor!
Y por ser en todo grande,
Hoy recibe el que te hirió
La venganza generosa
Del olvido y del perdon.

CORO.

¡ *Viva España!* etc.

IV.

Elegida entre los pueblos,
En tu pecho puso Dios
De sublimes ideales
La fe inmensa y la pasion.
En tí espera el mundo todo,
Corra el mundo de ti en pos
Á la tierra prometida
Que brillar al léjos vió.

CORO.

¡ *Viva España!* ¡ *Gloria al pueblo*
Que cansado de sufrir,
Sin cadenas que le opriman
Va resuelto al porvenir!

Junio de 1869.

APOTEOSIS.*

EL 20 DE JUNIO DE 1869.

—Uno! dos! tres! ¡Cuántos muertos!

¿Mas cómo no los reciben

Con funerales conciertos?

—Porque son muertos que viven.

De genio ó virtud dechados,

Y prez de la patria historia,

Van al templo de la gloria

Por la Libertad llamados.

Pueblo, que triste gemias

Las manos torciendo esclavas,

Ya lucen aquellos dias

Que en tu infortunio soñabas.

Y pues logran tus afanes

La dicha que merecieron,

Saluda á los nobles manes

De los que grande te hicieron.

—Aunque hija del pueblo, oscura,

Saber quisiera sus nombres;

¿Fueron reyes, por ventura?

—Más que reyes; fueron hombres.

Levanta, madre amorosa,

El niño que en dulces lazos

Une á tí el cielo, y reposa

En la cuna de tus brazos.

En erguirlo bien te ufana,

Para que pasar los vea

Cuando rompan la ola humana
Que en las calles los rodea.

Y cumplidos tus afanes

Dile:—Honor de España fueron;

Saluda á los nobles manes

De los que grande la hicieron.

— Por vez primera á mí llega

El nombre que ahora ha sonado:

¡ Garcilaso de la Vega!

— Buen poeta y buen soldado.

Si blandiendo el arma dura

Fué rayo en lides ardientes,

Otra fama inmensa y pura

Se aseguró entre las gentes;

Pues con lira, en vez de espada,

Y tiernísimas canciones,

Como en tierra conquistada

Se entró por los corazones.

España hoy da á sus afanes

El laurel que merecieron:

Corone el tuyo los manes

De los que grande la hicieron.

— ¡ Juan de Lanuza ! ¡ Gravina !

Un mártir de un rey maldito,

Y un héroe de la marina.

— Sus nombres la historia ha escrito.

Cuando al cadalso aquel parte,

Aragon sus fueros pierde;

Gravina, no ha de olvidarte

Quien á Trafalgar recuerde.

Que en el juicio de la historia

Ha de valer siempre tanto

Y es digno de tanta gloria,

Trafalgar como Lepanto.

España hoy da á sus afanes
El laurel que merecieron ;
Corone el tuyo los manes
De los que grande la hicieron.

—Aquí viene el gran Gonzalo :
Un ; *Viva!* ha de echarle á gusto
Quien usa pierna de palo.

—Militar, tu viva es justo.
Cuando por más de un bergante
Su voz el mundo derrocha
¿No ha de admirar á un gigante
El inválido de Atocha?

Ese, encima de la luna,
Campaña tras de campaña,
Con igual genio y fortuna
Puso el pabellon de España.

Y pues premio á sus afanes
De ella todos merecieron,
Saluda á los nobles manes
De los que grande la hicieron.

—¡Quevedo! la verdad lisa
Dijo siempre, sin espanto :
El padre fué de la risa.

—Que es velo, quizás, del llanto.
En el fondo de sus chistes,
Si hasta su fondo penetras,
Muchas más lágrimas tristes
De cierto hallarás que letras.

Pues tiene, á fe, ingrato oficio
Quien desnudo á la picota
Saca, vengador, al vicio,
Y ante los siglos lo azota.

España hoy da á sus afanes
 El laurel que merecieron;
Corone el tuyo á los manes
De los que grande la hicieron.

— Ante la aurora que brilla,
 Del olvido sacudamos
 La afrenta, que nos humilla.

— Al templo con ellos vamos.

Allí, en largas procesiones,
 Si aspiran á eternas palmas,
 Las nuevas generaciones
 Irán á educar sus almas.

Y allí, por diversos modos,
 De cada sombra propicia
 Podremos aprender todos
 Honor, verdad y justicia.

España hoy da á sus afanes
 El laurel que merecieron:
¡ Himnos sin fin á los manes
De los que grande la hicieron!

Junio de 1869.

LA GAITA GALLEGA.

Á MANUEL MURGUÍA.

Cuando la gaita gallega
 El pobre gaitero toca,
 No sé lo que me sucede,
 Que el llanto á mis ojos brota.

Ver me figuro á Galicia ,
Bella, pensativa y sola ,
Como amada sin su amado ,
Como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone ,
Y dance la turba loca ,
La voz del grave instrumento
Suéname tan melancólica ,
À mi alma revela tantas
Desdichas , penas tan hondas ,
Que no sé decirlos
Si canta ó si llora.

Recuérdame aquellos cielos ,
Y aquellas dulces auroras ,
Y aquellas verdes campiñas ,
Y el arrullo de sus tórtolas ,
Y aquellos lagos , y aquellas
Montañas que al cielo tocan ,
Todas llenas de perfumes ,
Vestidas de flores todas ,
Donde Dios abre su mano
Y sus tesoros agota.
Mas ¡ay! como me recuerda
Tambien que hay allí quien dobla ,
En medio de la abundancia ,
Al hambre la frente torva ,
No acierto à decirlos
Si canta ó si llora.

Suena , y cruzan por mi espíritu ,
Puras , risueñas y hermosas ,
Las sombras de los cien puertos
De que Galicia es señora.
Y lentamente pasando ,

Como ciudades que flotan,
Van sus cien naves soberbias
Al ronco són de las olas.
Mas ¡ay! como en ellas veo
Alejarse de la costa
Sus tiernos hijos desnudos,
Que miran tristes á Europa,
Pidiendo su pan amargo
À la América remota,
No acierto à decirlos
Si canta ó si llora.

¡Pobre Galicia!... tus hijos
Huyen de tí, ó te los roban,
Llenando de íntima pena
Tus entrañas amorosas.
Y como á párias malditos,
Y como á tribus de ilotas
Que llevasen en el rostro
Sello de infamia y deshonra,
¡Ay! la patria los olvida,
La patria los abandona,
Y la miseria y la muerte
En su hogar desierto moran.
Por eso, aunque en són de fiesta
La gaita gallega se oiga,
No acierto à decirlos
Si canta ó si llora.

¡Espera, Galicia, espera!
Lleva la cruz que te agobia,
Regando con sangre y lágrimas
Esa via dolorosa.
¡Tendrás sed!... ¡Hiel y vinagre
Te darán con mano pródiga,

Y, con corona de espinas,
 Cetro de caña por mofa!
 Pero los tiempos se acercan;
 Y cuando suene tu hora,
 Feliz subirás y grande
 Á la cumbre de la gloria.
 Hoy, si la gaita gallega
 El pobre gaitero toca,
No acierto á decirlo
Si canta ó si llora.

1860.

EL GENERAL NO IMPORTA.*

Á JUAN COUIGNY.

¡Oh patria! laurel eterno
 Tu frente augusta corona;
 Permite que, por humilde,
 Yo á tus piés una flor ponga.
 ¿Quién esclava soñó hacerte?...
 Pueblo que tiene en su historia
 Páginas como la tuya,
 Jamás cobarde se postra.
 Reyes de espíritu flaco
 Lo venden y lo deshonoran,
 Besando la mano misma
 Infame que los azota;

Mas él, que en su pecho guarda
Entera y fiel la memoria
De las virtudes antiguas
Y al cielo en su ayuda invoca;
Si al ver que las profanaron
De rubor la frente dobla,
Cuando oye el grito del águila
Que en el Pirineo asoma
Agitando convulsiva
El rayo que incendia á Europa,
No con lágrimas de miedo,
Con sonrisa desdeñosa:
— «Yo me salvaré (responde);
Ya puede bajar: ¡No importa!»

Sobre mi patria cayeron,
Como piedra asoladora
Que del cielo se desgaja,
Del César francés las hordas.
Atar creyeron sin duda
Al carro de la victoria
La nacion que llevó al suyo
Uncida la tierra toda.
¡Ah! pronto olvidado habian
El dolor de aquellas rotas
Que se llaman Roncesvalles,
San Quintin y Cerinola!
Madrid dió el grito de guerra,
Y agitándose la sombra
Del gran Pelayo en su tumba,
Repitiólo en Covadonga.
¡Dos de Mayo! ¡Dos de Mayo!
Aún hoy florecen tus rosas
Al riego de noble sangre
Que en púrpura las colora,

Y en los cipreses el viento
 Lánguido gime y solloza.
 ¡ Pobres mártires! ¡ caian!
 Mas al espirar, su boca
 Y sus ojos murmuraban
 Á los verdugos: « ¡ *No importa!* »

« ¡ *No importa!* » dicen las madres
 Sublimes de Zaragoza,
 Cuando la vida á sus hijos
 El plomo extranjero roba.
 Y « ¡ *No importa!* » la que apenas
 Logró el día de sus bodas,
 Y ya de viudez infausta
 Se viste las negras tocas.
 Y luego « ¡ *No importa!* » dicen
 Los muros que se desploman,
 Y el clamor de las campanas
 Que á los valientes convocan
 Y cánticos de exterminio
 Y de independencia entonan.
 ¡ Virgen del Pilar! no en vano
 Su capitana te nombra
 La voz del pueblo, que busca
 Tu mirada protectora.
 Ya la epidemia y el hambre
 Pueden, en atroz concordia,
 Dar á la muerte sañuda
 Lo que la guerra perdona:
 El santo amor á la patria
 Y la fe con que te implora,
 Harán que perpétuamente
 Grite su labio: « ¡ *No importa!* »

Si humanos ojos resisten

El brillo de tanta gloria,
Contemple asombrado el mundo
La que eterniza á Gerona.
Un sepulcro es su recinto,
Su soledad espantosa,
Que el hambre y la peste en ella
Tambien como reinas moran,
Cual si de crimen horrendo
Víctima fuese expiatoria.
Sobre su frente almenada
Ardiendo llueven mil bombas,
Que su destruccion alumbran
Y su constancia española.
Detrás de los rotos muros
Vénse llamaradas rojas;
Parece el incendio sangre
Que de anchas heridas brota.
El capitán, de alma entera,
Que la gobierna y custodia,
Agonizando en el lecho
De repente se incorpora;
Y aunque ya no hay esperanza,
Ni auxilio que los acorra,
Aliento infunde en los suyos
Diciendo:— ¡Valor! ¡No importa!

¡No importa! ¡Mirad!... En Francia,
Madres sin ventura lloran:
Unas, de luto se visten,
¡Ay! en vano esperan otras,
Las lágrimas reprimiendo
Que á sus párpados se agolpan.
Porque saben ó presienten
Que el que profana, en mal hora,
El suelo de nuestra patria,

Tarde ó nunca al suyo torna.
 ¡Gargantas del Bruch!... ¡Colinas
 De Salamanca famosas!
 ¡Bailen! ¡Tamames! ¡Albuera!
 Ante vosotros zozobra
 La nave que ha de estrellarse
 De Santa Elena en la roca.
 Quien cuente del sol los rayos,
 Y las estrellas remotas,
 Contará cuánto enemigo
 Pagó aquí su audacia loca.
 Sus banderas y estandartes
 Son de los nuestros alfombra,
 Y sus águilas heridas
 Gimen por los aires roncadas,
 En su fuga recordando
 El profético: ¡*No importa!*

«¡*No importa!*» murmura el viento;
 «¡*No importa!*» del mar las olas;
 Y «¡*No importa!*» la llanura;
 Y la montaña, «¡*No importa!*»
 Lo dice el bravo que vence,
 Y en sus últimas congojas
 Abrazado á su bandera,
 El que á la patria se inmola.
 Y este grito fiero y santo,
 Vida, y movimiento, y forma
 Adquiere del enemigo
 En la conciencia medrosa;
 Cuyo delirio le pinta
 (Con espada vengadora)
 Un General invencible
 Que sus empresas malogra.
 ¡Un General!... Sí, el que cantan

Nuestras leyendas heróicas ;
El que en Numancia y Sagunto
Humilla á Cartago y Roma ;
El que el poder africano
En ocho siglos agota ;
El alma de nuestro pueblo,
Libre, varonil, indómita,
Es el General de siempre,
Es *El General* No IMPORTA.

1866.

BALADA DE CASTILLA.

I.

En Castilla hay un castillo,
Y en él un salon vetusto
Donde estaba el arpa antigua
En que hoy sus glorias preludio.
De toda la herencia humana
Tan sólo en suerte le cupo,
Un breve espacio de tierra
En un extremo del mundo.
Grave, modesta, sencilla,
Franco hospedaje y seguro
Brindó siempre al peregrino.
En su pobre solar rústico.
Y no turbaba el contento,
Ni la paz del pecho suyo

En aquella edad remota
Sueño de ambicion ninguno.
En su llanura olvidada,
Apenas llegó confuso
De tarde en tarde á su oido,
Ya el eco de ardiente júbilo
De un imperio afortunado
Que solemnizaba triunfos,
Ya el ¡ay! de otro que se hundia,
(Jóven tal vez ó caduco)
Gangrenado por los vicios
Ó del hierro al filo agudo.
Labradora de unos campos,
Si no estériles, incultos,
Limitaba sus deseos
Á verlos pronto fecundos.
Por eso el grano de trigo
Depositaba en el surco
Abierto por el arado
Que arrastraba el buey robusto,
Docilmente sometida
La enorme cerviz al yugo;
Y por eso cuando brotan
En el rosal los capullos,
Y vuelven las golondrinas,
Y alegre suena el susurro
De aguas, céfiros y flores
En valles y montes rudos,
Coronaba su trabajo
De espigas copioso fruto,
Simbolizando el misterio
De sus destinos futuros.

II.

Y fué un día, en que seguido
De hueste batalladora,
Llamó el coloso romano
Á la puerta de su choza.
Castilla dijo:—¿Quién eres?—
Él respondió:—La victoria.
—¿Qué buscas?—Tu independencia.
—Primero mi sangre toma.—
Y sangre corrió en Numancia,
Y sangre en sus turbias olas
Llevaron los patrios rios
Al seno de la mar honda.
Que en vez de rendirse al águila,
Tímida y débil paloma,
Su hogar defendió y sus hijos
Como irritada leona.
Y aunque con hierros y flores
Amarrar su cuerpo logra,
Jamás el poder latino
Avasalló su alma indómita.
Si á los bárbaros del Norte
Inclina la frente hermosa
Cuando el reloj de los siglos
El fin señala de Roma,
Y cuando siente gozoso
El triste esclavo, en la sombra,
Que van cayendo á pedazos
Sus cadenas y su argolla,
Es para que ungida quede
Por la idea redentora
Que aquella raza gigante
Infunde en la vieja Europa.

Y porque más la codicia
Rapaz no lo invada y loca,
De castillos formidables
El suelo sagrado acota,
Que le dan nombre y escribe
En sus páginas la Historia.
En aquel suelo bendito
Que su libertad adora,
De rectos jueces y condes
Nace la familia heroica,
Y en ellos su afan colmado
Ve la honrada labradora;
Que aquel que virtudes siembra
Es justo coseche glorias.

III.

¡Castilla, nublado viene!
¡Castilla, los cielos arden!
¡Despierta! si no despiertas
¡Ay de tus campos feraces!
Llama á los tuyos, á todos:
¡Arriba, Fernan Gonzalez!
¡Apareja, buen Ruy Diaz,
Tu corcel, rival del aire!
África ruge; en su seno,
Hija fiera de tal madre,
La tempestad se ha engendrado
Que ya truena en tus lindares.
Tú has de ser muro de bronce
Que el recio empuje quebrante
Con que mil y otros mil pueblos
Acaso inunde más tarde.
¡Adios tus fueros, tus leyes,
Tus costumbres patriarcales,

Tu suelo, tu honra, tu vida:
Adios, si duermes cobarde!
¡Velaba! y en una mano
El acero fulminante
Que templó en luchas de siglos
En toda enemiga sangre,
Y en otra el pendon, en donde
Se ve de la Cruz la imágen;
Y cual fuente clara y limpia,
En los labios el romance
Que iba á extender por el globo
Sus armoniosos raudales,
Rindiendo, más que las armas,
Esclavas las voluntades;
Y en la frente el sello augusto
De aquel genio incomparable,
Que de un rincon de la tierra
Hizo el Estado más grande
Que conocieron los hombres
Y que verán las edades,
Rompió con sus tercios bravos
Sus fronteras seculares,
Y del último rey moro
Toma en Granada las llaves
Que, al abrirle su recinto,
De un mundo el imperio le abren.
En él sube con sus hijos,
Nueva raza de titanes,
Á las más enhiestas cimas
De los montes más gigantes;
Y de allí á los cuatro vientos
La luz como grano esparce,
Y al porvenir y á la vida
Presenta absorto al salvaje
Que dormia en el silencio

De sus vastas soledades,
Al pié de sangrientas aras
Y de idolos execrables.

IV.

Ya la hidalga labradora
Manto de reina se ciñe,
Y alfombran dos hemisferios
Su planta gentil y firmé.
Á su contacto, palpita
En uno la tierra virgen
Que de vida más fecunda
De ella el bautismo recibe.
En otro, siempre inspirada
Por ideales sublimes,
Su brazo invicto ejecuta
Lo que su mente concibe.
Naciones que á su grandeza
Redes preparan hostiles,
Aún de su espada en el rostro
Conservan las cicatrices.
Mas ¡ay! que á la de Castilla
Sucede extranjera estirpe,
Y pobre se ve y opresa
La que fué opulenta y libre.
Pelicano generoso,
Los mismos á quienes diste
Pedazos del alma tuya
Que del no ser los redimen,
Allende la mar remota
Soberbios é ingratos se irguen,
Y beber quieren tu sangre
Despues que tu fama pisen.
Tambien el moderno Atila

Soñar pudo el imposible
De segar tus viejas glorias,
Viniendo á tus campos tristes.
¡En vano! su hoz afilada
Pasó por la superficie,
Mas del grano que sembraste
Quedaban hondas raíces.
En ellas, la hoz enemiga
Mellóse, y en tí el eclipse
Comienza del sol que Europa
Trémula mira y humilde.
Tú desangrada, tú pobre,
Mas de honor ejemplo insigne,
Enseñaste á las naciones
Á ser dignas y á ser libres.
¡Por qué lloras, castellana?
Castellana ¡por qué gimes,
Si aún abatida, colosos
Con pasmo del orbe rindes?

1867.

LA LOCOMOTORA.

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY.

¡Paso á la rauda
Locomotora!
¡Paso, que es hora
De partir ya!
De fuego y humo

Penacho airoso
Ciñe al coloso
La frente audaz.

—*¿Adónde irá?*

—*Más allá, más allá, más allá!*

Porque á estorbarla
Nadie se atreva,
Las alas lleva
Del huracan.
Y es, porque todo
Pareja forme,
Su cuerpo enorme,
Su alma un volcan.

—*¿Adónde irá? etc.*

Rindele al paso
Frutos opimos,
El que ayer vimos
Triste arenal;
Y bellas flores
La alegre vía
Donde fué un dia
La soledad.

—*¿Adónde irá? etc.*

Sobre ella, en nube
De luz sentado,
El genio osado
Del siglo va.
Donde ella pone
Su firme planta,
Nace la santa
Fraternidad.

—*¿Adónde irá? etc.*

Ella dilata
Los horizontes;
Rotos los montes,
Paso le dan.
Ella, con lazo
Robusto y cierto,
Une al desierto
Con la ciudad.
—¿Adónde irá? etc.

Arca bendita,
De un nuevo mundo
Guarda el fecundo
Gérmen vital.
La sombra ahuyenta
De la ignorancia;
Con la abundancia
Lleva la paz.
—¿Adónde irá? etc.

Hija del siglo,
Borra fronteras,
Discordias fieras
Y odios al par;
Ansiando que haya
De polo á polo,
Un pueblo solo
Y un Dios no más.
—¿Adónde irá? etc.

¡Ved! ya se mueve
Con vivo anhelo;
Ya tiende el vuelo
Con majestad.
Ya, cual relámpago,

Cruza brillante...
¡Gloria al gigante
De nuestra edad!
— ¡Adónde irá?
— *Mas allá, más allá, más allá!*

1868.

BÉJAR.*

EL 28 DE SETIEMBRE DE 1868.

I.

Lira, que nunca arrullaste
El sueño de los tiranos,
Prostituyendo en su elogio
La pureza de tus cánticos;
Lira cubierta de luto,
Que siempre has acompañado
En sus duelos á la patria,
El nuevo sol esperando;
Hoy, que soberana y libre
Del mundo es ejemplo y pasmo,
Y el coro de las naciones
La aclama con himnos altos,
Sobre el laurel de su gloria
Una lágrima vertamos;
Un pueblo inmortal nos pide
La ofrenda de nuestro llanto.

Béjar, Sagunto del siglo,
Desde sus rudos peñascos
Su indómito pecho muestra
Roto en sangrientos pedazos.

Mas en medio del martirio,
Sonríe como el cristiano
Que á sus verdugos hacia
Estremecerse de espanto.

II.

Á la faz del cielo, un dia
Jura morir ó ser libre,
Y á destrozarla furioso
Corre un rebaño de tigres.
¿Qué pudo su ciega saña
Contra la ciudad insigne?
El que á la fuga no apela,
Muerto á sus plantas se rinde.

Y aquí la voz enmudece,
Y aquí el corazon se oprime,
Y aquí los ojos contemplan
Cuadros que no se conciben.

En hogares indefensos
Turba de soldados viles
Entra á degüello y á saco,
En sangre sus manos tiñe.
Clavados en bayonetas,
Niños inocentes irguen
Que de los brazos arrancan
Á sus madres infelices.

El pudor de las esposas,
La castidad de las vírgenes,
Todo, ante esposos y padres,
Todo lo profana el crimen.

III.

« ¡Ármate, Béjar, de rayos!
¡No perdones en tus iras
Al enemigo que apresas,
Ni al que á tus piés agoniza!
» Que sus muertos no descansen
En sepulturas benditas,
Y el que sufre desespere
De la clemencia divina.
» Haz que el mundo los conozca,
Y sus madres los maldigan,
Y sus entrañas devoren
Fieras y aves de rapiña. »
Tal la voz de la venganza
Á tus hijos gritaría:
Tus hijos fueron más grandes
Que Guzman el de Tarifa.
Tierra al difunto enemigo
Dan con mano compasiva,
Y al herido que recogen
Su piedad vence infinita.
¡Libertad! tú del verdugo
El vil oficio abominas:
Venganza, tú eres pequeña
Y de almas nobles indigna.

Noviembre 6 de 1868.

Á LOS CIEGOS.

Al eco de tu guitarra,
Eco dulce de sirena,
El pueblo la plaza llena
Y pendiente de ti está.
Que tus coplas le enamoran,
Las repite y las aprende,
Y su corazón enciende
El veneno que le das.

¡ *Ciego, buen ciego,*

No de rameras,

Ni de ladrones

Le digas más!

*Cántale bellas acciones,
Altos hechos que imitar.*

Cántale cómo se arrojan
Al incendio los primeros
Esos pobres jornaleros,
Héroes de la caridad.
Píntale con vivos rasgos
Cuál la madre los recibe
Cuando ve que el hijo vive
Que le acaban de salvar.

¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale cómo un valiente
Del mar desprecia el bramido,
Y el naufrago medio hundido
Arranca á la tempestad;

Y los vítores que suenan
En la playa, donde en tanto,
Los contempla con espanto
La gente de la ciudad.

¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale cuál sube al cielo
La oracion del que le implora,
Cuando el rayo de la aurora
Le despierta á trabajar;
Cuál sus hijos le responden,
Agrupados de rodillas,
Como alegresavecillas
Al acento maternal.

¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale, como tú sabes,
La virtud de la templanza,
Lo hermoso de la esperanza
Al afligido mortal.
Y cántale que es más grande
Que el soberbio potentado,
El que sufre resignado
Las penas que Dios le dá.

¡ *Ciego, buen ciego, etc.*

Cántale, pues tu voz oye;
En trovo cántale ameno
Lo que es digno y lo que es bueno,
Lo que le puede elevar.
Y la luz, que el cielo niega
Á tus ojos, secas fuentes,
De tus labios á torrentes
Sobre ese pueblo caerá.

¡ *Ciego, buen ciego,*

*No de ramera
Ni de ladrones
Le digas más!
Cántale bellas acciones,
Altos hechos que imitar.*

1850.

BALADA DEL PROGRESO.

Á LOS TRABAJADORES.

Tristes lágrimas salen
De vuestros ojos ;
La fatiga os arranca
Suspiros hondos.
Mas la tarea
Que aún os agobia.
Es vuestra vida
Y es vuestra gloria.

En las viejas edades
Fué el hombre esclavo ;
La materia á su yugo
Lo vió amarrado.
Mas él un dia
Se alzó rebelde,
Y así la dijo :
— Yo he de vencerte!

Sobre su frente noble
Dios habia puesto

De su luz creadora
Claro destello ;
 Que derretia
Los eslabones
De la cadena
Que arrastró el hombre.

 En su lucha de siglos
Con arte y ciencia,
Su dominio perdiendo
Fué la materia ;
 Que á la gran obra
La mayor carga
Hoy lleva dócil
Como una esclava.

 Trasformada y vencida,
Con ella el genio
Explora los abismos,
Escala el cielo ;
 Los astros pesa,
Doma los mares ,
Y apaga el rayo
Que á sus piés cae.

 Su soplo infunde en ella,
Y el lienzo anima ;
Toca el mármol, y surge
La estatua viva.
 Y al arpa que hace
De un leño toscó,
Le da la tierra
Sus cuerdas de oro.

 Habla, y en breve instante,

Sobre el relámpago,
Atraviesa los polos
El verbo humano.

Eternizarse
Quiere en el tiempo,
Y el libro guarda
Su pensamiento.

Naturaleza, madre
Siempre amorosa,
Que tu hierro y tus bosques
Das, y tus rocas;
¡Estéril seas,
Si has de engendrarlos
Para instrumentos
De los tiranos!

Santa Cruz del trabajo,
Quien te maldice
No sabe que lo elevas
Y lo redimes;
Ni espinas (¡ciego!)
Caer ha visto
De la corona
De su martirio.

Niños, mozos, ancianos,
Pobres mujeres,
Trabajadores todos...
¡Alzad la frente!
Cada conquista
De ciencia y arte,
La hiel endulza
De vuestro cáliz.

AL EXCMO. SEÑOR
DON SALUSTIANO OLÓZAGA,

CON MOTIVO

DE LA MUERTE DE SU HIJA.

Da tregua, noble amigo,
Al dolor que te postra ;
No ha muerto el bien que amabas...
Ha subido á la luz desde la sombra.
De rudo viento al soplo
El arpa yace rota,
Pero inmortal resuena
Su voz en el concierto de la gloria.
¡Elisa! ¡Dulce nombre!
Yo tuve tambien otra,
Cuya temprana ausencia
Debió un triste suspiro á la que lloras.
Hoy de la tuya vengo,
Sobre la fria losa
De pálidas violetas
Y lirios á dejar una corona.
Y luego de cumplida
Esta ofrenda piadosa,
Con graves pensamientos
Á distraer la pena que te agobia.
Yo sé que el alma pura
De la que el cielo goza,
Serena á tí descende
Y con filial cariño los evoca.
Espíritu valiente

Dentro de frágil forma ,
En extranjeras playas
Ella fué la alegría de tus horas ;
 Cuando proscrito un tiempo ,
Con íntima congoja
Los ojos convertias
Á las risueñas playas españolas.

 Elisa fué tu númen ,
El hada que á tu boca
Dió la palabra austera
De inmarchito laurel conquistadora.

 ¡Mira la patria , mira
Esta augusta matrona ,
Con lastimeros ayes
Los hijos maldecir que la deshonran!

 La Libertad , vendida ;
Escribiendo la Historia
Páginas de vergüenza ,
Monumentos de escándalo y de mofa ;

 Mudo el taller , y muda
La campesina choza ,
Desde que mano avara
Al honrado sudor su fruto roba ;

 La popular tribuna
Desierta y silenciosa ;
En soledad camina ,
La Justicia , arrastrando negras tocas.

 No bien el pregonero
Las llama , con voz ronca ,
Acuden las conciencias ,
Esclavas sin pudor , á quien las compra.

 La espada es ley : ¡ la espada ,
Que desgarró sus hojas !...
Siempre á un soldado el cuello
Esta infeliz nacion sumisa dobla.

Fariseos sin alma
Con Dios traficar osan,
Y, viles mercaderes,
En mostrador profano el ara tornan.
¡Bajo tus piés, no escuchas
La tierra gemir sorda?
Es que la patria sufre,
Y su grandeza espira y se desploma.
El corazon del fuerte
En ocio no reposa;
Gladiador sublime,
Su virtud á luchar siempre está pronta.
De lágrimas el tuyo
Es mar que no se agota;
Labio la abierta herida
Por donde tu alma huérfana solloza.
Pero de noche eterna
El dolor no es la sombra;
De claro dia es nuncio;
De lo alto de su cruz se ve la aurora.
Alienta, pues lo sabes;
Empresas generosas
De tu vida fecunda
Espera la nacion, mísera y sola.
Contempla su ruína,
Y la santa memoria
De Elisa, tu ángel sea
Inspirador en la civil discordia.
Ya el sol nubes y nubes
Siniestras encapotan:
¡Ay de la patria mia!
¡Ay de ella, si los buenos la abandonan!

CORRESPONDENCIA DEL MORO.

RECUERDO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

— ¡Vecina!

— ¡Señor José!

— ¿Está usted llorando?...

— Lloro,

Porque Pepe se ha ido al moro.

— ¿Y por eso llora usted?

— Por él temo, no por mi;

Si preciso fuese un día,

Mujer y todo, yo iría...

¡Lloro... porque una es así!

Lloro porque él es mi amor,

Porque mi encanto él ha sido;

Y lloro... ¡al fin lo he parido

Con lágrimas y dolor!

— Madre, al venir del taller,

Resuelto anoche me dijo:

Al moro se va tu hijo;

Un abrazo... y á más ver!—

Y sola aquí me dejó!

— Por eso la patria grita:

«*Bendito el sea, y bendita*

» *La madre que lo parió.*»

— ¡Vecina!

— ¡Señor José!

— ¿Está usted llorando?

— Lloro.

- ¿Escribe Pepe del moro?
 —De Valencia: lea usted.
 « Madre, me voy á embarcar ;
 » El cielo está convidando ;
 » Conforme vamos marchando
 » Caminito de la mar ,
 » De balcones y ventanas
 » Colgadas de mil colores ,
 » Ramos nos echan de flores .
 » Las muchachas valencianas.
 » Y entre cien *vivas* y cien
 » (¡ Qué entusiasmo! ; si lo vieras!),
 » Bendice nuestras banderas
 » El Arzobispo tambien.»
 —¡Ya estoy más contenta yo!
 —Por eso la patria grita :
 « ¡ *Bendito él sea, y bendita*
 » *La madre que lo parió!* »

—¡Vecina!

—¡Señor José!

—¿Llora?

—De alegría lloro,

Por lo que dice del moro.

—Pues ¿qué dice...?

—Lea usted.

- « Madre, ya es nuestro el Serrallo;
 » Unos moros van, cual perros
 » Con maza, trepando cerros,
 » Y otros á uña de caballo.
 » Un hijo de Belcebú
 » Me ha rebanado una oreja,
 » Mas le costó la pelleja :
 » ¡ Ya lo ves! yo bueno... ¿y tú?
 » No te aflijas, voto á San!...

» ¡Ah! le dirás á Petrona
 » Que he de comprarle una mona,
 » Cuando entremos en Tetuan.»
 — ¡Ya sangre el pobre vertió!
 — Por eso la patria grita:
 « ¡*Bendito el sea, y bendita*
 » *La madre que lo parió.*»

— ¡Vecina!

— ¡Señor José!

— ¡Está usted llorando...?

— Lloro.

— ¡Escribe Pepe del moro?

— Sí, vecino; lea usted.

« Hoy veinticinco: ¡Victoria!

» Otra vez triunfante brilla

» La bandera de Castilla,

» Cual sol hermoso de gloria.

» Mas un *Padre Nuestro* reza

» Por los bravos que han caído,

» Y no temas que en olvido

» Eche España su grandeza.

» Digna de envidia es su suerte,

» Que á llevárselos del suelo

» Baján ángeles del cielo,

» Y vida eterna es su muerte.»

— Por ellos rezaré yo.

— Y España por ellos grita:

« ¡*Benditos sean, bendita*

» *La madre que los parió!*»

— ¡Vecina!

— ¡Señor José!

— ¡Llora?

— De contento lloro.

- ¡Escribe Pepe del moro ?
- Sí, vecino; lea usted.
- « Noviembre, treinta: la vil
- » Morisma quiso más broma ,
- » Y hoy á cenar con Mahoma
- » Hemos despachado mil.
- » ¡ Gran julepe á la canalla
- » Le ha dado mi regimiento !...
- » ¡ Madre... me han hecho sargento
- » Sobre el campo de batalla!
- » Y al nombrarme el general
- » De un padre con el cariño ,
- » Le vi llorar como un niño ;
- » Pues ¿ y yo?... tal para cual. »
- ¡ Ah! ¡ ya soy dichosa yo!
- Y España, al premiarlo, grita:
- « ¡ Bendito el sea, y bendita
- » La madre que lo parió! »

Ya sólo el señor José
 Ve en la viuda triste lloro,
 Pues ya no escribe del moro,
 Pepe, que al moro se fué.
 Pasa un día y otro día;
 La pobre madre no vive;
 Siempre escribe que te escribe...
 Pero carta no venia.

Vencimos en Castillejos;
 En premio de nuestro afan
 Sus puertas abre Tetuan,
 Y el enemigo huye léjos.

Mas, aunque acaba la guerra
 Y gloria la patria adquiere,
 ¡ Ay! volverá el que volviere
 De aquella enemiga tierra.

Por eso el vate cantó,
Y España, por eso, grita:
— ¡*Benditos sean, bendita*
La madre que los parió!

Con todo Madrid cantando,
Los héroes de África, ya
Por la calle de Alcalá
Van pasando... van pasando...

Pasan á cientos, á miles,
Y muchachas como amores,
Coronas cuelgan de flores
En banderas y fusiles.

Y se cansa de contar,
Loca de pena, la viuda,
Inmóvil, pálida y muda,
Viéndolos pasar... pasar...

Cuando... «¡No es él, ó te engañas?...»
Dice, y casi desfallece,
Dando un grito que parece
Que sale de las entrañas.

Y era Pepe, y lo abrazó,
Y, al verlos, alguno grita:
— ¡*Bendito él sea, bendita*
La madre que lo parió!

1860.

EUROPA EN NOVIEMBRE DE 1851.

(RECUERDO, Á KOSSUTH.)

— Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
 Qué camino.

— Á Francia voy emigrado,
Y dejo mi suelo amado
Con lágrimas de pesar,
Porque en él, buen caballero,
Sólo hay esclavos que gimen,
 Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

— Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
 Qué camino.

— El de Italia, y la inconstancia
Dejo por siempre de Francia,
Donde arde sordo volcan;
Porque en ella, caballero,
Ya asoma la tiranía,
 Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

— Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
 Qué camino.

— Por seguir el de Inglaterra
Dejo la italiana tierra

Y su campiña feraz ;
Porque en ella, caballero,
La Inquisicion asesina,
 Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

—Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
 Qué camino.
—El de América lejano,
Y dejo el suelo britano
Para no volver quizás :
Que aunque es libre, caballero,
Su pueblo de hambre fallece,
 Y yo quiero
Más libertad, más libertad.

—Peregrino, peregrino,
Dime qué camino llevas,
 Qué camino.
—Si el buque va viento en popa,
Hoy pierdo de vista á Europa,
Y pronto iré á respirar
Los puros aires serenos
Que Washington respiraba ;
 Allí al ménos
Hay libertad, hay libertad.

FRAY LUIS DE LEON.*

AL EXCMO. SR. D. SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

I.

Montados en sendas mulas,
No muchos pasos distantes
De un ventorrillo metido
Entre rocas y pinares
Del áspero Guadarrama,
Caminaban una tarde
Cuando el sol su frente hundia
Tras las sierras desiguales,
Dos hidalgos de buen porte;
Que, más y más acercándose
Por diferentes veredas,
Poco despues de apearse
Y dar á sus escuderos
De las bestias los ramales,
Del ventorrillo á la entrada
Así cortéses departen:
— Guárdeos Dios (dice el más mozo),
Señor capitán Bernáldez.
— Y á vos también (el soldado
Le responde); pero ¡ calle!...
¿ No estoy viendo á don Luis Ponce
De Leon?... Los brazos dadme.
¡ Qué galán, y qué gallardo!
¡ Es ya un hombre, voto á sanes!
— Acorte, que aún voy camino

De catorce navidades.

—¿Venís de Madrid?

—Sí, vengo;

¿Y vos?

—Iré, Dios mediante.

Un mi deudo me disputa

Ciertas viñas y olivares

Que tengo allá en vuestro pueblo.

—¿En Belmonte?

—Colindantes

Con la hacienda vinculada

Del licenciado Fernandez.

—En la Mancha no hay terreno

Que con ella se compare.

Buenas serán esas viñas

Y olivos!

—Si vuestro padre

Don Lope, como letrado,

Quiere en el pleito ayudarme,

No dudo que al deudo mio

La demanda he de ganalle.

—Cuánto mi padre os estime

No hay para que yo me canse

En deciroslo; id á casa,

En ella habreis hospedaje

Y la honrará tal persona.

—Harélo así, para honrarme.

¿Y doña Inés de Valera?

—Con mi ausencia, inconsolable.

—¿Tan larga ha de ser?

—No es eso;

Es ausencia, y es bastante

El serlo, para que sufra

Madre tal como mi madre.

—¿Vais léjos?

— Á Salamanca.

— Adivino lo restante.
Gustaros han, por mi vida,
Las Escuelas, el paisaje
Del Zurguén, fresco y florido;
El Otéa, que á la márgen
Se sienta del Tórmes claro
Porque sus álamos bañe;
La catedral, cuyas torres
Se pierden en el celaje;
La plaza, que es maravilla;
Los templos innumerables
Que de la ciudad ilustre
Son gloria, y honor del arte.
Tambien yo arrastré bayetas
En Salamanca, años hace;
Gasté mucho, estudié poco,
Rondé esquinas, dancé en bailes,
Pedí la sopa, y la tuna
Corrí por varios lugares.
Mas arrepentíme luego;
Dejé á Minerva por Marte,
Y aquí me teneis alegre,
Sino muy medrado, ni ágil.
— Á mí (con perdon sea dicho,
Señor capitan), me place
Un no rompido silencio,
Más que la voz del combate;
Más la pluma que la espada;
El sosiego deleitable
Del estudio, más que el ronco
Són temeroso del parche;
Y oír como á Dios bendicen
Con sus gorjeos las aves;
Las selvas, con el murmullo

De su frondoso ramaje ;
Con sus aromas las flores ;
Las fuentes, con sus cristales ;
Y, en fin, más precio á la verde
Sombra de tilos y sauces ,
Una escondida cabaña
Lejana de las ciudades ,
Donde vivir , ni envidioso
Ni envidiado , que de jaspe
Y oro , con ánima inquieta ,
Habitar mansiones reales.—

En esto cerró la noche ,
Y como ya refrescase ,
Entró en la venta el mancebo
Tras el capitan Bernáldez.

II.

Don Luis Ponce deja el mundo
Por la celda ; el estudiante
Los manteos abandona
Por la cogulla de fraile ;
Y el convento de Agustinos
Le abrió sus puertas sonantes ,
Como el hidrónico avaro
Al oro sus arcas abre.
Allí, la frente inclinada
Sobre el abismo insondable
De la ciencia, al cielo pide
En sus vigiliás tenaces ,
Para revelarla al siglo ,
Que su espíritu inspirase.
El cielo inflama su frente ,
Y de elocuencia admirable
En las célebres Escuelas

Brota su labio raudales ;
Ya del Águila de Aquino
Intérprete siendo fácil ,
Ya de la Biblia explicando
Las páginas inmortales.
Y entónces tambien, entónces ,
Pidiendo tonos suaves
Al de la patria dulcísimo ,
Tierno, amoroso lenguaje ,
Y su candor al idilio ,
Y su pureza al *romance* ,
Al de Castilla trasladada
El Cantar de los Cantares.
Y entónces fué cuando el ódio ,
Cuando la envidia cobarde ,
Cuando la negra calumnia
De misteriosos rivales ,
Á la Inquisicion le arrastran ,
Cerrando tras él la cárcel...
¡Porque á la Fe es peligroso
El Cantar de los Cantares!

III.

¡Aprisa, aprisa, verdugos :
Aprisa, canalla infame ;
Ciegos y airados ministros
De ese Tribunal salvaje ,
Que, usurpando á Dios su nombre ,
Alza al fanatismo altares ,
Y es vergüenza de mi patria
Y horror al siglo más grande !
Preparad para las víctimas
Gárfios, potros y dogales ,
Calabozos bajo tierra ,

Quemaderos en las calles.
No haya frente sin coraza,
Sambenito que no cuadre
Á la cándida doncella,
Al anciano vacilante,
Á los niños y á los mozos,
Al mendigo y al magnate.
Y el rojo vapor siniestro
De los inflamados haces,
Ilumine el cuadro horrible
De esos festines de sangre.
Clamará la vil materia,
Gemirá la débil carne
Como velo que se rasga,
Como roto vaso frágil;
Pero la llama divina,
El espíritu impalpable,
Libre, altivo, inteligente...
Ese... no podreis ahogarle!
Por eso, mientras vosotros
De cerrojos y de llaves,
De sayones y de muros
Cercais al sabio, y de ultrajes,
Asciende su alma sublime
Por la soledad del aire,
Y en hondas de luz se baña,
Y ve coronada de ángeles
La *Virgen del sol vestida*,
Sobre ese piélagos en que arden
Esas lámparas eternas,
Esos mil mundos flotantes
Que llueven amor y vida
En rocío inagotable.
Y pulsando el arpa de oro,
Al blando arrullo del éxtasis,

Canta *la vida del cielo*;
Del hombre los tristes ayes
Cuando *deja el Pastor Santo*
Este hondo y oscuro valle;
La paz del campo, y la *Noche*
Serena, sin anublarse
La austeridad apacible,
Tranquila, de su semblante;
Sin que le arranque un suspiro
La amargura de su cáliz.

IV.

Ya fray Luis libre respira,
Ya del calabozo sale,
Y á Valladolid dejando
À Salamanca se parte;
Que la Aténas española
Le abrió sus brazos, y él sabe
Que ha de recibirle en ellos
Como cariñosa madre.
En las torres las campanas
Zumban sueltas, locas tañen,
Y cohetes veloces suben
Serpenteando al inflamarse.
Romero, salvia y tomillo
Por las Escuelas esparcen;
Cuelgan los arcos, y cuelgan
Las cátedras venerables
De tapices con historias
Qué ricos tesoros valen.
El pueblo, como torrente,
La Universidad invade;
Ver quiere al varon insigne,
Verle quiere y escucharle.

Visten de fiesta las damas,
De fiesta van los galanes;
Y cual bandadas de cuervos
(Muchos roto el negro traje)
Donde quiera que se mire,
Allí se ven escolares
De la nobleza más rancia
Y del más pobre linaje,
Apiñados y revueltos
Los de España naturales
Con flamencos é irlandeses,
Italianos y alemanes.
Que el manteo y la sotana,
Uniendo las voluntades,
Como justo nivel miden
Por igual pueblos y clases.
—¡ *Vitor!* ¡ *Vitor!* — de repente
Grita con voz formidable
Un estudianton; y — ¡ *Vitor!* —
Claman todos agitándose,
Viendo pasar los doctores
Precedidos de timbales,
Y á fray Luis llevando en medio
Para mejor obsequiarle.
Quién se pone de puntillas;
Quién, acémila ó bagaje,
Aguanta con mansedumbre
Que encima se le encarama
Un amigo, que bien pesa
(Sin la amistad) dos quintales.
De las columnas del patio
Pugnan otros por colgarse,
Como vivientes racimos
De aquellos pardos sillares.
Y no falta quien del pozo

El ancho brocal asalte,
 Ó sobre su arco de hierro
 Serenamente cabalgue ;
 Ni dueñas murmuradoras,
 Ni vejetes que regañen,
 Ni revoltosos que rian,
 Ni, en fin, bedeles que rabien.
 Y ántes que fray Luis principie
 Su discurso, con formales
 Palabras, así disputan,
 Y con gestos y ademanes,
 Lo que á la leccion del día
 Tema dará interesante,
 Un gramático, una vieja
 Más afilada que un naipe,
 Un bachiller en Derecho
 Y un matriculado en Artes.
 — ¡Niegan ucés que le han dado
 Tortura?

— ¡Prudencia, *máter!*

— Miré que de allá la atisban
 Aquellos dos familiares.

— Yo sé lo cierto del caso.

— Diga el bachiller Ugarte.

— Cinco años ha padecido
 En un calabozo.

— ¡Cafres!

— Y aunque el tormento votaron,

Y de algunas disonantes

Palabras de sus escritos

Retractacion, por remate

Fallaron que suprimiera

El Cantar de los Cantares.

— Los dominicos le quieren
 Mal.

— ¡Si no pueden tragarle!

— Y los jerónimos *idem*,

Por ciertas rivalidades...

— Es verdad.

— *Concedo.*

Veritas

Est, nēmīne discrepante.

— Delatáronle de hereje,

De luterano, de...

— ¡*Sátis!*

— ¡Hereje fray Luis!... La tierra

A los delatores trague;

Malas víboras los piquen,

Malas ruedas los devanen.

— Que me oleis á chamusquina.

— Pero, á fe, que fray Luis hable

Y confunda á los perversos

Que son causa de sus males.

— Harálo así.

— Dios le ayude.

— ¡*In te, Dómine, speravi!*

— Ya vereis cómo les pone.

— Venablos va á enderezarles.

— ¡Qué será, cuando la historia

De su proceso relate!

— Que van á llorar las piedras,

Que contará iniquidades.

— Linda dueña, hablad más bajo.

— ¡Quién pudiera deslizarse

Como una anguila, allá dentro!

— ¡*Beatus vir* el que se entrase!—

Fray Luis, en tanto, en su cátedra,

Abierto un libro delante,

Esperando está que la hora

Marcada el reloj señale.

Y cuando cree el auditorio
Que su lengua se desate,
Y contra sus enemigos
Rayos fulmine implacable ;
De la primer campanada
Á las vibraciones graves,
Asi la leccion comienza
Y asi la fama lo aplaude:
— *Como ayer iba diciendo...*—
Y en pos de esta breve frase
(Que en su sencillez revela
Toda una historia de mártir)
Su elocuencia, eco del cielo,
Rica, armoniosa, elegante,
Corre como manso rio,
Sin que su pureza empañe
De las humanas pasiones,
Copiándose en él, la imágen.

Al acabar el discurso,
Abrazos recibe y plácemes
El que es en sabiduría,
En genio y virtud gigante.
Las campanas en las torres
Nuevamente locas tañen,
Y cohetes veloces suben
Serpenteando al inflamarse ;
Mientras tornan los doctores
Precedidos de timbales,
Llevando á fray Luis en medio
Para mejor obsequiarle.

V.

Hoy de fray Luis las cenizas
En la insigne Escuela yacen,

Como reliquias amadas,
Como sagrados penates
De esa ciudad que, aunque llora
Su grandeza al derrumbarse,
Entre gemidos del Tórmes
Y lamentos funerales
De altas sombras que á la luna
Vagan por sus soledades ;
Tiene en sus bosques laureles,
Tiene en sus canteras mármoles
Para eternizar sus glorias,
Y poetas que las canten.

1857.

Á COLON

CON MOTIVO DEL MONUMENTO ERIGIDO Á SU MEMORIA EN
LA PROVINCIA DE SALAMANCA.*

No ha muerto la que ha sido
Noble rival de Aténas y de Roma ;
El tiempo, airado, con fragor desploma
Del águila arrogante el viejo nido,
Mas en su corazon suena un latido.
¡Tristes sepulcros ! ¡Soledades frias
Por donde el eco de sus glorias vaga
Y el eco de pasadas alegrías!...
¡ Vedla, sí, vedla hermosa levantarse

Cual si oyese el conjuro de una maga,
Á los altos recuerdos de otros dias!
¡Oh sombra de Colon! hoy te saluda
La sombra de este pueblo, y hoy gozoso
De sus lauros insignes se desnuda
Para ceñir tu frente de coloso!

Errante peregrino,
Con la esperanza muerta
De vencer el rigor de su destino,
Llamó de puerta en puerta
El que, rasgando el velo
Del espacio infinito, robó al cielo
Un rayo de su luz, el rayo mismo
Con que bajó al abismo
Donde la ciencia esclava
En las tinieblas del error estaba.

Las córtes corrió en vano;
Al magnate opulento y al villano
Lástima fué y desprecio ese gigante
Que á domar con su genio iba las olas
Del borrascoso Atlante,
Para su intento audaz llevando solas
Tres pobres carabelas españolas.

¡Cuántas veces oiria, en el profundo
Silencio de la noche, pensativo,
La misteriosa voz del Nuevo Mundo!
¡Cuántas el gran concierto de los mares
Y los inmensos bosques seculares
De soñadas, magnificas regiones,
Que del resto del mundo primitivo
Separaron terribles convulsiones
Ó del diluvio universal, acaso,
La catástrofe horrenda,
Que anegó todo imperio y toda senda!

¡Cuántas! ¡ay! cruzaria por su mente

La imágen de la América inocente,
De resplandor y flores coronada,
Bella en su desnudez no profanada,
Como la antigua Eva,
Que, unida en tierno lazo al bien que adora,
Vió de la creacion lucir la aurora!

¡Acerbo desengaño

Que sólo un alma superior resiste!

¡Esperar y esperar, año tras año,

Ya sereno, ya triste,

Y nunca ver cumplida

La esperanza, alimento de su vida!

«¿Dónde (con muda voz y lastimera

» Se dijo quizás) dónde

» El levantado espíritu se esconde

» De la nacion ibera,

» Formidable barrera

» Al torrente del África, espantoso,

» Que á Europa convertir, sin ella, pudo

» En mar de sangre y páramo desnudo?

« Gran paladin de Cristo,

» ¿Arrojará la espada centellante

» Que á sus rayos arder el sol ha visto

» En siete siglos de luchar constante,

» El valeroso pueblo castellano,

» Sin abatir el muro

» (Del miedo y la ignorancia aborto oscuro)

» Que al viejo continente, cual tirano

» Separa del antípoda lejano,

» Y del orbe al extremo

» Llevar de la Cruz santa el bien supremo?»

¡No, mil veces!... Un dia,

Juguete de la saña

De la fortuna impia,

El que á los sabios consultar queria,

La ciudad visitó que el Tórmes baña,
Foco de luz, sibila que revela
El humano saber desde su Escuela,
Y al siglo, en sus oráculos, da leyes
Que respetan los pueblos y los reyes.
El inspirado habló; y eco sublime
Su acento despertó en los corazones
De generosos inclitos varones;
Que, de su fe testigos,
Y á influjo de su mágica elocuencia,
Valedores y amigos
Halló en el templo augusto de la ciencia;
Palabras de dulzura
En su largo camino de amargura.
Y si la historia, un tiempo, y labio torpe
Del vulgo la calumnia pregonaron
Y en mancillar su nombre persevera
Con infame borron pluma extranjera,
Las nubes del error ya se ahuyentaron,
Ya la verdad proscrita
Restaura su memoria,
Y al universo grita:
«¡ Miente esa tradicion, miente esa historia! »
¡ Honor eterno á tí, ciudad amada!
¡ Honor al que, en sencillo monumento,
La colina sagrada
Corona, donde aliento
Y hogar hospitalario
Recibió el peregrino,
Cansado de llamar de puerta en puerta,
Con la esperanza muerta
De vencer el rigor de su destino!
¡ Honor á tí, Castilla,
Aventurera hidalga y labradora,
Que en apartados climas vencedora

Sembraste la semilla
Del Evangelio Santo,
Regada con tu llanto
Y con sangre regada de tus venas!
¡Tú los anales llenas
Del globo, noble raza y escogida!
¡Tú, pobre y abatida,
Por sacudir el yugo que te oprime
Derramaste la copa
De tu ira amarga y tu dolor sublime
Sobre el moderno semidios de Europa!
El Atlas cavernoso
Aún tiembla, en sus breñales viendo ocultos
Los huesos insepultos
De aquellos que, sin tregua ni reposo,
Ayer en hueste fiera
Á rescatar salieron la bandera
Que, á tu honor sin mancilla haciendo ultraje,
Hollado habia el marroquí salvaje.
¡Quién sabe si ese mundo inexplorado
Que duerme en las arenas del desierto
Como cadáver yerto,
Á la vida por tí será llamado!
¡Quién sabe si, en tí fijos
Los ojos con espanto, ya recela
Que alguno de tus hijos
(Nuevo y audaz Colon), salve el Estrecho
En alas del vapor; que raudo vuela,
Y el testamento cumpla de Isabela!

Mayo de 1866.

Á LA HIJA DE UN NEGRERO.

I.

Antes que mi voz cansada
El postrer cántico entone,
He de llamar á la puerta
Que á un corazon corresponde.
Hija de negrero, el tuyo
No es un corazon de bronce;
En él hay ecos dormidos,
Mas no á lo santo y lo noble.
Eres mujer, y eso basta
Para que, al llamarlos, broten
Como raudal entre peñas
Que el hierro sacude y rompe.
Los padres que el sér te dieron
Y en tí su ventura ponen,
Oigan de tí las palabras
Que, en tí pensando, inspiróme
Mi deber de cristiano
Con mi alma de hombre.

II.

En la cuna, cuando niña,
Cariñosas y leales
Tu dulce sueño arrullaban
Las negras con sus cantares.
¡Ay! aquellas infelices
Eran hijas ó eran madres,

Compradas por mercaderes
De alma dura y miserable.
Si á tí te compraran otros
En otro mercado infame,
Con los tuyos arrancada
Al suelo que tanto amaste;
¡ Con qué derecho diría
El que hoy de ti su Dios hace :
« Devolvédmela, crueles,
» Tened compasion de un padre,
» No hay dolor como el mio
» No lo hay más grande! »

III.

Reina tú de los salones,
Porque en ellos mejor reines
À tus gracias naturales
El lujo uniste de Oriente.
Envuelta en gasas y tules
Como el sol en nubes ténues,
Si los galanes te adoran
Envidiante las mujeres.
Así el rumor del aplauso
Y la lisonja adormecen
Las virtudes que en tu pecho
Buscaban su propio albergue.
Y en tanto, desvanecida,
Mal puedes pensar, mal puedes,
Que á tus esclavos, no sólo
Goces y opulencia debes,
Sino hasta el pan que comes
Y el agua que bebes.

IV.

Quizás tendida en hamaca
De suaves plumas y seda,
Bajo pabellon que brinda
Con luz tibia y sombra fresca,
Miraste de los esclavos
La dura labor eterna,
Que, al rojo sol de los trópicos,
Postra su espíritu y fuerzas.
Gotas de sudor fecundo
Brillaban en su tez negra,
Y el látigo abrió la fuente
Que sus lágrimas encierra.
Cuando mires al espejo
De hoy más las joyas que ostentas,
Si el espejo no lo dice
Digatelo la conciencia :
« Tus diamantes son lágrimas,
» Sudor tus perlas.»

V.

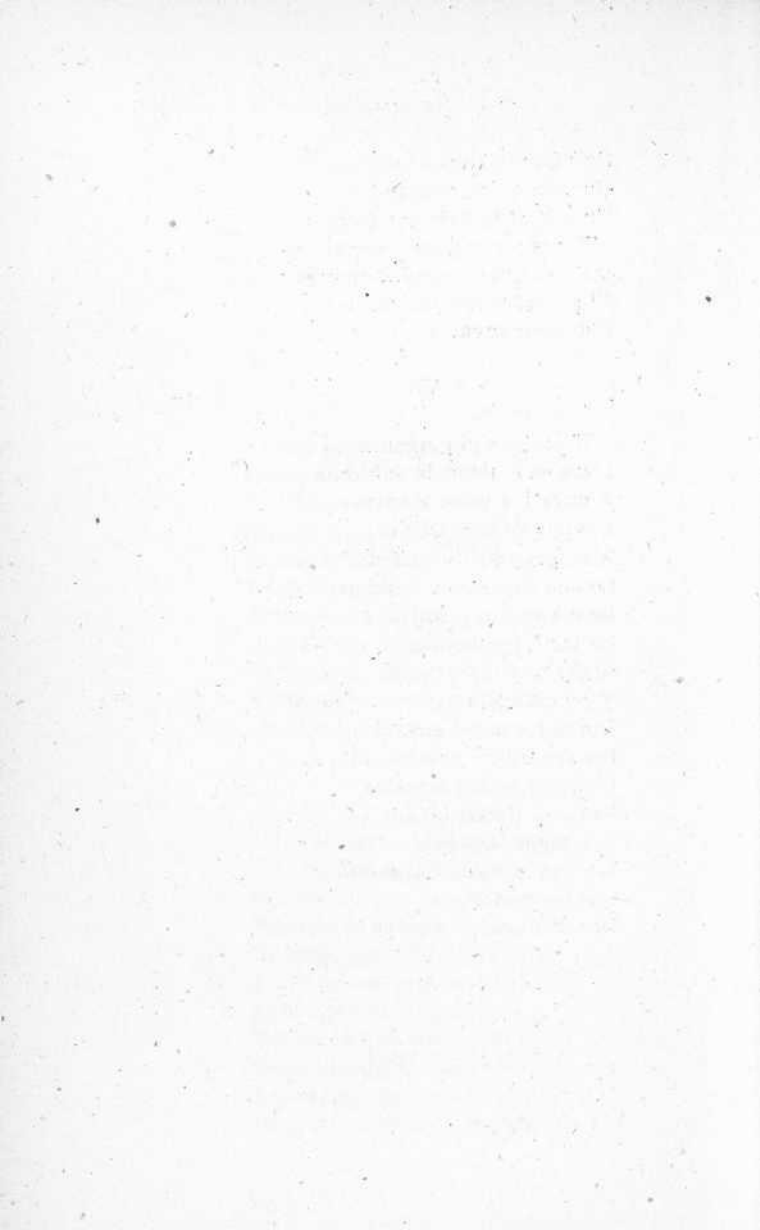
Del esclavo es negro el rostro,
Y al blanco da la blancura
El color en que su raza
Timbres de nobleza funda.
El alma, por sí incolora,
Ya se aclara, ya se nubla,
Al compás de las acciones
Del sér en que vive oculta.
Sobre el esclavo descarga
Rayos de cólera injusta;
Paga su amor con desprecios;

Su triste orfandad insulta,
Cuando sufre, cuando llora,
Cuando el trabajo le abruma ;
¡El color de vuestras almas
Quieres que te diga?... escucha :
El alma tuya es negra,
Blanca la suya.

VI.

El siglo, siglo gigante,
Lleva en la mano la antorcha
À cuya luz vense de otros
Las iniquidades todas.
À su gran voz, se derrumba
Lo que oscurece y deshonra
De las edades pasadas
La tarea portentosa.
Imperios y monarquías,
Y repúblicas arrojan
Las cadenas del esclavo
Por siempre al abismo rotas.
Para que no las arrastre
Nadie en tierras españolas
¡Oh mujer! los tuyos libra,
Y á tus laureles de hermosa
Une los inmortales
De redentora.

Abril de 1872.



CANTARES.

LIBRO CUARTO.

0711110

1942

CANTARES.

PRÓLOGO

DE LAS DOS PRIMERAS EDICIONES.

En España no existe propiedad literaria: hay una ley en que se consigna; pero ¿cómo?... poniendo límites arbitrarios é inícuos al derecho, y autorizando con su fuerza y solemne consagración el despojo de los escritores por la sociedad, trascurrido el término en la tal *ley* marcado. No hay comunismo de peor género. La Sierra-Morena de la literatura, nada tiene que envidiar á la antigua Sierra-Morena de Andalucía. Diríase que al galantear el escritor á la sociedad, apurando para conquistarla cuantos recursos le inspira su ingenio, ella ¡la egoísta! le ha respondido:

Si quieres que yo te quiera,
Ha de ser con condicion
Que lo tuyo ha de ser mio,
Y lo mio tuyo no.

Todo el mundo es dueño de poseer lo que le pertenece, y poseerlo (si gusta) á perpetuidad, por sí ó por sus legítimos sucesores; el único desheredado, es el escritor. En vida, le desnuda cualquiera; á poco de morir, sus obras pasan al dominio público, sin duda por razones de... gloria nacional. ¡Qué sarcasmo! Esta disposición de la ley es, sin embargo, lógica: en España la literatura es un Calvario; la cruz de cada mártir debe tener su *Inri* correspondiente.

¡Y si al fin, mala y todo como es la ley, se observase en lo poquísimo que de bueno tiene!... Pero los hechos acreditan lo contrario; y la culpa de esto no consiste en los encargados de aplicarla, sino en los que más debíamos cuidar de su observancia, en los escritores, que abandonamos nuestros intereses á todo el que se le antoja aprovecharse de ellos; cosa que no se hará en adelante, si la prensa clama contra el abuso que entrego á su reprobacion, y la sociedad de autores se organiza, para que la literatura principie aquí á ser algo más que un oficio menudo.

Cantares míos, insertos en *La América*, en el *Museo Universal* y otros periódicos literarios, á los cuales, juntamente con todos los políticos de esta córte, han debido cierto favor y popularidad (y cuya benevolencia nunca podré agradecer

bastante), los he visto, al cabo de algun tiempo de su primera publicacion, reproducidos á menudo con absurdas variantes, sin que nadie se acordara ya de citar mi nombre, ni las fuentes de donde los habian tomado.

La historia de estos hechos es, en resúmen, la que sigue:

Publicados los Cantares en Madrid, con mi firma al pié, iban á las provincias; allí se les echaba la tijera, insertábanse anónimos, y volvian á esta capital, en donde viéndolos, al parecer, huérfanos de padre, eran depositados en el torno de la gacetilla, esperando quizás que el autor de los expósitos los reclamara y los reconociera, sin avergönzarse.

Pero en la *exposicion*, no muy lejana, de los últimos, en número de nueve, se llegó al extremo de ponerles este epigrafe: *Hé aquí unos cantos populares, que son indudablemente un poema de amor*. Al leer yo las palabras que anteceden, faltóme la paciencia, y anuncié por medio de un comunicado, que me hallaba dispuesto á usar de mi derecho ante los tribunales contra el que en lo sucesivo publicase composiciones mias sin mi consentimiento. Es de advertir, que ántes se habia cometido ya la insolencia de hacer una cosa parecida con un artículo mio de

Noche-Buena, el cual ví dedicado á un señor J.

Hé ahí, pues, algunas de las causas de apresurarme á dar á luz la presente edicion, sin tiempo siquiera para concluir un estudio que habia principiado sobre los Cantares, con observaciones acerca de lo que para el objeto debe entenderse por pueblo, que es, ni más ni ménos, lo que entendia el Sabio rey de las *Querellas* (PARTIDA II, Tit. X, LEY 4.^a); es decir, «*el ayuntamiento de todos los omes comunalmente, de los mayores, é de los medianos, é de los menores;*» y sobre lo que se entiende, por una lamentable preocupacion: «*cuydan algunos quel pueblo es llamado la gente menuda, assi como menestrales é labradores. E esto no es así...*» ¡Y tanto como es *así*, en concepto de muchas personas, las cuales consideran á la colectividad de gente rústica, ignorante, inculta, al vulgo, en fin, no al pueblo, sin otra razon que *porque sí*, como autor de poemas delicadísimos del género de que se trata (uno de los más difíciles) y á quien se convierte en taumaturgo, colgándole milagros estupendos, de que el pobre se halla bien inocente!

Afirmar esto del vulgo, y no sólo afirmarlo, sino suponer que es superior al poeta, ni en cantares, ni en obra literaria alguna, equivale á suponer que

el pintor de brocha gorda eclipsa á Gisbert, que un parroquiano de taberna compone música de seguidillas más bella que Barbieri, y que Perico el Ciego las canta de un modo que dice á Salas: ¡*Vaya usted á la escuela!* Podrá el vulgo producir *alguna vez* (y es mucho concederle) cantares de mérito innegable; pero una golondrina no hace verano. El flautista de la fábula *sonó* también el instrumento que le hizo considerarse como una notabilidad. No olviden los que presumen que es posible cantar bien sin meditacion ni estudios de ninguna clase, como los pájaros, que no todos los pájaros son ruiseñores, que entre ellos hay gansos, buhos, grajos y fastidiosos gorriones. ¡Dios ponga tiento en la mano de los que se dediquen á la pesca de perlas vulgares, pues si mereciera archivarse todo el inmenso fárrago que contienen las colecciones publicadas desde la de Don Preciso acá (1), y el que existe aún por coleccionar, el Parnaso español agradecería en el alma al Sr. Mollinedo que estableciese

(1) Imprimiése en Madrid la coleccion de Don Preciso por D. Francisco de Laparte, el año de 1815 (segun mis noticias); es decir, hace medio siglo. Conozco y poseo, además de ésta, otra dada á luz en Barcelona (1825) por la viuda de don Agustin Roca. Estos hechos responden victoriosamente á la acusacion de abandono que sobre el particular se atribuye en otras más recientes, y con demasiada ligereza, á los españoles; cuando acaso hayan sido los que han dado ejemplo á otras naciones en esta clase de trabajos. Lo que digo de los cantares, puede aplicarse también á los cuentos, anécdotas, consejas, etc.

en él, por de pronto, una docena de *docks* para almacenarlos cuidadosamente! ¡Imposible parece que personas provistas de una buena ración de nariz literaria hayan podido aspirar, como si fuese delicado perfume de rosas, el olor de ciertas flores vulgares, y aún recomendarlas á la nariz del público! Pero vamos al caso.

Los Cantares que este libro encierra, han sido creados al calor de mi corazón y á la luz de mi alma, y responden, como ecos de diversas épocas y circunstancias de mi vida, en sus manifestaciones externas, á la voz profunda del sentimiento y del espíritu, que yo, igualmente que cada hombre, escucho dentro de mí mismo. Lágrimas, suspiros, deseos, ironías, ayes, sollozos, gritos, esperanzas, recuerdos, sarcasmos, amarguras, consuelos, gemidos... todas las notas sueltas y fugitivas del misterioso concierto del mundo interior, fuentes de estos poemas en miniatura, se pierden si el poeta no las aprisiona en su vuelo y las realiza en el arte y por medio del arte. Esta facultad, este don, este poder, es lo que distingue del vulgo al poeta: el vulgo siente mucho y siente bien, pero expresa mal; y expresa mal, porque carece de arte; y carecer de arte en un género de poesía altamente artístico, como los Cantares, en los que el buen gusto,

la novedad, la concision, la agudeza, la sencillez, lo natural y espontáneo del estilo, lo correcto de las líneas y la sobriedad, rarísima por cierto, en el uso de los adjetivos, son tan esenciales como el sentimiento y la idea, es verse imposibilitado para producir composiciones dignas de aprecio. ¡Júzguese por lo dicho, lo difícil de la empresa!

Las capas inferiores de la sociedad no se hallan expuestas á tan frecuentes alteraciones como las de la superficie: el trabajo del tiempo, auxiliado por circunstancias distintas, es más lento en las primeras que en las segundas; así pues, el poeta que desee imprimir á sus obras carácter nacional, debe descender del pueblo al vulgo, asimilársele, identificarse hasta cierto punto con él, hacer un estudio serio y constante de su manera de sentir, de pensar y de expresarse; y sometiendo al crisol del arte sus palabras, sus giros, sus locuciones, sus refranes, sus idiotismos, el oro, en fin, de su habla llena de impurezas, extraer los materiales que han de servirle para modelar su creación estética, sus cantares (puesto que de cantares hablo); procurando también conservar en ella, hasta donde sea posible y conveniente, el olor, el color y el sabor (si vale decirlo así) castizos, auténticos, genuinos y permanentes de las obras del vulgo, las

cuales, bajo este aspecto miradas, tienen un valor intrínseco positivo.

Pero voy dejando correr la pluma, y no es mi objeto extenderme hoy sobre lo que acerca del particular me ocurre.

Lo que hoy me importa consignar, y lo hago con dolor, es que si pude sufrir años enteros, sin quejarme, los incalificables atentados cometidos contra los intereses materiales que la propiedad de mi trabajo representa, ni debo, ni puedo tolerar ataques á un interes más alto, más sagrado: los ataques á mi conciencia, á mi probidad literaria; pues no significa otra cosa lo que, de buena fe sin duda, se ha hecho al poner á la cabeza de los nueve cantares á que aludo las palabras que arriba cito, guillotinando ántes mi nombre con la tijera periódica.

Dos palabras para concluir.

Noticioso yo de que las personas mencionadas á continuacion dispensaban á varias obras mias el honor de trasladarlas á su idioma, les pedí que me permitiesen incluir en este libro las que más relaciones tienen con él, así para favorecer mi nombre con la buena compañía del suyo, como para que fuesen conocidos tan estimables trabajos. Circunstancias que no hace al caso referir, me privan del gusto de publicar en esta edicion las

versiones inglesa y francesa, con que me brindan personas ilustradas; pero lo verificaré en otra.

Los Cantares llevan en la traducción el mismo número que en el original.

La traducción gallega se debe á la señora doña Rosalía Castro de Murguía, quien, con sus célebres glosas de Cantares de su país, se ha colocado entre los más esclarecidos poetas contemporáneos.

También es suya la de *Ruinas* (1).

La italiana, la ha hecho el señor Gottardo Al-dighieri, primer barítono absoluto del teatro Real de esta corte, cuyo nombre de artista, conquistado en los principales de Europa, recibe nueva sancion con los aplausos de nuestro público. Ha escrito, entre otras obras de mérito, una titulada *Conforto e lacrime*, que le acredita por sí sola de poeta notable, según la opinion de personas competentes que la conocen, y en la actualidad se ocupa en tomar apuntes para una histórica que dedica á los jóvenes de Verona, su país natal. Llevado del cariño que el nuestro le inspira, estudia nuestra lengua, deseoso de conocer á fondo la literatura española. Espronceda y Zorrilla, entre

(1) Título de una de las composiciones que figuraban en mi libro *Armonías y Cantares*, y que tendrá cabida en el tomo segundo de la Colección completa de mis obras.

los modernos, tienen en él un admirador sincero; y el que escribe estos desaliñados renglones sabe que le distingue actualmente con la traducción de sus *Elegias*.

La de *Los Nidos* (1) también es del señor Al-dighieri.

La portuguesa es obra del ilustre escritor lusitano Claudio de Chaby, capitán de caballería en el ejército del vecino reino, y ayudante del actual ministro de la Guerra, Sa-da-Bandeira. Dos libros de milicia ha publicado, un volumen de poesías líricas, y traducciones de varias españolas del género dramático, principalmente de Breton de los Herreros, representadas con aplauso en el teatro de doña María II, de Lisboa. En 1864 vino á España, comisionado por el Gobierno de Portugal, á recorrer nuestros archivos y bibliotecas y tomar datos para escribir la Historia de la guerra peninsular con la República francesa, en los años de 1793 y 95, habiendo ya aparecido el primer tomo, grandemente apreciado por diversas corporaciones literarias, y en el cual se hace justicia á España y á su ejército con un interés y un cariño que rara vez tenemos el gusto de observar en escritores extranjeros, cuando de nuestras cosas tratan. El señor Chaby no ha recibido de España

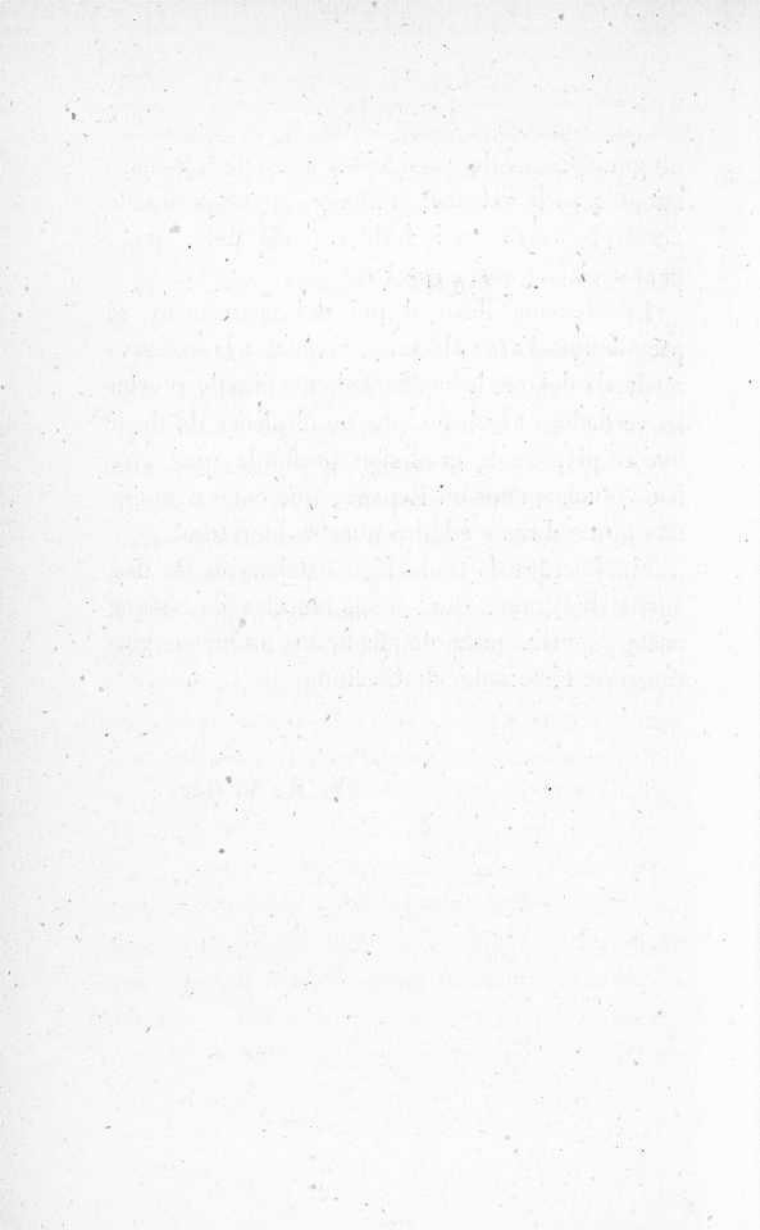
(1) Otra Armonía.

ninguna prueba de consideracion, ni de agradecimiento: no lo extrañe; si hubiera dicho pestes de nosotros, quizás se le hubiera dado una cruz... para crucificarnos.

La alemana lleva al pié del manuscrito el pseudónimo FRANZ HEINRICH STEINLEM: la excesiva modestia del que lo ha adoptado me impide revelar su verdadero nombre; mas no el placer de decir que es persona de erudicion profunda, que vive hace muchos años en España, que conoce nuestras costumbres y admira nuestra literatura.

Finalmente, la traduccion catalana es de don Víctor Balaguer, que, á sus laureles de insigne poeta popular, acaba de añadir los no ménos gloriosos de historiador de Cataluña.

V. R. AGÜILERA.



CANTARES.

PRELUDIO.

Mi corazón solitario
Es un nido de cantares ;
En él duermen y en él viven
Como en su nido las aves :

Cuando el dolor los despierte,
Ó cuando el placer los llame,
Llenarán de alegres ecos
Ó de tristeza los aires.

I.

La guitarra que yo toco
Siente como una persona :
Unas veces, canta y rie,
Otras veces, gime y llora.

II.

Tu pálido rostro, niña,
Es como noche de luna,
Y la mata de tu pelo
De color de noche oscura.

III.

Cuando orillita del río
Tus piés de azucena lavas,
Tiembla de amor la corriente,
Suspira el viento en las ramas.

IV.

Los clavos que en piés y manos
Le pusieron al Señor,
Clavados su pobre Madre
Los tiene en el corazon.

V.

Es el amor tuyo
Nube pasajera ;
Vino con un viento,
Y otro se lo lleva.

VI.

Parte, corazon, volando,
Y pregúntala si hay sitio
En su corazon de roca
Para hacer en él un nido.

VII.

Tus ojos copían el dia :
Entornados... amanece ;
¿ Los abres?... el sol deslumbra ;
¿ Los cierras?... la noche viene.

VIII.

Dijo en la cumbre mi orgullo :
« Pocos han llegado aquí : »
En esto pasó volando
Un insecto sobre mí.

IX.

Mucho te guarda tu madre,
Pues rejas cierra y balcones :
¿ Como si entrase por ellos
Amor en los corazones !

X.

¿ Qué yerba ! ¿ Qué luz ! ¿ Qué fuente !
¿ Qué canto de ruiseñor !...
¿ Qué sitio, morena mía,
Para merendar los dos !

XI.

Hay un señor en mi tierra,
Un señor tan importante,
Que siempre está en candelero...
Se llama... *el señor don Nadie.*

XII.

El sol regaló á la Virgen
El manto de luz que lleva;
La noche, por no ser ménos,
Una corona de estrellas.

XIII.

El mundo me dió un libro;
Yo soy tan lerdo,
Que cuanto más lo estudio
Ménos lo entiendo.

XIV.

Sin flores ha nacido
La primavera,
Y pide una limosna
De puerta en puerta;
Dale tú, niña,
Un puñado de flores
De tus mejillas.

XV.

El santurron de abajo
Se está muriendo:
¡Qué hacecito de leña
Para el infierno!

XVI.

Al que tiene dinero
Todos le adulan;
Pero viéndole pobre
Nadie le busca:
Tal vez se dicen:

— « Lámpara sin aceite

¿Para qué sirve?»

XVII.

Anda, vé y dile á tu madre
Si me desprecia por pobre,
Que el mundo da muchas vueltas,
Que ayer se cayó una torre.

XVIII.

Á un hombre que no te quiera,
(Porque aprendas á sufrir)
¡Ojalá le quisieras tanto
Como yo te quise á tí!

XIX.

Donde jurabas amarme
Ya pueden, falsa, poner:
*«Aquí mataron á un hombre;
» Al cielo rogad por él.»*

XX.

Una trenza tengo suya
Que no miro sin temblar,
Pues para un desengañado
Una trenza es un dogal.

XXI.

Del cielo cayó una carta
Con dos versos que decían:
*«El que siempre mire abajo
» No verá lo que hay arriba.»*

XXII.

Cantando pasan los quintos
Con guitarra y pandereta;
Cuanto más alegres pasan
Más triste la gente queda.

XXIII.

Ya no quiero ir á tu fuente
Esperanzas á beber,
Porque me encienden el alma

Y no me apagan la sed.

XXIV.

Tiene el altar de mi pecho
Una imágen y una luz;
Es la luz el amor mio
Y la imágen eres tú.

XXV.

El dolor me llamó hermano
En mi niñez cierto dia;
Y yo no le di la mano
Porque aún no lo conocia.

XXVI.

Si tú fuentecilla fueras
Y yo fuese pasajero
¡Cómo de agua se pondria
Este pobrecito cuerpo!

XXVII.

En la cárcel de mi pueblo
Como en el mundo sucede;
Ni debe todo el que paga,
Ni paga todo el que debe.

XXVIII.

Lllaman á tu madre
Caña de pescar:
Si tú eres el cebo,
¿Quién no picará?

XXIX.

De la luz de tus ojos
Con ánsia bebo;
No los cierres, tirana,
Que de sed muero.

XXX.

À la muerte le digo:
— « Dame tu mano,
» Que de andar por la vida

» Ya estoy cansado ; »
Pero la muerte
Nunca va á quien la llama ;
Va á quien la teme.

xxxI.

La niña que yo adoro
Tiene un molino ,
Que muele mi esperanza
Mejor que el trigo.

xxxII.

Muchos á ver comedias
Van al teatro ;
Yo me voy al del mundo ,
Que es más barato ;
Y en él observo
Que están representadas
Con más acierto.

xxxIII.

Quitate de esa ventana ,
Y escucha un consejo , niña :
Maceta que no está al aire
Los pájaros no la pican.

xxxIV.

Á un charlatan he jurado
Que , si me guarda secreto ,
Le diré todos los míos...
Cuando sepa que él se ha muerto.

xxxV.

La abeja busca las flores
Para robarles su miel :
Mi pensamiento es abeja ,
Tu boca rojo clavel.

xxxVI.

Cantar que del alma sale
Es pájaro que no muere ;

Volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre.

XXXVII.

El que á los pobres se baje
No baja su condicion,
Pues la pobreza la quiso
El mismo Dios, con ser Dios.

XXXVIII.

En tu escalera mañana
He de poner un letrero,
Con seis palabras que digan:
«Por aquí se sube al cielo.»

XXXIX.

Durmiendo bajo unos olmos
La ví solita en el monte;
Me acerqué pisando quedo,
Y... no soñé más anoche.

XL.

Tendí una mirada al cielo,
Eché una sonda en el mar,
Bajé al corazon humano
Y fondo no pude hallar.

(Variante del mismo.)

Medí con la vista el cielo,
Con la sonda exploré el mar;
Bajé al corazon humano
Y fondo no pude hallar.

XLI.

Permita Dios que te siga
Un novillo... imaginario;
Que tropieces... en mis ojos,
Y que caigas... en mis brazos.

XLII.

Dios al mar límites puso

Y los puso á la hermosura ;
 Cuentan que cuando naciste
 Dijo en latin : ¡ *Non plus ultra* !

XLIII.

Al zapatero pregunto
 Por qué mi calzado tuerzo ;
 Y responde : « Parroquiano,
 Porque no anda usted derecho. »

XLIV.

À Dios un abogado
 Le imita en esto :
 Dios, de nada hizo un mundo,
 Y él hace un pleito.

XLV.

Darte quise mil besos
 Por uno tuyo ;
 Tú por los mil no quieres
 Darme ninguno :
 Anda, roñosa ;
 ¿ Para qué te las echas
 De generosa ?

XLVI.

El que bien hace á ingratos
 Es como el necio
 Que en el aire echa firmas ,
 Y agua en un cesto.

XLVII.

La corriente del rio
 Tu imágen copia ,
 Que se rie , se esconde ,
 Vuelve y se borra ;
 Yo digo al verla :
 ¿ Si será así la imágen
 De su firmeza ?

XLVIII.

Salerito, resalero,
Que sal derramando vas;
¿Cómo derramando tanta
No se te acaba la sal?

XLIX.

Me quisiste cuando tuve;
Ya no tengo, y me desprecias:
Eres como la campana,
Que, si no le dan, no suena.

L.

Ningun sabio satisface
Esta duda que me hiere:
¿Es el que muere el que nace,
Ó es el que nace el que muere?

LI.

En la reja de esta casa
Un faro deben poner,
Para que nadie se estrelle
En la falsedad de usted.

LII.

Llevan á los paseos
Muchas niñas de ahora,
Los vestidos muy largos,
La vergüenza muy corta.

LIII.

Despues de hacerte, Dios quiso
Poner un lunar por firma;
Cogió el sello de su gracia
Y lo estampó en tu mejilla.

LIV.

Cuenta, y verás cómo acabas
Antes que yo de contar:
Contaremos, yo... mis penas,
Tú... las arenas del mar.

LV.

Por el rosal que he plantado
 Estoy sin cesar temiendo,
 En verano, los calores,
 Las heladas en invierno.

LVI.

Nubes de galanes
 Siguen á mi bien:
 Nunca faltan moscas
 Donde está la miel.

LVII.

El sol sale para todos
 Cuando anuncia el almanaque;
 Hasta que á tí no te veo
 El sol para mí no sale.

LVIII.

Sepan soltera y casada,
 Pues les conviene saberlo,
 Que no basta ser honrada;
 Es preciso parecerlo.

LIX.

Si tienes frio algun día,
 Tú me buscarás, soberbia;
 Que hasta del árbol caído
 Ya sabes que se hace leña.

LX.

En la copa de un árbol
 Cantaba un cuco:
 «Para medrar, no hay cosa
 Como ser burro.»

LXI.

Por tu mucha inconstancia
 Yo te comparo
 Con peseta que corre
 De mano en mano;

Que al fin se borra,
Y creyéndola falsa
Nadie la toma.

LXII.

Los que en promesas fian
Son como el gallo,
Que ántes de que amanezca
Ya está cantando.

LXIII.

El Otoño desnuda
Prados y bosques;
Pero Mayo los viste
De hojas y flores.
¡Ay, dicha breve!
¡Primavera del alma,
Tú ya no vuelves!

LXIV.

Antes de hacerle la caja,
Á un muerto avaro midieron,
Y el tuno encogió las piernas
Para que costase ménos.

LXV.

No te pongas colorada
Al pasar por este valle,
Pues como no tiene lengua
No contará lo que sabe.

LXVI.

La mujer es un misterio,
Misterio que nadie alcanza:
Ya es rosa sin una espina,
Ya panal de miel amarga.

LXVII.

Es la conciencia un espejo;
Muchacha, mírate en él,
Á ver si te ves tan bella

Como en el de esa pared.

LXVIII.

En el cielo hay alboroto
Porque faltan dos luceros :
¿Sabes quién los ha robado,
Morenita de ojos negros?

LXIX.

Las hilanderas, madre,
Sus copos hilan ;
Lo mismo hilando el tiempo
Va nuestras vidas.

LXX.

Á los rayos de la luna
Modesta se abre una flor ;
Para que el sol no la quemé
Se cierra al salir el sol.

LXXI.

Por ella lo perdí todo ;
Sólo me dejó su olvido
Lágrimas para llorarlo,
Corazon para sentirlo.

LXXII.

Dices tú que me quieres,
Y yo lo creo ;
Pero dame un antejo,
Que no lo veo.

LXXIII.

Ningun trono de la tierra
Se compare con la Cruz,
Suplicio cambiado en trono
Por la muerte de Jesus.

LXXIV.

Forman la muerte y la ausencia
En el alma un cementerio,
Con nichos donde el olvido

Va enterrando los recuerdos.

LXXV.

Persiguiendo va la tropa
Un contrabando de sal:
Escóndete, vida mía,
Que si no te prenderán.

LXXVI.

De esperanzas cargado
Mandé un navio;
Por ese mar adentro
Se me ha perdido.

LXXVII.

Aunque canto, no canto
De buena gana;
Yo canto como el ave
Presa en su jaula.
¿Cuándo, alma mía,
De romper tus prisiones
Llegará el día?

LXXVIII.

El lujo de esa pobre
Ya no me extraña;
Para vestir el cuerpo
Desnuda el alma.

LXXIX.

Cuando sales del agua,
Cara de cielo,
Tu cabellera oscura
Parece un velo;
Parece un manto
Que de tu pecho hermoso
Dobla el encanto.

LXXX.

Dicen que dicen que tiene
La mina filones de oro;

El oro estará debajo,
Lo de encima es piedra y lodo.

LXXXI.

Tengo yo un fiel amigo;
Me quiere tanto,
Que el bendito me empuja
Si me resbalo.

LXXXII.

Yo salí á probar fortuna
Por esos mares afuera;
Naufragué, y lo perdí todo...
Sólo he salvado mis penas.

LXXXIII.

Santa, ya sé que eres diablo;
Si ántes lo hubiera sabido,
No hubiese, inocente, sido
Lámpara de tu retablo.

LXXXIV.

Cada vez que considero
Que eras mia, y eres de otro,
El corazon se me parte,
De llorar ciegan mis ojos.

LXXXV.

Por diversion deshojando
Te ví una rosa inocente:
¡Qué diversiones tenemos
Los hombres y las mujeres!

LXXXVI.

Don José el avaro,
Viendo que llovía,
Me prestó un paraguas...
Que ya no servía.

LXXXVII.

Me han dicho que me aborreces;
Si quieres verme morir